CON ESTE NUMERO SUPLEMENTO MUSICAL:

EDVARD GRIEG: Erotik.	Princesa LUISA DE SAXE: La Fuite.
C. CHAMINADE: Ecrin.	F. D. MARCHETTI: Fascination, valse

S'adresser exclusivement pour toute la publicité française á Mr. A. Lorette, Directeur de la Societé Mutuelle de Publicité — 61 Rue Caumartin — Paris

SUMARIO

TEXTO

		PÁGINAS
Eloy G. González	La hora de la civilización	384
Jesús Semprún	Elegías	385
Anton Tchejof	Una noche extraordinaria	386
R. Byrne	Hilo de luz	388
E. G. Gluk	Lejos del baile	388
José Santos Chocano	Seno de reina	392
Oscar Wilde	Ego te absolvo	392
Julio Flórez	Himno á la aurora	392
H. G. Wells	La verdad respecto á Pyecraft	393
Rubén Darío	Palomas blancas y garzas morenas	396
Sergio Medina	Del tiempo Luis XV	398
Augusto Méndez Loynaz	Magdalena	398
B. Vallenilla Lanz	Guerra y fiebre (Novela)—Un capítulo	399
Edmundo Van der Biest	Tórrida	403
Amado Nervo	Epitalamio: A S. M. el Rey	404

PAGINAS CORTAS

Luis G. Urbina	Una tarde de mi mayo	401
Alfredo Capus	El anarquista elegante	402
Fernando Brunetiere	Balzac y la vida	402

VIDA LITERARIA

A. Fernández García	Letras Hispano-americanas	404
Jesús Semprún	Bibliografía	406
La Dirección	Información literaria y artística	407
La Dirección	Mercedes Cecilia Limardo	407
	Sueltos Editoriales	408
	Explicación de los grabados	408

SECCION RECREATIVA

Libros de apuntuaciones de hombres célebres.—Jerjes y el Helesponto.—Música andariega.—La boa on ayunas.—Auri sacra fames—Una vocación teatral.—Los cromófagos ..... 409 á 412

Anuncios .....

GRABADOS

W. H. Trood: Perros y Gatos 383

Julio Borrell: El triunfo del cristianismo 385

G. Vizotto-Alberti: Lloviendo 386

Agustín Querol: Sagunto (grupo) 387

D. Enjolras: Los Naipes 387

A. Querol: Don Juan Tenorio 388

Museo de Luxemburgo—Galería de escultura 389

Apertura del Congreso Postal de Roma.—Primera reunión del Congreso Postal de Roma.—Congreso Postal: Delegados de Venezuela saliendo del Capitolio el día de la inauguración del Congreso 390

Sala de sesiones del Congreso Postal de Roma 396

Meissonnier: Los ordenanzas—Museo del Louvre 391

Isabey: Baja marea—Museo del Louvre 393

Isabey: Luis XIII en el Château de Blois 395

El terror del Vesubio—El pueblo huyendo de las ciudades arruinadas 397

Las Ruinas de Pompeya—(Ciudad destruida por el Vesubio hace 1800 años) 399

Terremoto ó incendio en San Francisco.—Las ruinas de una gran Avenida: Llamas y despojos en la calle California:—Ruinas en un centro comercial: El incendio en el Edificio Call, en la calle del Mercado 401

Millonarios sin hogar: Huyendo de las llamas en San Francisco de California 403

Terremoto en San Francisco: Grietas en el pavimento y casa hundida.—Líneas de tranvía levantadas y pavimento roto 407

Barcelona—Calle del Mercado 405

Señorita Mercedes Cecilia Limardo 407

SUPLEMENTO MUSICAL Nº 3

Edvard Grieg ..... Erotik (Poema erótico) .....

C. Chaminade ..... Ecrin (Poesía de Robert Myriel) .....

Princesa Luisa de Saxe ..... La Fuite (Poesía de Karl Stieler) .....

F. D. Marchetti ..... Fascination ..... (Valse tzigane) .....

EL COJO ILUSTRADO

Año XV — 15 DE JUNIO DE 1906 — Nº 348

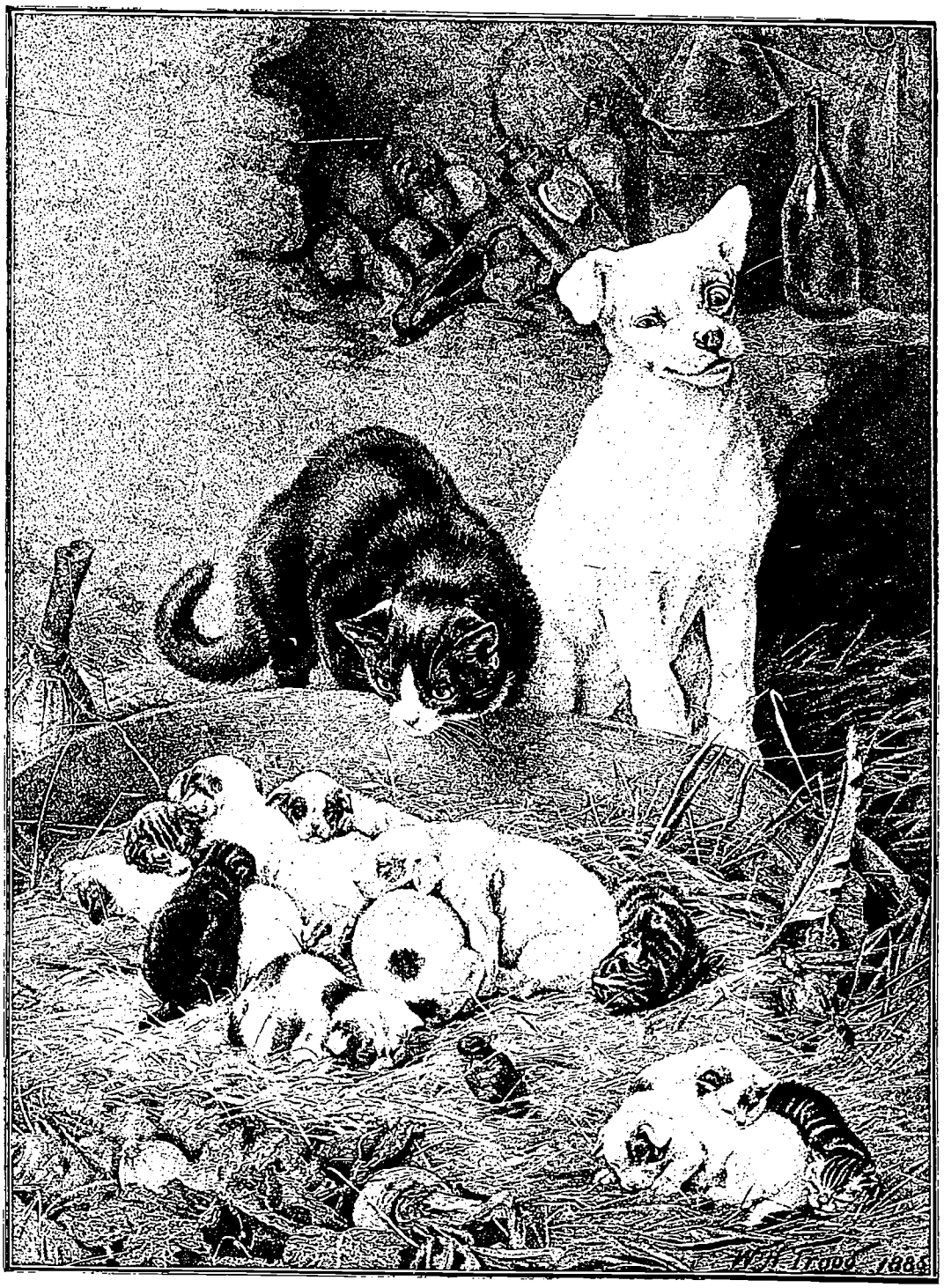
PRECIO
Suscripción mensual.....B 4
Un número suelto.....B 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN

Empresa El Cojo – Caracas – Venezuela

EDICION QUINCENAL
Dirección: J. M. Herrera Irigoyen & Ca.
Este 4—Número 14
Caracas — Venezuela

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



W. H. TROOD: Perros y Gatos

LA HORA DE LA CIVILIZACIÓN

En este mismo lugar, hace menos de un año, yo indiqué que los llaneros no alcanzaríamos á concretar, con carácter propio, un estado de civilización (1); pero como también es verdad que llegaremos á poseer algún semblante en el movimiento progresivo y sociológico de la nación, él ha de mostrarse con una lenta tardanza y vivir precaria vida efímera, hasta que tiempo y gente agoten y hagan desaparecer las causas de este fenómeno futuro.

La historia está exponiendo y la ciencia viene verificando las razones, ahora triviales, de esta predicción. Un estado civilizado, digamos, una cultura cualquiera, y la cultura en general, es un derivado inmediato y legítimo de concomitancias: medio físico, ambiente interior, desintegrados en sus concurrencias: nivel sobre el mar, situación geográfica, calidad del suelo, productos del subsuelo, variedad étnica, herencia, género de vida, patología local. La necesidad varía, nacida de todas estas influencias, determina el recurso y su uso, y de la multiplicación de éstos resulta el producto civilización, que analíticamente es una defensa de vida.

Ahora bien, el llano es una inmensa región despoblada; esto es, un extenso país, tercia porción de la república, igual en superficie á las de Italia, Holanda é Irlanda sumadas y poblado en una proporción de 1.50 habitantes por kilómetro cuadrado. Para el consumo, sostenimiento y bienestar de esa escasa población, alcanzan superabundantemente los productos de una rudimentaria industria agrícola y de un descansado esfuerzo en el cultivo, intermitente é incurioso, de alguna caña de azúcar, tabaco, maíz, farináceas, granos y legumbres: el llanero no cultiva frutas, porque es producto silvestre en su país. Para su utilidad y su riqueza, le sobra el provecho anual de cuatro millones de cabezas de todo ganado, exceptuando el lanar (2). No hay allí, pues, todavía la punzante necesidad que determina los ingenios de vivir: la industria pecuaria, faena de pastores, no es á propósito para aguzar las aptitudes de la invención. La vida ruda en la pampa, rudimentaria en el poblado, no exigen los paramentos decorativos y dispendiosos de las grandes muchedumbres metropolitanas, proveedoras del boato.

Multitud torrentosa de gente sí acudirá un día á recoger el provecho que regala la creciente multiplicación natural de nuestros rebaños; pero será una población semoviente, que no fijará tiendas sino en los contornos del anchuroso país llanero, como fijan factorías rapaces los aventureros del océano y los industriales marítimos, en el litoral de los parajes de pesca; y si tomaren el rumbo de nuestros hogares nativos las gentes que aportan las industrias civilizadoras, el llano aparecerá en los venideros tiempos de su explotación y de su conquista, cercado de ciudades bulliciosas y afanadas, erigidas en sus entradas y en las altiplanicies circundantes: Valencia, Nirgua, Barcelona, San Fernando serán las capitales de la riqueza y de los negocios: Barquisimeto, en especial, será emporio del Occidente, bañada en los reflujos del capital y depositaria del acervo manufacturero y fabril más próximo á todas las vías comerciales del país.

Pero, tiene fúlgida belleza de espejismo y distancia inconmensurable el porvenir... Para que él se avecine, el llano tendrá que sufrir la paradoja económica de que la prosperidad de un país está en razón inversa de la riqueza aparente de su suelo. Por de pronto y para muchos años, la vida tiene que ser allí remotamente ajena al progreso y á la cultura, y lo será todavía en los tiempos en que las corrientes colonizadoras vayan á extraer de los letárgicos senos de nuestras selvas ribeteadoras de la infinita sabana, los tesoros de sus maderas, substancias tintóreas y tanantes, gomas y resinas, drogas, fibras y aceites. A esa hora, el llano tendrá el bienestar y ya no aspirará á otro ideal de afán y de cansancio.

¿Qué puede, en sus condiciones actuales, inventar el llanero para el orgullo fastuoso de su vida? Ella se mece voluptuosamente, al lento vaivén de las manadas: cualquiera tentativa civilizadora, que no pida consultas á la ciencia sino halagos á la vanidad ó á la codicia calculadora, no hará sino languidecer bajo el sol de la llanura y regresar de su derrota con la carga de sus fracasos. No son para la vida ciudadana, en medio de los poblados de la pampa, los esplendores decorativos, suntuosos mobiliarios, telas pomposas y reluciente orfebrería: el fuego llanero es voraz y despiadado. No para rústicos pastores los artefactos y las maquinarias que son suspicacia de la industria, para sorber jugo vital del seno impasible de la tierra: el primer penacho de humo pregonero de la conquista humana de la llanura, tendrá que flotar antes sobre los pasos impetuosos de nuestros ríos, que cernerse sobre la comba terrestre de mi país. Pie enjuto ó cabalgando tendrán que hacer primero la invasión civilizadora las gentes, pero innúmeras gentes, que se envíen á domar el agua y el aire y el fuego de aquella temerosa Siberia tropical. El ferrocarril debe ser el último que llegue, como un curioso alegre, á ofrecerse para librar de su pesadumbre á las trojes que un lento y sabio acopio haga crujir, bajo los brotes violentos y tumultuarios de la futura primavera industrial de mi país. Mientras tanto, la pampa necesita sus largos caminos, sus jornadas agónicas, sus mesones y sus posadas campestres, para que en torno del techo que abriga al viajero por su bolsa, crezca la sementera, arraigue el colono y se expanda la familia laboriosa, granjeando la tierra inculta y extendiendo la heredad invasora. No se sabe á qué hórridos países de miseria y de vicio ha aventado la locomotora, con su férrea trompa irresistible, á los solitarios grupos de pobladores que ha topado en su vertiginosa carrera...

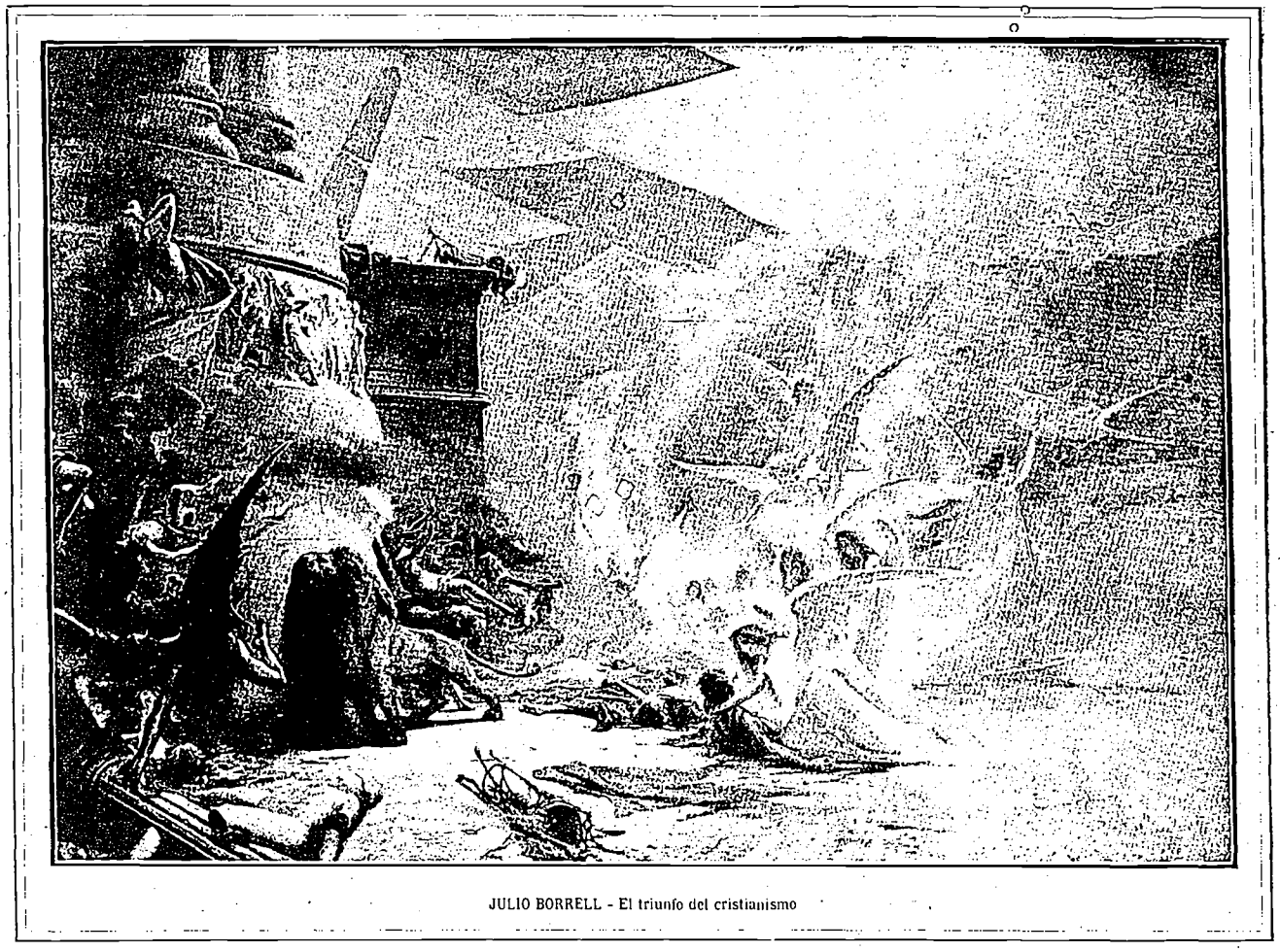
Cuando así se halle empobrecido mi país, comenzará su fortuna; porque comenzarán las sorpresas felices que produce el éxito del ingenio, cuando la inteligencia, aguijada por la necesidad, medita, idea, combina, ensaya, y de pronto tropieza con la victoria y con la vida, en el paraje vacuo en donde parecía haberse derrumbado la esperanza: la República Argentina es deudora de su prosperidad á la desolación, á la ingratitud de sus llanuras, que han forzado al inmigrante á acariciar la tierra rebelde y á celebrar con ella las nupcias de su trabajo, para hacerla proficua y prolífica. En mi país casi todo es superfluo, porque el producto suyo satisface y sacia la vida y sus aspiraciones: el llanero es, en su medio, obligatoriamente económico y probo; á la larga, la costumbre le fija una cualidad que se hace tradicional, sostenida por la herencia y el género de vida. El hijo no aspira á otra gloria que difiera de la paterna, que lo condujo á los últimos extremos de la existencia en paz imperturbable y en bonanza.

Tampoco tienen sus días, ni ha tenido su historia, el semblante heroico, pero de exclusivo heroísmo, que le han conferido las leyendas: en el fondo de tanta pasmosa hazaña, el análisis tropieza de bulto con una razón de ambiente: no ha sido más denodada y audaz la lucha de mi paisano con su caballo y con sus fieras, que la del pescador ribereño con su frágil cáscara de palmeras, volcada en el vértigo de las olas por el zarpazo de un escualo, que

---

(1) Apuntaciones sobre *El llanero*, por V. M. Ovalles, número 330, 15 de setiembre de 1905.

(2) Cálculo de la estadística de 1894-1904.



JULIO BORRELL - El triunfo del cristianismo

á veces lo siembra cabeza abajo en el océano ó lo hace cabalgar sobre su propio dorso de monstruo. En Venezuela, como en las naciones de próximo origen español en la América, no hay cunas especiales para el valor y el arrojo: las proezas de mi paisano deben mucho á la relatividad de las circunstancias y una buena porción á los dolos de la política. Territorio el más vasto de la república, las artes y las condiciones de su vida son los únicos que sirven de contraparte á toda la vida nacional: lo han visitado, explorado y mencionado viajeros é historiadores, que hacen silencio respecto á la vida del montañés y del ribereño; ha producido periodistas, oradores y literatos, en una larga edad moral de lirismo y de quimeras, que han visto halagado su orgullo nativo por la hipérbole de la novedad descrita y la han retocado con los matices que la apología no halló en su paleta. La edad heroica de mi pais comenzó en una época sangrienta, en que, aun sobre la artillería de avancarga, primaba la caballeria como arma guerrera de primer orden, especialmente en la llanura: en los intervalos de la carga y descarga del antiguo armamento de la infantería, eran posible y consuetudinarias las «catorce» arremetidas de Mucuritas, el Yagual y la Mata de la Miel: cinco años antes de las Queseras, no fueron llaneros fabulosos quienes realizaron el prodigio de La Victoria, á las órdenes de Ribas, precisamente contra los centauros de Apure regidos por Boves; y diez años después, Junin demostró que á armas iguales la victoria se tornaba porfiada y laboriosa.

Pero la hora de la civilización será indefinidamente tardía para la llanura, por la misma causa que la ha hecho penosa y lenta para el litoral y la montaña: la falta de *vecindad*. Adopto el vocablo para significar la concurrencia de gentes de extraña procedencia y de superior cultura, que aporten con su presencia una enseñanza demostrativa, simplificando procedimientos, aligerando labor y multiplicando usos más provechosos. Los pueblos que han avanzado con mayor rapidez y firmeza, son los que han estado rodeados de numerosa y diversa vecindad, por más que ésta haya sido menos industriosa ó menos inteligente: siempre habrá que cambiar con ella impresiones, ideas y artes distintas, sufrir orientaciones nuevas, poseer más rico espacio de observación, adquirir mejores ó multiplicados instrumentos de industria y plantar espontáneamente, en el propio espiritu, aspiraciones distinguidas y esperanzas vigorizantes. No se sabe cuánto deben el ingenio y la inventiva de los americanos del Norte á la influencia de las razas anastomozadas sobre su suelo.

ELOY G. GONZALEZ.

ELEGIAS

AUGURIO

Tienes la amplia tristeza de la tarde;
y hay en ti una confusa profecía
de muerte, y tu existencia triste arde
con opacos fervores de agonía.

Porque muestras el duelo de la tarde,
amado de mi turbia fantasía,
tú serás el turíbulo que guarde
el orobias de mi melancolía.

Sueña sombras la sombra de tu ojera,
y en tus ojos profundos reverbera
una lumbre que há tiempo que se hastía...

Entre mis brazos, en la alcoba obscura,
serás un blanco cirio de amargura
en el altar de la melancolía.

JESÚS SEMPRÚM.

G. VIZOTTO-ALBERTI - Lloviendo

UNA NOCHE EXTRAORDINARIA

—

Ivan Petrovich Panijidin 1) palideció, apagó el quinqué y dijo con voz temblorosa:

—Espesa niebla envolvía la ciudad aquella noche. Era Nochebuena, y acababa de asistir á una sesión de espiritismo en casa de un amigo, hoy difunto. Las calles transversales por donde tenía que pasar, carecían de alumbrado, y más de una vez tuve que andar á tientas. Vivía yo en casa de un empleado que se llamaba Trupof (2), en una de las barriadas más solitarias de Moscú. Mis pensamientos eran lúgubres.

"Tu vida se acerca á su término", me había dicho aquella noche el espíritu de Spinoza. Rogué que le hiciesen repetir esas palabras, y el filósofo, no solamente las repitió, sino que añadió: "Mañana por la noche". Yo no creo en el espiritismo, pero la idea de la muerte me sume en el desconsuelo. La muerte es inevitable, sí, señor; todos hemos de pasar por ella; pero eso no quita que sea contraria su idea á la naturaleza humana. El frío, las tinieblas, la humedad, los gemidos del viento y la soledad de las calles hicieron que un terror inexplicable é inmenso se apoderase de mi espíritu. Y yo, que no tengo prejuicios, apresuraba el paso y cerraba los ojos, porque temía que se me apareciese la muerte bajo la forma de un espectro.

Panijidin suspiró, bebió un sorbo de agua y prosiguió:

—Este inexplicable terror, que comprenderéis perfectamente, no me abandonó al llegar al cuarto piso en que habitaba Trupof, ni siquiera al entrar en mi habitación. La obscuridad más profunda reinaba en ella. El viento descendía, plañidero, por el cañón de la estufa, y hacía chirriar la puertecilla de hierro como pidiendo calor.

—Si no ha mentido Spinoza—pensé—estos serán los lamentos que acogerán mañana mi fallecimiento. Sin embargo, es difícil que me muera tan pronto.

Encendí un fósforo. Una ráfaga de aire se abatió sobre el tejado, y el lastimero llanto del viento se convirtió en alaridos. Una ventana á medio cerrar golpeaba á impulsos del aire, y la puertecilla de mi estufa gemía dolorosamente.

—Mala noche hace—pensé—para los que no tienen casa dónde guarecerse.

Pero aquella no era ocasión propicia para las meditaciones. Cuando encendí el fósforo y pasé la mirada por mi alcoba, se ofreció á mis ojos un espectáculo tan inesperado como horrible. Mejor hubiera sido que se apagase la cerilla, porque ni hubiera visto nada, ni se me hubieran erizado los cabellos. Lancé un grito, cerré los ojos y, poseído de desesperación y de terror, di un paso hacia la puerta.

En medio de mi alcoba había.....un féretro. La cerilla se consumió pronto; pero me dejó ver sus contornos. Era color de rosa y tenía galones dorados y una cruz también dorada sobre la tapa. Cosas hay que se quedan grabadas en la memoria, aunque sólo se las haya visto un instante. Esto me sucedió á mí. No ví el féretro más que un instante, pero recuerdo todavía hasta sus más insignificantes detalles. Parecía estar destinado á una persona de mediana estatura; á una joven, puesto que era color de rosa. La rica tela, los esbeltos pies, los agarradores de bronce.... todo indicaba la riqueza de la difunta.

Salí corriendo de mi cuarto y, sin reflexionar, dominado por un terror indescriptible, bajé á escape la escalera. Reinaba allí obscuridad profunda, y estuve á punto de matarme. Al llegar á la calle, me apoyé en un farol y respiré; me latía el corazón de una manera horrible, y me faltaba la respiración.....

Uno de los oyentes encendió el quinqué y se aproximó al orador.

—No me hubiera extrañado—prosiguió éste—encontrarme con que mi casa estaba ardiendo ó con que en mi cuarto había un ladrón ó un perro rabioso. Tampoco me hubiera sorprendido que se desplomase el techo, se hundiese el pavimento ó se cayeran las paredes. Todo esto es natural y comprensible. ¡Pero.... un féretro! ¿De dónde había venido? ¿Cómo podía hallarse en la habitación de un humilde funcionario público un féretro femenino, destinado, sin duda, á una joven de la alta sociedad? ¿Estaba vacío ó lleno? Y si estaba ocupado, ¿quién era aquella joven, prematuramente arrebatada á los encantos de una vida espléndida, que tenía á bien honrarme con tan espeluznante visita?

Si no es un misterio, se me ocurrió de pronto, será un crimen.

Púseme á cavilar. La puerta de mi alcoba—decía yo—está cerrada durante mi ausencia, y el sitio donde pongo la llave no lo conocen más que mis amigos íntimos. Estos no iban á enviarme un féretro. ¿Lo habría traído allí por equivocación algún dependiente de funeraria? Esto era lo más verosímil. Es fácil equivocarse de piso y de puerta; pero ¿quién ignora que los empresarios de pompas fúnebres no se van hasta que se les paga?

Los espíritus me han anunciado la muerte. ¿Serán ellos, tal vez, los que han cuidado de que no me falte el ataúd?

Yo, señores, ni creo, ni creía en el espiritismo; pero aquel conjunto de circunstancias era capaz de inspirar al más materialista ideas sobrenaturales.

—¡Qué tonto soy!—exclamé.—Parezco un chico de la escuela. Será una ilusión óptica y nada más. Llegué á casa de tan pésimo humor, que nada tiene de extraño que mis nervios me hiciesen ver un féretro allí donde nada había.

La lluvia me azotaba el rostro y el viento agitaba con violencia suma los faldones de mi pelliza. Estaba helado y empapado. Era preciso tomar una decisión, irme á alguna parte; pero ¿adónde? Volver á mi casa equivalía á pasar la noche en compañía de un féretro, lo cual era superior á mis fuerzas. Podía volverme loco estando solo, sin oír siquiera la voz de un semejante y teniendo al lado un ataúd que tal vez contenía un cadáver. Sin embargo, no podía quedarme en la calle aguantando la lluvia y el frío.

Decidí ir á pasar la noche á casa de mi amigo Upokoief, quien, como ustedes saben, se pegó un tiro no hace mucho. Vivía entonces en casa del comerciante Cherepof, en la calle Mértva (3).

Panijidin enjugó el sudor frío que brotaba de su pálido rostro, y respirando fatigosamente, prosiguió:

—Mi amigo no estaba en casa. Después de haber llamado á la puerta de su cuarto y de haberme convencido de su

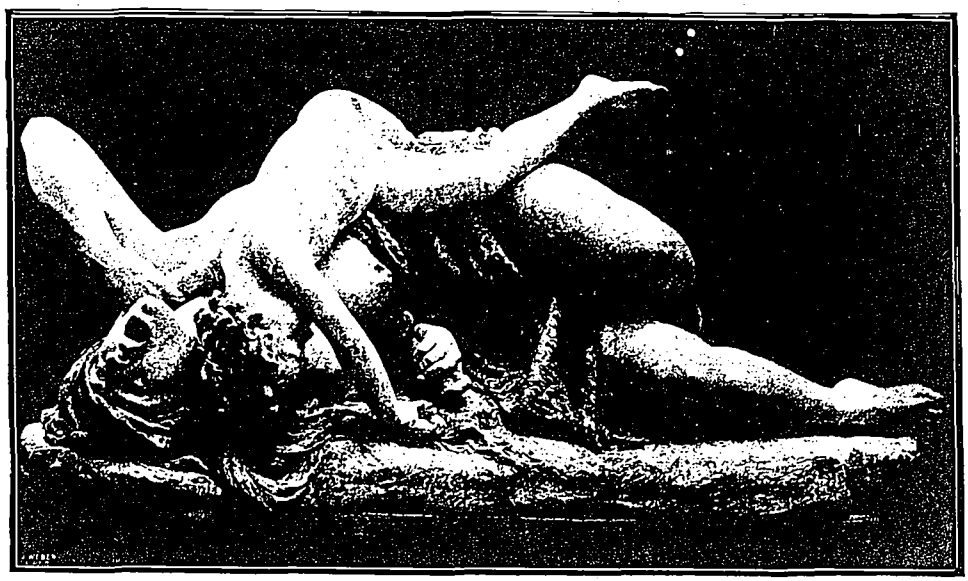
(1) *Panijida* significa en ruso misa de requiem, y *panijidin* es un adjetivo derivado de esa palabra.

(2) *Trupof* es un derivado de *trup*, cadáver.

(3) *Upokoief* significa descanso; *Cherepof* se deriva de *chsrep*, calavera, y *Mértva* significa muerta.

ausencia, cogí á tientas la llave, abrí y entré. Me despojé de la pelliza, busqué el diván y me senté á descansar. Todo estaba obscuro. En la estufa gemía el viento y en el Kremlin tocaban las campanas á la misa del gallo. Encendí un fósforo, pero la luz, lejos de calmar mi zozobra la aumentó. Lancé un grito, me levanté tambaleándome y eché á correr.

En la habitación de mi amigo acababa de ver, lo mismo que en la mía, un féretro. Era más grande y con adornos de zinc, que lo hacían más lúgubre. ¿Qué ilusión óptica era aquélla? ¿En cada alcoba iba á haber un féretro? Aquello era un padecimiento nervioso, una alucinación. Los féretros se multiplicaban. Los veía en todas partes. ¿Estaría yo loco? ¿Padecería yo también de monomanía *ferétrica* cuyas causas eran la sesión espiritista y las imprudentes palabras de Spinoza?



AGUSTIN QUEROL - Sagunto (grupo)

—¡Me he vuelto loco!—pensé, llevándome las manos á la cabeza. Se apoderó de mí un temblor espantoso; privado de la pelliza y de la gorra, el viento me helaba. Volver por ellas no lo pensé siquiera. ¿Qué hacer? Estaba entre la locura y la muerte por el frío. Felizmente recordé que mi buen amigo Pogostof (4) vivía cerca de la calle Mertva. Pogostof había estado conmigo en la sesión espiritista. Allá me encaminé, porque es de saber que entonces no se había casado todavía con una heredera y que vivía en el quinto piso de la casa del Consejero de Estado Kladvichesky (5).

(4) *Pogost*, significa cementerio.

Pero, sin duda, estaba escrito que allí debían sufrir mis nervios nuevas torturas.

Al llegar al quinto piso oí un ruido extraño, como si corriese alguien dando portazos y lanzando gritos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Portero!—decían.

Y al mismo tiempo bajó á mi encuentro un hombre con gabán de pieles y con el sombrero abollado.

—¡Pogostof!—exclamé, pues era mi amigo.—¿Qué le sucede?

Pogostof se acercó á mí y me estrechó convulsivamente la mano. Estaba lívido, respiraba trabajosamente y temblaba. Sus ojos miraban á un lado y á otro con extravío.

—¿Es usted Panijidin?—preguntó con apagada voz.—¡Qué pálido está usted! Parece usted un desenterrado.

—Usted sí que tiene la cara descompuesta—le repliqué.

—Permítame que respire. Me alegro verle. ¡Maldito espiritismo! ¿Pues no me ha puesto tan nervioso que al volver á casa he visto....un ataúd?

No di crédito á mis oídos y le rogué que repitiese lo que acababa de decir.

—Sí, un ataúd; un ataúd de verdad—dijo Pogostof sentándose en un escalón. —No soy cobarde; pero, crea usted que eso de encontrarse con un ataúd después de una sesión de espiritismo es capaz de asustar al mismísimo diablo.

Asombrado y balbuciente conté á mi amigo lo que había visto. Nos miramos con la boca abierta, y para convencernos que no estábamos soñando, nos pellizcamos uno á otro.

—Los dos estamos enfermos—dijo Pogostof, que era médico;—sin duda estamos despiertos, y es posible que los ataúdes no sean ilusiones, sino cosas reales y verdaderas. ¿Qué hacemos, querido? Si nos quedamos en la escalera haciendo suposiciones, nos exponemos á coger una pulmonía, más vale desechar el miedo y entrar en mi cuarto

(5) *Kladvichesky*, significa también cementerio.

D. ENJOLRAS - Los Naipes

después de haber despertado á mi vecino.

Así lo hicimos. Al entrar en la habitación provistos de una luz, vimos un ataúd forrado de raso blanco con franjas de oro. El vecino se santiguó piadosamente.

—Ahora es preciso saber—dijo Pogostof temblando de pies á cabeza—si este féretro está vacío.... ó *habitado*.

Después de un momento de vacilación, mi amigo se inclinó sobre el féretro, apretando los dientes, y levantó la tapa. Todos nos apresuramos á mirar.

El ataúd estaba vacío. Dentro no había más que una carta concebida en estos términos:

"Querido Pogostof: Ya tú sabes que los asuntos de mi suegro van muy mal. Está de deudas hasta el cuello. Mañana ó pasado vienen á embargar sus bienes, lo cual arruinará á su familia, á la mia y pondrá su honor en entredicho; el honor que es antes que todo. En el consejo de familia celebrado anoche decidimos ocultar todo lo que tenga valor, y, consistiendo su fortuna en féretros (pues, como sabes, tiene el almacén de artículos fúnebres más acreditado), hemos resuelto esconder los mejores. Me dirijo á ti, como á un buen amigo, rogándole que me ayudes á salvar nuestra fortuna y nuestro honor. En la esperanza de que no has de negarte á ello, te envio, querido, un ataúd para que lo tengas en tu casa hasta que te avise. Espero que no te negarás, pues mandaré por él la semana que viene. A todos mis amigos íntimos les he mandado un féretro confiando en su grandeza de alma. Te quiere, *Ivan Cheliustin*".

El yerno del fabricante de ataúdes salvó su honor y su dinero; pero yo estuve tres meses malo á consecuencia de un desarreglo nervioso. Cheliustin tiene una oficina de pompas fúnebres y un almacén de lápidas, coronas y otros artículos por el estilo, y como sus asuntos no prosperan, todos los días, al volver á mi casa, temo encontrarme con que al lado de mi cama se alza un mausoleo ó un catafalco.

ANTON TCHEKOF.

HILO DE LUZ

—

En balde los famélicos gusanos,
reyes del polvo y árbitros del cieno,
surcos dibujarán sobre tu seno,
tu helada frente y tus exangües manos.

No me hacen mella sus intentos vanos;
su fúnebre labor miro sereno,
que está de ti mi corazón tan lleno
como la vasta inmensidad de arcanos.

Mi paciente mirada dolorosa
no aquí en el mundo buscará tus huellas,
como el insecto el polen en la rosa,

Pues me advierten mis íntimas querellas
que hay un hilo de luz en cada fosa
por donde sube el alma á las estrellas.

B. BYRNE.

1906.

LEJOS DEL BAILE

—

PERSONAJES.—*La Señora:* veinte años, linda, delicada; adora al Señor.—*El Señor:* veintiocho años, buen mozo, inteligente, activo; adora á la Señora.

Están casados desde hace diez meses; diez meses de luna de miel. Una sola nube ha nublado por un instante su felicidad: una invitación á un baile, rehusada porque el Señor detesta el baile; la Señora ama el baile con pasión.

Ahora bien, esa mañana la Señora ha recibido una carta de Clara Vaunay, su mejor amiga, anunciándole que dará próximamente una gran fiesta, un baile de disfraces, con batalla de flores, cena, etc.

La Señora ha resuelto convencer al Señor de la necesidad de ir á este sarao. Con tal propósito se ha vestido con el traje de casa que más agrada á su esposo; ha cuidado su *toilette* y como sabe que el Señor es un gastrónomo, ha compuesto el *menu* del almuerzo con los platos que él prefiere.

El Señor (llegando apresurado á las doce y media del día).—Oh, querida mía! te pido perdón; me he retrasado con Luciano...

La Señora (haciendo un mohín; pero contenta en el fondo de este retardo, que es una ventaja más para su juego).—¿Jugando al poker, no es cierto? Conozco á tu primo Luciano: «Vamos, un ratito de poker...» El ratito de poker dura dos horas. Durante este tiempo la señora se fastidia, se impacienta, desfallece de inanición...!

El Señor.—No te desfigura mucho la inanición... Estás hoy muy linda.

La Señora.—Sí; adúlame para evitar el sermón merecido... ¡Si piensas que voy á creerte!

El Señor.—Te aseguro...

La Señora.—Y yo te aseguro que tengo calambres de estómago por tu culpa!

El Señor.—Ah! soy un verdugo!

—La Señora.—Puedes reírte... Por no comer á hora fija acabaré por contraer una grave enfermedad...

El Señor *(abrazándola)*. — Querida mía, exageras.

La Señora.—No exagero. Sólo quedarás contento cuando me veas en manos de cirujanos y de médicos.

El Señor.—Vamos...

La Señora.—¿Por lo menos reconoces la extensión de tus faltas?

El Señor.—Sí. He procedido mal. ¡Mea culpa; mea culpa; mea máxima culpa! *(Serio)* A las quejas que me dirijes cariñosamente soy más sensible que á los sermones un poco agrios que se te escapan á veces. *(Cambiando de tono)* ¿Qué tenemos de bueno para almorzar?

La Señora.—Nada de lo que te gusta.

El Señor.—Pero en fin...

La Señora.—Vol-au-vent. perdices con legumbres...

El Señor *(Feliz)*—¡Perdices!

La Señora. Y huevos nevados.

El Señor *(Transportado de gozo)* —¡Oh los manjares que me entusiasman! Y llego atrasado!

La Señora.—Ya lo ves!

El Señor.—No es ya sentimiento lo que tengo; es remordimiento.

La Señora.—El cual te va á quitar el apetito...

El Señor.—Sí, cuénta con eso!

(Se sientan á la mesa. Momento de silencio sólo turbado por un ruido de tenedores).

La Señora.—¿Está bueno?

El Señor.—Exquisito.

La Señora.—¿Entonces el Señor está contento?

El Señor.—El Señor está encantado y felicita á su esposa. (Momento de silencio).

La Señora.—¿Está bien Luciano?

El Señor.—Perfectamente. Lo he invitado á que nos acompañe mañana á comer.

La Señora.—Has hecho bien.

El Señor.—A propósito, tengo algo grave que confesarte.

La Señora.—¿Muy grave?

El Señor.—Sí; pero me pareces de tan buen humor hoy, que me arriesgo...

La Señora *(Amable)*.—Te escucho.

El Señor.—He comprado el cuadro que tanto deseaba para mi escritorio... Es ciertamente un Murillo...

La Señora.—¡Es tan caro! En fin, puesto que lo deseabas, has tenido razón.

El Señor.—Eres adorable! Temía, en verdad, anunciarte esta adquisición.

La Señora.—¿Un poco más de perdiz?

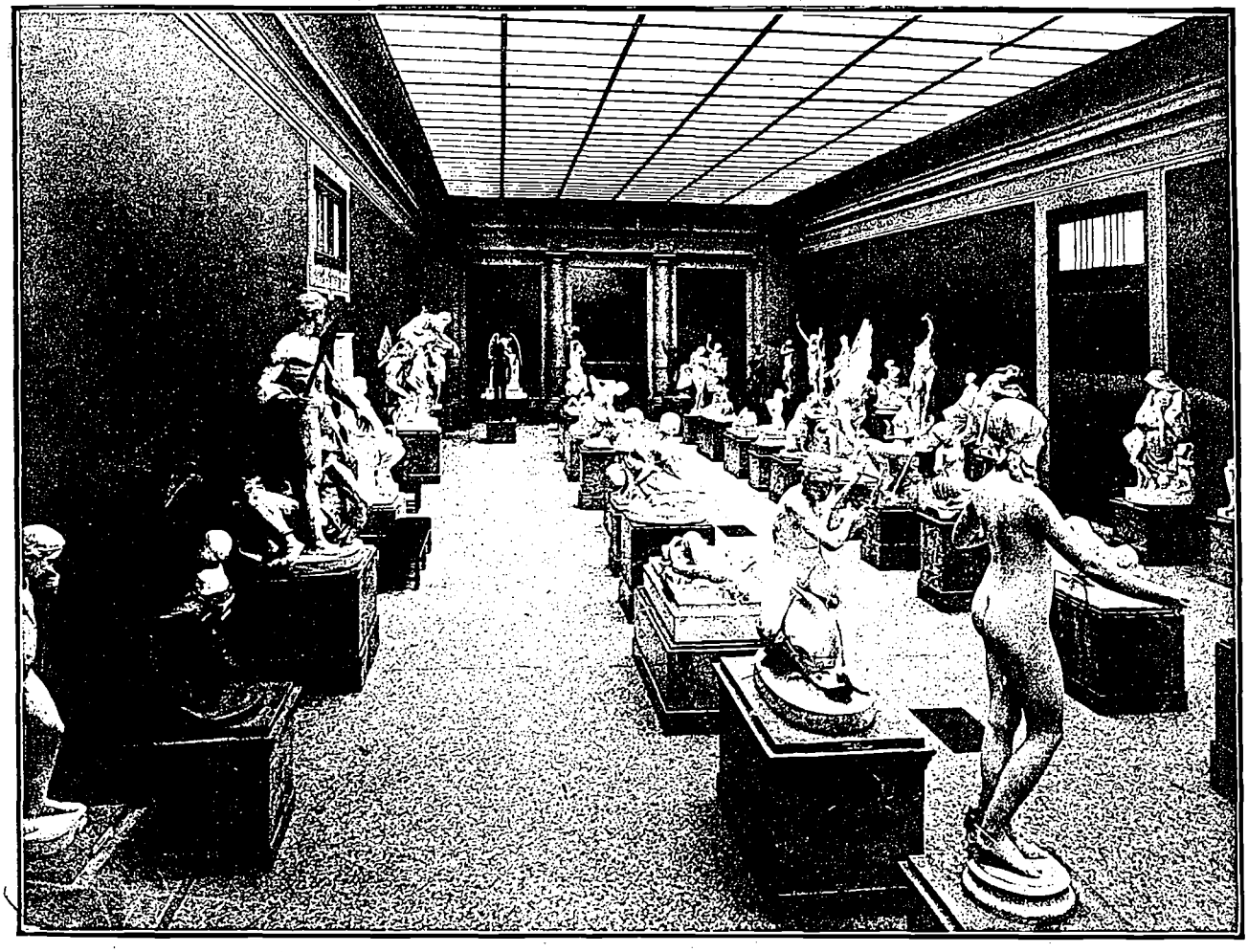
El Señor.—Con mucho gusto. *(Silencio)*.

La Señora.—Yo tenía alguna cosa que decirte y no puedo acordarme... Ah! sí... Adivina de quién he recibido noticias.

El Señor.—De quién?

La Señora.—De Clara. Me ha escrito una carta encantadora.

A. QUEROL - Don Juan Tenorio



Museo del Luxemburgo - Galería de escultura

El Señor *(Entre dos bocados)*.—Es muy amable Clara!

La Señora.—Tú también le agradas. Ella no cesa de elogiarte.

El Señor.—Lo comprendo.

La Señora.—Fatuo!

El Señor.—¿Y qué cuenta de nuevo?

La Señora.—Da una gran fiesta dentro de un mes.

El Señor.—Muy bien; muy bien.

La Señora.—Y, naturalmente, espera que nosotros seremos su mejor adorno. ¿Quieres más huevos nevados?

El Señor *(que comienza á inquietarse)*.—Una fiesta... ¿qué clase de fiesta? Una fiesta de caridad?

La Señora.—Nó; un gran baile, seguido de una cena.

El Señor.—Diablo! *(con la mayor naturalidad del mundo)* ¿Y qué pretexto daremos para declinar esta invitación?

La Señora *(Saltando)*.—Cómo! Declinar? Pero eso sería hacer un desaire á Clara... Ella que te estima tánto! Dios mío! Si te oyese...!

El Señor *(Queriendo interrumpir)*—Mi querida amiga...

La Señora *(Con vivacidad)*.—No puedes pensar tal cosa... Es imposible!

El Señor.—Mi querida amiga; no recomencemos la discusión sobre este punto. Conoces mis opiniones bien arraigadas sobre el baile.

La Señora.—Un baile dado por Clara no es como cualquier otro.

El Señor.—Sin embargo, debe bailarse en él.

La Señora.—¿Has visto alguna vez baile en que no se baile?

El Señor.—Nó; pero desearía verlos *(con magnanimidad)* y te llevaría á ellos.

La Señora *(con mal humor)*.—¡Y pensar que por tus tontos celos....!

El Señor.—No hay nada de eso.

La Señora.—Yo también soy celosa, muy celosa; puesto que te amo, y sin embargo..... *(Exasperada)* Ah! No tienes corazón! Yo hago todo lo que quieres; jamás contrario un proyecto tuyo..... Y tú, para recompensarme....

El Señor *(golpeándose la frente)*.—Oh!

La Señora.—Qué?

El Señor.—Ya comprendo por qué el almuerzo sólo estaba compuesto por los platos que me gustan....Eres bien astuta!

La Señora.—Pues bien, sí. Yo me había dicho: «Voy á ser más amable que de costumbre, y para prepararlo bien voy á servirle huevos nevados que tanto le agradan».

El Señor.—¡Son deliciosos!

La Señora.—Pero, bah! Ni siquiera tienes la gratitud del estómago.

El Señor.—Querida mía....

La Señora.—Nó! Nó eres muy condescendiente por cierto.... Tú me secuestras, me emparedas! *(llora)*.

El Señor.—Pero.....

La Señora.—Déjame.....! Déjame llorar siquiera!

(Después de estas palabras, la Señora se refugia en su cuarto y en su dolor. El Señor queda solo, muy fastidiado, convencido de su tiranía, pero igualmente convencido de que no se resolverá jamás á llevar á su mujer al baile. No obstante, se le ocurre que faltando varias semanas para la fiesta de la Vaunay, se expone á soportar durante mucho tiempo el mal humor de la Señora. Por el momento, será prudente hacer las paces. En el instante oportuno sabrá encontrar una buena excusa. Muy afectuoso va á buscar á la Señora).

—No hay por qué desolarse tanto. Yo no he dicho mi última palabra.

(Al día siguiente se ve que la noche fué buena consejera).

La Señora *(al Señor, que llega con retardo)*.—Vamos! Esto es ya una costumbre!

El Señor.—Cuando sepas el motivo de mi demora, me felicitarás. He encontrado á la señora de Davrón.

La Señora *(irónica)*.—La linda señora de Davrón.

El Señor.—¿No crees que merece este epíteto?

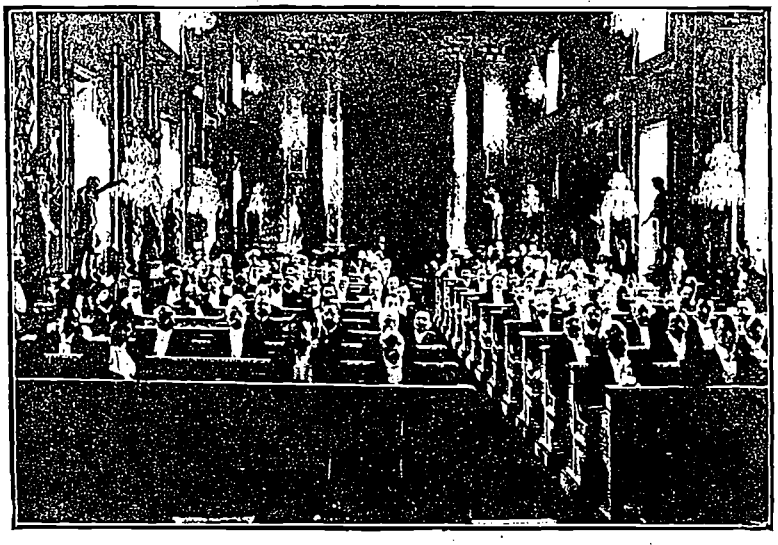
La Señora.—Es distinguida.

El Señor.—Es muy distinguida. Vosotras las mujeres no sabéis apreciaros como os apreciamos nosotros. La señora de Davrón es una mujer muy hermosa y de una elegancia incontestable.

La Señora.—Y también un poco excéntrica... Por lo demás, eso es lo que seduce á los hombres.

El Señor.—Bah! bah! Criticala.... Así son las amigas!

Apertura del Congreso Postal de Roma



Primera reunión del Congreso Postal de Roma

Congreso Postal: Delegados de Venezuela saliendo del Capitolio el día de la inauguración del Congreso

La Señora.—Oh....! amiga mía.... Una amiga como hay muchas!

El Señor.—Parece interesarse mucho por ti.

La Señora.—Es una razón para que yo desconfíe de ella.

El Señor.—Vamos! vamos! En fin, la he encontrado en el Bosque. Iba sola en su victoria y la hizo detener para pedirme noticias tuyas. Hemos charlado, charlado.... y he subido en su carruaje.

La Señora.—Sí, eh!

El Señor.—Va al baile de los Vaunay. Se disfrazará de Diana cazadora.

La Señora.—Un vestido que viste muy poco.

El Señor.—Me ha aconsejado que me disfrace de Mefistófeles. Soy alto, delgado.....

La Señora *(estupefacta)*.—Cómo! Entonces estás decidido?

El Señor *(fingiéndose turbado)*.—Diablo! Te lo prometí ayer....

La Señora.—Nó; no me lo prometiste. Lo dejaste entrever apenas. Y no te oculto que esta resolución brusca me sorprende.

El Señor.—En todo caso, debe agradarte. Espera. Aún no estás al fin de las sorpresas. La señora de Davrón me ha comprometido para el primer vals. Yo le he objetado que era muy mal valsador, pero insistió y prometí. No me he atrevido á confesarle que ignoro totalmente la coreografía. Así pues, desde mañana voy á tomar lecciones.

La Señora.—Lecciones?

El Señor.—¿Qué tal? Estás contenta?

La Señora.—Nó; no lo estoy absolutamente. Pienso que yo he querido que aprendieras á bailar y que tú has rehusado siempre.

El Señor *(vacilando)*.—Créeme que sin esta circunstancia.... esta circunstancia fortuita....

La Señora *(con sequedad)*.—Yo creo lo que creo..... *(brusca)* Sentémonos á la mesa. El almuerzo está frío.

El Señor *(para sí)*.—Es cosa hecha.

(Durante la semana que sigue, el Señor no cesa de hablar de la señora de Davrón. Tiene como arranques involuntarios de admiración por la joven dama. Después, ante el fruncimiento de cejas con que se acogen sus palabras, sabe tomar un aire de confusión que inquieta seriamente á la señora.... Ocho días antes de la fiesta, el Señor pide informes:)

—Y bien, ¿has tenido hoy un minuto para ir á consultar á tu modista? Yo encargaré mañana mi Mefistófeles.

La Señora.—Para fiestas estoy yo! Tú, por tu parte, sólo piensas en el placer!

El Señor.—Pero....

La Señora.—¡El baile ante todo! En cuanto á mí, no me tomas en cuenta....!

El Señor *[fingiéndose asombrado]*.—Cómo?

La Señora.—Yo he ido á consultar, no á la modista, sino al médico. Y me ha encontrado mala cara! Me ha prescripto un cambio inmediato de aires.

El Señor.—Entonces?

La Señora.—Entonces.... que mañana partiremos para Niza.

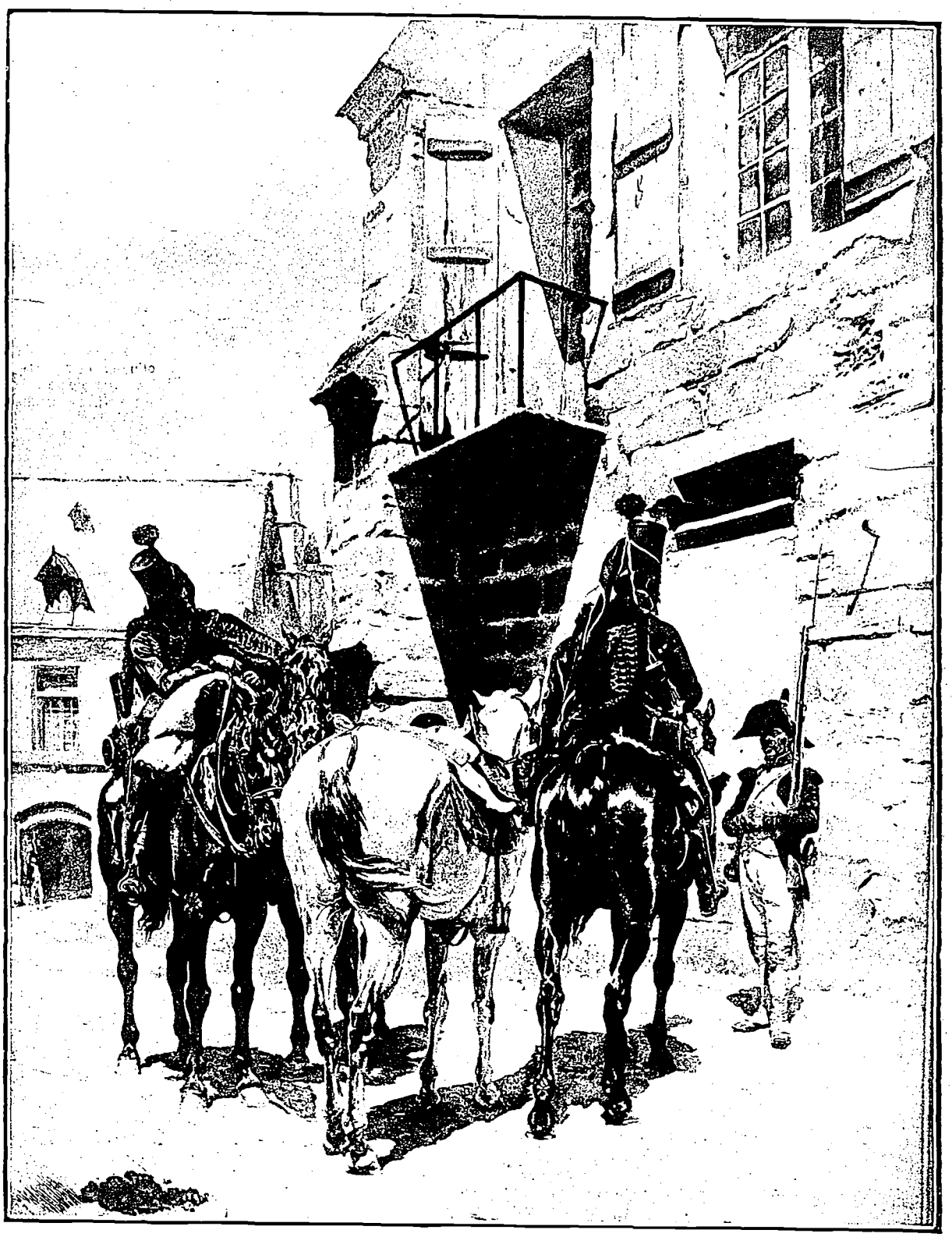
El Señor.—Oh! Y el baile de Clara Vaunay?

La Señora *(mortificada)*.—Si quieres quedarte para hacer valsar á la linda señora de Davrón!

El Señor.—Oh, nó! Yo me excusaré... Estoy desolado....! *[vivamente]* Por tí! Tú te diviertes tanto!

La Señora *[con acritud]*.—No me atribuyas tus sentimientos. ¿Cuándo he deseado asistir á esa soirée? Yo no siento como tú, la necesidad de ir á flirtar á los bailes. Me gustan mi casa y mi rincón junto á la chimenea....

E. G. GLUK.



Museo del Louvre - MEISSONNIER: Los ordenanzas

SENO DE REINA

Era una reina hispana. No sé ni quién sería,
ni cuál su egregio nombre, ni cómo su linaje:
sé apenas la elegancia con que de su carruaje
saltó, al oir á un niño que en un rincón gemía.

Y dijo:—¿Por qué llora?—La tarde estaba fría;
y el niño estaba hambriento. La reina abrióse el traje;
y le dió el seno blanco por entre el blanco encaje,
como lo hubiese hecho Santa Isabel de Hungría.

Es gloria de la estirpe la que le dió su pecho
á aquel hambriento niño, que acaso sentiría
más tarde un misterioso dinástico derecho;

y es gloria de la estirpe, porque ese amor fecundo
con que la reina al niño le dió su seno un día,
¡fue el mismo con que España le dió su seno á un mundo!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Madrid, 1906.

EGO TE ABSOLVO

I

Bajo sus boinas azules, ennegrecidas por la pólvora, sucias por el polvo de los caminos, los soldados de Miralles tienen traza de bandidos, con su piel quemada, y barbas y cabellos incultos. Hace cinco largas semanas que se arrastran por los caminos, casi sin dormir, apenas descansando, tiroteando sin cesar, y con creciente rabia.

¿No acabarán por fin con esos bandidos republicanos? Don Carlos, sin embargo, les había prometido que después de las fatigas de Estella, la España sería de ellos. Todos tienen sed de venganza y de sangre, y es la alegría de derramarla lo que los mantiene en pie, por cansados y agotados que se sientan.

Vascos, navarros, catalanes, hijos de desterrados muertos de hambre y de miseria en suelo extranjero, tienen cóleras de fieras, contra esos regulares que les disputan el paso de las planicies de Castilla, el camino de los palacios adonde han jurado volver á colocar al rey legítimo, para repartirse sobre las gradas del trono restablecido, las dignidades del reino y las riquezas de los vencidos.

Entre esos montañeses, y los hombres de los nuevos partidos, no hay más que rencores políticos; hay, sobre todo, y antes que todo, una antigua cuenta de asesinatos impunes, de saqueos y de incendios sin revancha.

Por eso, cuando un soldado de Concha les cae entre las manos, ay de él! Pagará por los otros, por los que escapan.

—Hay que morir, hermano, le dicen adosándolo á una roca.

El hombre se persigna, y apenas baja su mano en un lento *Amén*, los fusiles, alineados á diez pasos de su pecho, vomitan la muerte.

El hombre cae como un fardo, y nadie vuelve á hablar de él.

Los buitres de los Pirineos hacen lo demás.

Sí, con su sotana arremangada, el cura Miralles, un hombrecillo repleto y encorvado, de ojos oblicuos, pasa cerca de los fusileros, cuelga su fusil de su cinturón, y absuelve ó bendice al moribundo con rápido gesto.

A veces, sin apartar sus miradas del anteojo marino, que le sirve para inspeccionar rocas ó bosques de encinas, confiesa al prisionero.

¡Vamos! ¡que un general es responsable de la vida de su tropa!

Republicano, sí, pero también católico, el regular no parece sorprendido por ese extraño y doble oficio de padre soldado.

Es necesario que lo confiesen, puesto que van á fusilarlo, ¿y no es perfectamente natural que se le fusile puesto que se ha dejado coger? Si él fuera el que cogiera á alguien, á su vez lo fusilaría.

Esta lógica satisface plenamente las débiles exigencias de su cerebro de campesino arrancado á la gleba, para humillarse bajo el arnés militar.

Y luego, ¿para qué razonar con ese hecho brutal, la muerte amenazadora, inmediata, ineludible?.....

Puesto que eso debe suceder, se trata únicamente de hacer bien su maleta para presentarse en buen orden, para hacer su entrada en el inevitable más allá.

II

Aquella tarde, como el sol se ocultara, Pedro Carrega estaba de centinela en el caos de Mallorta, cuando una mujer y un mulo dieron vuelta por el camino de Buenavista.

Al acaso tiró.

Fué el mulo el que cayó. La mujer corrió á él antes de que tuviera tiempo de volver á cargar, y cuando la tuvo al extremo de su fusil, el Navarro no pudo tirar.

La mujer era hermosa, tentadora, con sus largos cabellos negros cayendo en cascada hasta sus pantorrillas, sus labios rojos, sus ojos brillantes.

Pedro Carrega, por su prisionera olvidó la querella de Don Carlos y de la República.

Además, la mujer, que tenía miedo, le juró que adoraba al *rey neto*. Le probó que no detestaba las caricias perfumadas con pólvora de guerra, y que Pedro Carrega era, si no el más bello de los mortales, sí el más halagado de los vencedores, entre las grandes masas de piedra del caos de Mallorta.

Los dos brazos de la prisionera rodeaban aún, como un collar palpitante, el cuello de bronce de Carrega, cuando Joaquín Martínez vino á relevarlo.

—¡Eh! dijo, poco á poco, señor caballero. Las noches son frescas. No es bueno dormir sin manta, camarada. Veo que eres hombre precavido: pabellón de cabellos; por bufanda brazos tibios y frazada de carne blanda. ¡Pero ahora es mi turno, amigo!

—¿Tu turno, desgraciado? Donde Carrega reina, no hay dos reyes. Si las noches son frescas, ve á calentarte contra esa mula que ha tirado mi carabina, ó anda á matar otra. Mi botín es mío, como la Navarra es del rey Carlos, hijo de Judía.

Joaquín Martínez se echó el arma á la cara, é iba á tirar, cuando la mujer, de un salto de salvaje, desvió el fusil, é hizo que la bala se perdiera en las nubes.

Alzando los hombros, Martínez arrojó el arma descargada, y de un navajazo en pleno vientre, derribó á la prisionera de Carrega.

—¡Cuerpo de Cristo! aulló el navarro, lanzándose hacia delante y blandiendo su carabina.

Pero un nuevo golpe de la terrible navaja, suspendió en sus labios la kirial de las blasfemias.

Con un espumarajo en la boca se desplomó en el charco de la sangre que vertía el cuerpo de la mujer destripada.

Al ruido del balazo, Miralles, seguido de algunos hombres, acudió.

Martínez no intentó negar la querella.

Con sus ojos de arcadas casi despojados de cejas por el estallido de un mal fusil, el cura bandolero abrazó toda la escena.

—¡Puercos! gruñó. ¡Veamos á la hembra! Hermosa muchacha, mal arreglada con un perro navajazo. ¡De mucho te sirvió, valiente imbécil! A lo menos Carrega . . Vamos, hijo, prosiguió dirigiéndose á Martínez, que no le quitaba la vista, es un primor eso de querer robar el botín de un camarada. ¡Hola! Ustedes déjenme confesar á este hereje; nadie los necesita por aquí. Dí tu «confiteor», Martínez, y haz el acto de contrición.

—*Ego te absolvo*, murmuró Miralles con un gesto de bendición..... Puercos, condenados, hijos de perra, que se degüellan por una hembra!

Luego, apuntando al hombre bruscamente con su fusil, le voló los sesos sobre los dos cadáveres.

—Si dejara uno obrar á su antojo á estos canallas, gruñó sordamente, pronto no tendría ejército el rey Carlos!

OSCAR WILDE.

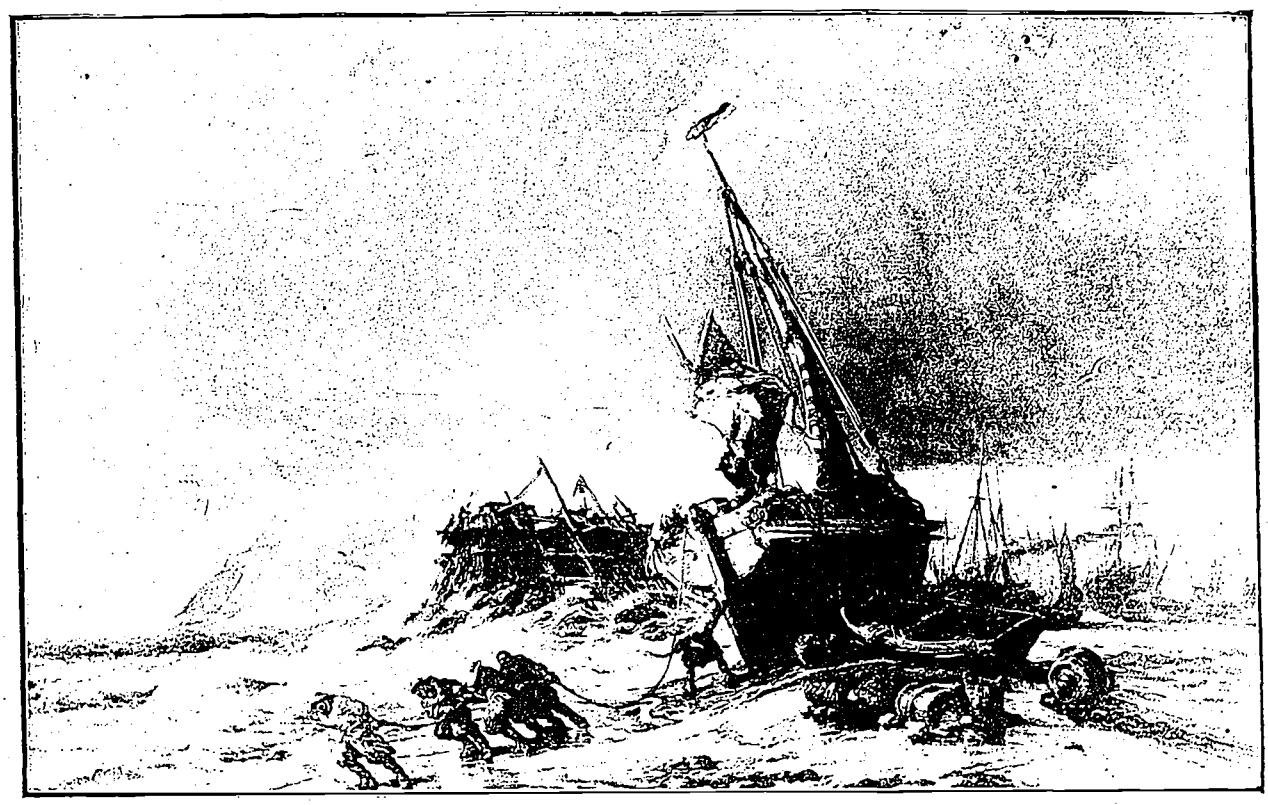
HIMNO A LA AURORA

Celestial mariposa
de alas tenues y grandes,
teñidas de oro y rosa:
tú, que en el amplio cielo,
tras del enorme boa de los Andes
alzas el blando y luminoso vuelo!

¿De qué jardín sublime
vienes, divina mariposa? Dime,
¿en qué sidéreo broche
libas la miel que te alimenta? ¿Acaso
tus luengas alas de luciente raso,
batiste en los jardines de la noche?
¿En qué flores de luces infinitas
saciaste tus anhelos?
¿Tal vez en las radiantes margaritas
que se abren en los surcos de los cielos?

Ya que los horizontes
llenas de luz y galas
y derramas en mar, valles y montes
todo el dorado polvo de tus alas.....
¡Celestial mariposa!
Vén, y tus remos en mis sienes posa;
desciende al pobre mundo,
de tu verjel profundo,
antes de que en los giros de tus vuelos,
te quemes en la antorcha de los cielos!

JULIO FLÓREZ.



ISABEY: Baja marea - Museo del Louvre

LA VERDAD RESPECTO Á PYECRAFT

Está sentado allí, y si echo una mirada por encima del hombro, lo distingo. ¡Cuando mi vista tropieza entonces con la suya, lo que sucede con frecuencia, su mirada toma tal expresión!... Es sobre todo, una mirada suplicante con algo de recelo.

¡Vayan al diablo sus sospechas! Si yo hubiese querido hablar, hace tiempo que lo habría hecho. No digo nada, no despego los labios y debiera estar tranquilo... Pero ¿cómo ha de poder sentirse tranquilo un sér tan grande y tan gordo? Y además, ¿quién me creería si hablase? ¡Pobre viejo Pyecraft! ¡Enorme montón de gelatina al que todo incomoda! Pyecraft es el más gordo de los socios del club de Londres.

Está sentado delante de una de las mesitas del club en una amplia parte entrante de la pared y se está atracando. ¿De qué se atraca? Miro prudentemente en su dirección y lo sorprendo en actitud de morder un panecillo caliente y untado de manteca. Sus ojos se fijan en mí. ¡Que lo lleve el diablo! ¡Siempre han de estar fijos en mí sus ojos! ¡Eso me decide, Pyecraft! Puesto que usted continúa siendo abyecto, puesto que se conduce como si yo no fuera hombre de honor, aquí mismo, ante sus ojos abotagados, voy á referir la cosa... toda la verdad respecto á Pyecraft, toda la verdad sobre el hombre á quien auxilié, á quien presté socorro y que, en recompensa, me ha hecho insoportable mi club, absolutamente insoportable, con ese llamamiento de sus ojos húmedos, con ese perpetuo «no diga nada» de sus miradas suplicantes... Además, ¿por qué se obstina eternamente en comer?

¡Voto al chápiro, tanto peor! ¡Voy á decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad!

Conocí á Pyecraft en esta sala de fumar, aquí mismo: Acababan de admitirme en el club y el hombre advirtió mi timidez algo nerviosa.

Sentado solo en un rincón, pensaba yo en lo agradable que sería conocer á gran número de miembros del círculo, cuando de repente se me presentó aquella gran fachada rodante, de carrillos inflados, doble barba y abdomen. Con un gruñido, se dejó caer en un sillón á mi lado, sopló un instante, probó laboriosamente un fósforo y encendió un cigarro.

Luego me dirigió la palabra. He olvidado lo que me dijo... algo á propósito de los fósforos que no se prenden nunca y á la vez que continuaba la conversación, detenía á los mozos uno tras otro y se quejaba de los fósforos con su voz aflautada. De esa manera comenzó nuestro diálogo. Hablaba de diversos asuntos y en particular del juego. De ahí pasó á tratar de mi físico y de mi cutis.

—Usted debe de ser un gran jugador de croquet—añadió.

Soy delgado, es cierto, delgado hasta el punto de que algunos me calificarían de flaco, y sin duda algo moreno. Sin embargo, aunque no me avergüenzo de haber tenido una bisabuela de raza india, no me gusta que los extraños se remonten hasta ese origen con una sola ojeada. Así es que al principio experimenté contra él cierta hostilidad, pero él no había entablado esta conversación sino para llegar más fácilmente á tratar de sí mismo.

—Es probable—continuó diciendo—que no haga usted más ejercicio que yo y que no coma menos. (Como todos los muy obesos, se figuraba que no comía nada). Y sin embargo—agregó forzando una sonrisa—somos bien diferentes.

Entonces se puso á hablar de su peso y me fastidió siempre con su peso dichoso. Me contó todo lo que había hecho para combatir su peso, todo lo que iba á hacer para reducir su peso, lo que le habían aconsejado para su peso y todo lo que sabía que había hecho la gente para disminuir un peso como el suyo.

—A priori—dijo—se creería que una cuestión de nutrición puede resolverse con la dieta y una de asimilación con drogas.

Era aquella una conversación que ahogaba, sofocante. Parecíame que me inflaba al escucharlo.

Alguna vez, de cuando en cuando, se soporta en el club á un enemigo de este género, pero llegó un momento en que creí haber aguantado ya bastante. Se agarraba á mi persona de una manera demasiado evidente. No podía poner el pie en la sala de fumar, sin verle navegar hacia mí, y á veces venía á instalarse en mi mesa para glotonear mientras yo estaba almorzando. Ciertos días se colgaba de mí literalmente, era un solista siniestro, aunque se limitase á una sola víctima, y desde el primer instante algo en su manera indicó que sabía, que adivinaba que podría servirle, que conmigo tenía una probabilidad lejana, excepcional, que no le ofrecía ningún otro.

—¡No sé qué daría por disminuir este peso... no sé qué!—decía.

Y me miraba con sus ojillos hinchados por encima de sus carrillos sopladores. ¡Pobre viejo Pyecraft! ¡Al mismo tiempo tocaba el timbre para pedir otro panecillo con manteca!

Un día reveló el hombre su verdadera preocupación.

—Nuestra farmacopea—dijo,—nuestra farmacopea occidental no es con mucho la última palabra de la ciencia médica. Me han dicho que en el Extremo Oriente...

Callóse y me miró con los ojos muy abiertos, como si fuera yo un animal curioso de un acuario. De repente se apoderó de mí la cólera.

—Escuche—le dije:—¿quién le ha hablado á usted de las recetas de mi bisabuela?

—¡Diablo!...balbució.

—Cada vez que nos vemos, desde hace una semana, no deja de hacer alusiones á mi pequeño secreto.

—¡Caramba!—contestó.—Ya que ha puesto

usted el dedo en la llaga, lo confieso, sí, es verdad. Sé la cosa por...

—¿Por Patisson?

—Indirectamente—respondió (lo que creo que era mentira).

—Patisson—le dije—ensayó una de esas recetas á su riesgo y peligro.

El mordióse los labios y se inclinó.

—Las recetas de mi bisabuela—seguí diciendo—son delicadas de manejar. Mi padre estuvo á punto de darme á conocer...

—¿No lo hizo?

—Nó. Pero me puso sobre aviso al respecto. El mismo, en otro tiempo, se arriesgó á experimentar una.

—¡Ah!... Pero ¿cree usted?... Supone...que haya una...

—Son documentos curiosos y sólo su olor... ¡No!

Después de haberme hecho llegar hasta ahí, Pyecraft estaba resuelto á empujarme hasta más lejos aún. Yo temía que, abusando demasiado de su paciencia, se dejase caer sobre mí de repente y me ahogase. Confieso que fuí débil, pero Pyecraft me fastidiaba. Había llegado á causarme tal irritación, que le dije:

—¡Bueno, pues, corra el riesgo!

El pequeño experimento de Patisson á que yo había hecho alusión, era cosa muy diferente. Poco importaba su naturaleza, pero lo cierto es que estaba seguro de que la receta de que entonces me serví era inofensiva por completo. No sabía nada de las otras, y en definitiva, dudaba mucho de su eficacia. Sin embargo, aunque Pyecraft se envenenara... La verdad es que el envenenamiento de Pyecraft me parecía una obra colosal.

Aquella misma noche saqué de mi caja de hierro el caprichoso cofrecillo de sándalo, de extraño perfume, y me puse á hojear los pergaminos que crujían al desdoblarse. La persona que redactó las recetas de mi bisabuela tenía evidentemente una debilidad por los pergaminos de origen heteróclito y su escritura era estrambótica y minúscula en alto grado. Algunas de estas recetas son para mí completamente indescifrables y ninguna es fácilmente legible, por más que en mi familia, compuesta de funcionarios de la India, nos transmitimos de generación en generación un conocimiento bastante profundo del indostani.

No tardé mucho en encontrar lo que buscaba. Sentado en el piso, cerca de mi caja de hierro, estuve contemplando un rato el pergamino.

—Vea—dije al día siguiente á Peycraft—pero tuve que retirar con prontitud la hoja que trataba de asir ávidamente.—Según lo que descifro de estos garabatos—añadí—aquí tiene una receta para la «pérdida de peso.»

—¡Ah!—suspiró Pyecraft.

—No estoy del todo seguro; creo que de eso se trata, pero le aconsejaría que se abstuviese de usarla, porque mis ascendientes por parte de esta bisabuela (y mancho la reputación de mi raza en interés de usted) no eran, hablando con franqueza, gente buena.

—Déjeme ensayar—imploró Pyecraft.

Me recosté en mi sillón, mientras intentaba hacer en vano un esfuerzo de imaginación enorme.

—Pero, por el amor de Dios—grité—á qué cree usted que va á parecerse cuando haya perdido su peso?

El no escuchaba argumento alguno. Conseguí que me prometiese no despegar nunca los labios para hablar de su repugnante obesidad, sucediera lo que sucediere, y finalmente, le entregué el pequeño trozo de pergamino.

—Es una mezcla infecta—dije.

—Poco importa—replicó y tomó la receta.

Pasó la vista por ella con estupefacción.

—Pero... pero...—balbució.

Acababa de descubrir que estaba escrita en caracteres para él desconocidos.

—Voy á traducírsela—le dije—en cuanto mi ciencia lo permita.

Traduje lo mejor que pude, y pasado esto, no cambiamos una palabra más durante quince días. Cada vez que se aventuraba á aproximarse á mí, yo fruncía las cejas y le hacía señas para que se alejase. Se atuvo á lo estipulado, pero al cabo de la quincena estaba lo mismo de gordo. Entonces se decidió á romper el silencio.

—Es preciso que hable—dijo.—Hay algo que no va en debida forma y esto no hace honor á su bisabuela.

—¿Dónde está la receta?—pregunté yo.

Pasé la vista por las diversas prescripciones, y le dije:

—¿Estaba el huevo podrido?

—Nó. ¿Era necesario que lo estuviera?

—¡Es claro! Para todas las recetas de mi pobre bisabuela querida, siempre que no se especifica ni el estado ni la calidad, hay que tomar lo peor. Ella era enérgica, por lo menos... Y además, hay una ó dos alternativas posibles en cuanto á las otras prescripciones. ¿Se ha procurado veneno «fresco» de serpiente de cascabel?

—Compré una serpiente de cascabel en casa de Jamrach... Me costó... Me costó...

—Eso es cosa suya. ¿Y esta prescripción?...

—Yo conozco á un hombre que....

—Bueno..... perfectamente..... Voy á darle por escrito las diferentes alternativas... la ortografía de esta receta es verdaderamente atroz... A propósito, el perro de que aquí se trata tiene que ser sin duda un perro vagabundo.

Durante el mes siguiente, vi constantemente en el club á Pyecraft, gordo é inquieto como nunca. Observaba lo convenido, pero á veces, infringía el espíritu del convenio bajando la cabeza con abatimiento. Luego, un día en el guardarropa, se atrevió á decir:

—Su bisabuela...

—Ni una palabra contra la señora—exclamé interrumpiéndole, y el hombre se calló.

Me figuré que habría renunciado á sus experimentos y le vi una noche hablando de su peso con tres nuevos socios del club, como si anduviera en busca de recetas particulares. Finalmente recibí de improviso un telegrama.

—¡Mr. Formalina!—gritó bajo mis narices un joven "groom".

Tomé el despacho, lo abrí y leí estas palabras: "Por el amor de Dios, venga pronto.—Pyecraft".

—¡Um!—murmuré, y á decir verdad, me alegré tanto de la rehabilitación que esto prometía al buen nombre de mi bisabuela, que hice un almuerzo copioso y suculento.

Tomé en la secretaría del club la dirección de Pyecraft y partí tan pronto como hube tomado mi café y mi copita de benedictina. Ni siquiera aguardé á apurar mi cigarro. Pyecraft habitaba los altos de una casa de Bloomsburg.

—¿Mr. Pyecraft?—pregunté en la puerta de la calle.

—Está enfermo—me respondieron—y hace dos días que no se le ve.

Como dije que me aguardaba, me dejaron subir.

Llegado que hube á la meseta de la escalera, toqué el timbre de una puerta de rejilla, mientras decía para mis adentros: «No habría debido hacer la prueba. Un sér que engulle como un chancho, debe parecerse á un chancho. Eso es lo justo».

Una mujer de aspecto respetable, cuyo rostro reflejaba ansiedad, con un gorro puesto descuidadamente, apareció por detrás de la rejilla y me estuvo examinando. Le declaré mi nombre y me dejó entrar, siempre manifestando inquietud.

—¡Bueno!—dije, cuando me encontré en el pasillo que precedía al departamento,—¿Qué hay?

—Me encargó que le hiciese entrar si venía —dijo la mujer sin apresurarse por pasar á las habitaciones. Luego agregó en confidencia:—Está encerrado con llave.

—¿En esa pieza?—pregunté.

—Sí, señor.

—¿Qué sucede?

La mujer movió la cabeza tristemente.

—No pára de pedir vituallas, señor, cosas pesadas verdaderamente. Yo le procuro lo que puedo. Le he dado jamón, pastel, salchichas, cosas así y nada de pan. «Haga el servicio de dejar eso fuera»—me dice con tono de mando y es preciso que me retire. Come, señor, de una manera horrorosa.

Oí que me llamaba desde adentro con su voz aflautada:

—¿Es usted, Formalina?

—¿Es usted, Pyecraft?—pregunté yo, y comencé á golpear con el puño la puerta.

—Dígale á ella que se vaya.

Obedecí, y entonces sentí un curioso golpeteo en la puerta como si buscaran á tientas el pestillo; al mismo tiempo, reconocí los gruñidos habituales de Pyecraft.

—Ya está—dije.—Ya se ha marchado.

Oí girar la llave en la cerradura y la voz de Pyecraft, que decía:

—¡Entre, pronto!

Di vuelta á la perilla y abrí la puerta. Naturalmente, esperaba ver á Pyecraft, pero... no estaba allí. Nunca en mi vida he experimentado sorpresa semejante. La pieza en que me encontraba era su gabinete de trabajo y reinaba en ella un desorden indescriptible. Había fuentes y platos junto á los libros y los objetos de escritorio; algunas sillas estaban caídas.... ¿pero Pyecraft?....

—¿Cómo le va, amigo? Cierre la puerta—dijo, y lo descubrí finalmente.

Estaba en el aire, junto á la cornisa, en el rincón próximo á la puerta, como si lo hubieran pegado al techo. Su rostro revelaba el terror y la ira. Jadeaba y gesticulaba.

—Cierre la puerta—repitió.—Si esa mujer descubriera lo que sucede....

Fuí á cerrar la puerta y lo contemplé, desde el rincón opuesto.

—Si algo cede y se cae usted—le dije—se va á romper la cabeza.

—¡Ojalá!—respondió, soplando.

—A su edad y con su peso, no debe uno entregarse á semejantes ejercicios acrobáticos.

—¡Ah! cállese—imploró con agonía.—Ya le contaré lo que pasa.

—Pero, ¿cómo diablo hace usted para mantenerse ahí arriba?—le pregunté.

De repente, comprendí que no se mantenía allí por ningún medio ordinario, sino que flotaba, por decirlo así, como una vejiga inflada hubiera podido flotar en la misma posición. Comenzó á agitarse para desprenderse del techo y bajar por la pared hasta mí.

—Es la..... receta—articuló jadeando.—Su bisabue...

Al hablar, había agarrado mal el marco de un grabado que cedió. De un salto, volvió á remontarse, mientras el cuadro se rompió contra el respaldo del canapé. Pyecraft chocó contra el techo, produciendo un ruido sordo, y entonces comprendí por qué estaba manchado de blanco en las curvas y los ángulos más salientes de su persona. Se puso á bajar con más precaución, sirviéndose de la chimenea.

ISABEY - Luis XIII en el Château de Blois

Era realmente un espectáculo extraordinario ver á aquel hombre gordo y de aspecto de apoplético tratando de bajar cabeza abajo del techo al piso.

—Esa receta de mucho efecto—balbució.

—¿Cómo dice?

—Pérdida de peso... casi completa....

Entonces acabé de comprender.

—¡Caracoles, Pyecraft!—exclamé dando un salto.—usted quería un remedio contra la obesidad ¡pero estaba hablando siempre de su peso!

Sin saber por qué, me sentia encantado. En aquel momento experimentaba realmente un afecto sin límites por Pyecraft.

—Permítame que le ayude—dije, y tomándole la mano, lo atraje hacia abajo. Agitaba las piernas en todo sentido, esforzándose por hacer pie en alguna parte. Me recordaba una bandera en día de viento.

—Esa mesa—dijo señalando con el dedo el mueble—es de caoba maciza y pesa mucho. Si pudiera hacerme pasar debajo...

Lo puse allí y se balanceó como un globo cautivo, mientras yo, de pie delante de la chimenea, conversaba con él.

—Cuénteme lo que le ha sucedido—dije, encendiendo un cigarro.

—Tomé la mezcla.

—¿Qué gusto tenía?

—¡Espantoso!

Todas las mezclas obtenidas por las recetas de mi bisabuela eran del mismo género. Considerando los ingredientes, el compuesto probable y sus resultados posibles, todos estos remedios me habían parecido muy poco incitantes. Por mi parte...

—Primero tomé un traguito... Y como al cabo de una hora me sentía mejor y más ligero, resolví tragar lo demás....

—¡Pobre Pyecraft!

—Me pellizqué las ventanillas de la nariz y me sentí cada vez más ligero; luego contra mi voluntad...

Interrumpió su frase al llegar á ese punto y se entregó á un acceso de ira.

—Pero, ¡por todos los diablos! Dígame, ¿qué voy á hacer ahora?

—Hay algo que me parece casi evidente que usted no debe hacer—le dije—y ese algo es no salir. Si sale, va á remontarse, á remontarse...—agregué agitando los brazos hacia el cielo.—Sería necesario enviar á Santos Dumont para traerlo.

—Supongo que el efecto acabará por desaparecer.

Yo moví la cabeza negativamente.

—No creo—dije—que se deba contar con eso.

Entonces, Pyecraft sufrió un nuevo acceso de cólera; dió de puntapiés á los muebles adyacentes y patadas en el piso. Se portó muy mal, como era de esperar tratándose de un hombre gordo é intemperante. Se expresó sobre mí y sobre mi bisabuela en términos faltos por completo de discreción.

—Pero yo no le he rogado nunca que tome ese cocimiento—le dije.

Desdeñando generosamente los insultos que me prodigaba, me instalé en su sillón y comencé á hablarle en tono tranquilo y amistoso. Le expliqué que aquel fastidio se lo había traído él mismo y que parecía una justicia; que comía demasiado... El rechazó este punto y durante unos momentos lo discutió con vivacidad. Llegó á ser violento y á armar barullo, por lo cual renuncié á exponerle la moral del caso.

—Luego—agregué—ha cometido usted el pecado del eufemismo. Usted ha llamado á su mal no «obesidad», lo que hubiera sido exacto aunque nada glorioso, sino «gran peso»... Usted...

Me interrumpió diciendo que reconocía todo eso efectivamente, y preguntándome qué debía hacer.

Expuse la idea de que se esforzase por adaptarse á sus nuevas condiciones. De esta manera, llegamos á la parte verdaderamente razonable del asunto. Insinué que no le sería difícil aprender á marchar con las manos en el techo...

—No puedo dormir—dijo.

Esto no constituía una dificultad grave. Era del todo posible, según le indiqué, improvisar una cama debajo de un armazón de alambre, asegurar el colchón con anchas tiras y abotonar las sábanas y las cobijas al lado. Pero para esto era necesario que su ama de llaves estuviese en el secreto... Después de haberme peleado un instante sobre este punto, el hombre adoptó mi opinión.

(Como se vió después, fué encantadora la manera natural cómo la buena mujer aceptó todas estas sorprendentes inversiones).

Podía tener en la habitación un gran escabel y todas las comidas se le servirían en los anaqueles superiores de la biblioteca. Imaginamos además un medio ingenioso por el cual le sería posible llegar al piso siempre que quisiera, y ese medio consistía sencillamente en colocar en lo alto de la biblioteca los volúmenes de la Enciclopedia Británica (décima edición). No tenía más que tomar un volumen debajo del brazo y llegaba á tierra. Se convino también en poner agarraderas de hierro á lo largo del zócalo, de modo que pudiera

servirse de ellas siempre que necesitase algo en las partes inferiores de la pieza.

A medida que organizábamos todo esto, el asunto me iba interesando vivamente. Yo fuí quien llamó á la ama de llaves y la puse al tanto de lo que pasaba, y yo mismo instalé también, casi solo, la cama al revés. Pasé dos días enteros en el departamento. Sé servirme bien de un destornillador y combiné para el amigo muchas adaptaciones ingeniosas; coloqué un hilo suplementario que lo ponía en comunicación más fácil con sus timbres, volví en sentido opuesto sus lámparas eléctricas y así sucesivamente. Todos estos trabajos me divertían en grande y era delicioso representarse á Pyecraft en forma de gran mosca, deslizándose por el techo, arrastrándose por los dinteles de las puertas para pasar de una pieza á otra y.... sobre todo, sin ir más al club, nunca más!

Pero mi ingenio fatal prevaleció. Estaba sentado junto al fuego, bebiendo el «whisky» de mi amigo, mientras él se encontraba clavando una alfombra en su rincón favorito cerca de la cornisa, cuando me asaltó una idea.

—¡Caramba, Pyecraft! ¡Todo esto es completamente inútil!

Y sin calcular del todo las consecuencias de lo que iba á manifestar, largué el rollo, como suele decirse.

—¡Ropa interior de plomo!—grité.—¡Esa es la solución!

Y el mal estaba ya hecho. Pyecraft acogió mi idea casi con lágrimas.

Yo le revelé el secreto sin pensar á donde la cosa me conduciría.

—Sí—dije—compre hojas de plomo, córtelas en rodajas y cósalas en su ropa interior hasta que pesen lo bastante. Use calzado con suelas de plomo, lleve una valijita llena de barras de plomo y el problema está resuelto. En vez de quedarse preso aquí, podrá ir, venir y hasta viajar....

Se me ocurrió otra idea más feliz aún.

—No tendrá que temer los naufragios; bastará soltar algunas de sus prendas ó todas, no conservando en las manos más que el peso del equipaje necesario, y flotará en el aire....

Fué tal su emoción que se le cayó el martillo, el cual pasó raspándome por la nariz.

—¡Oh!—exclamó.—¡Y podré volver al club!

Esa exclamación cortó de repente mi entusiasmo.

—¡Oh!—repetí yo.—Naturalmente..... podrá volver.

Y Pyecraft ha vuelto efectivamente al club. En este momento, está sentado detrás de mí engullendo una tercera ración, por lo menos, de panecillo con manteca. Nadie en el mundo, salvo su ama de llaves y yo, sabe que no pesa nada en realidad, que es sólo una masa de materia asimilatoria, una simple nube vestida, *niente, nihil,* el más imponderable de los hombres.

Se va á quedar ahí, me va á estar espiando hasta que haya acabado de escribir esto. Entonces (si puede) me agarrará al paso, avanzará como una oleada hacia mí. Por la centésima vez me repetirá toda la historia, el efecto que su estado le produce y el que no le produce, cómo á veces le parece que la cosa disminuye un poco y no olvidando nunca en su discurso abundante y craso, esta recomendación:

—¿Guarde el secreto? ¿Eh? Si alguien lo supiera, me daría tánta vergüenza.... Le hace aparecer á uno tan zonzo eso de marchar por el techo á cuatro patas y todo lo demás....

Y ahora se trata, en definitiva, de huir de Pyecraft, que ocupa una admirable posición estratégica entre la puerta y mi persona.

H. G. WELLS.

PALOMAS BLANCAS Y GARZAS MORENAS

Como una alemana, rubia, era mi prima Inés.

Fuimos criados juntos, desde niños, en casa de la buena abuelita, que nos amaba mucho y nos hacía querernos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, para que no riñésemos. Adorable, la viejecita, con su traje á grandes flores y sus cabellos crespos y recogidos como una vieja marquesa de Roucher.

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo aprendí á leer antes que ella; y comprendía—lo recuerdo bien—lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José, todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel, alabando el talento de la actrizuela.

Inés crecía. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía entrar en un colegio, en internado terrible y triste, dedicarme á los áridos estudios del bachillerato, á comer los platos clásicos de los estudiantes, á no ver el mundo —¡mi mundo de mozo!—y mi casa, y mi abuela, mi prima, mi gato, un excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncos: llegué al período ridículo del niño que pasa á joven. Entonces, por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé—todavía vaga y misteriosamente—en mi prima Inés.

Leí *Pablo y Virginia.* Llegó un fin de año escolar, y me fuí de vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. ¡Libertad!

Mi prima, ¡pero Dios santo, en tan poco tiempo!, se había hecho una mujer completa. Yo, delante de ella, me encontraba como avergonzado un tanto. Cuando me dirigía la palabra, me ponía á sonreírle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si se veía de frente.

A veces, contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa

El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz, clara y vibrante; las pupilas, azules inefables; la boca, llena de fragancia de vida y de color de púrpura. ¡Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó á abrazarme; la tendí la mano. Después no me atreví á invitarla á los juegos de antes. Me sentía tímido.

¡Y qué! Ella debía sentir algo de lo que yo.

¡Yo amaba á mi prima!

Inés, los domingos, iba con la abuela á misa muy de mañana.

Mi dormitorio estaba al lado de ellas. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja, que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufrú de las polleras antiguas de mi abuela y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

¡Oh Eros!

Inés.

* * *

¡Y estábamos solos, á la luz de una luna argentina, dulce, de una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

La dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril y temeroso.

Sí, se lo dije todo: las agitaciones sordas y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella, allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: ¡el Amor! ¡Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración!

Creceríamos más. Seríamos marido y mujer. Esperé.

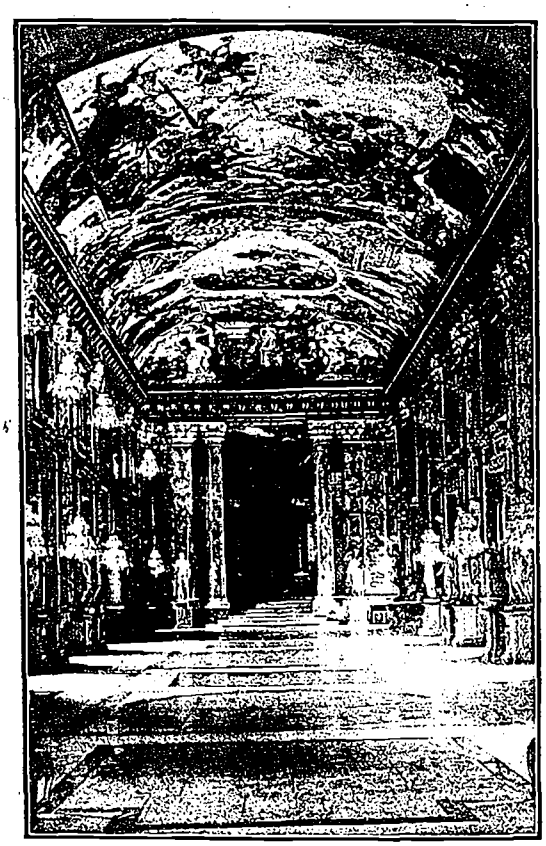
La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que á mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores. Cabellos áureos, ojos paradisíacos, labios encendidos y entreabiertos!

De repente y con un mohín:

—¡La tontería!

Y corrió como una gata alegre á donde se hallaba la buena abuela rezando á la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:



Sala de sesiones del Congreso Postal de Roma

El terror del Vesubio - El pueblo huyendo de las ciudades arruinadas

—¡Eh, abuelita, me dijo....

Ellas, pues, ya sabian que yo debía «decir».

Con su reír interrumpía el rezo de la anciana, que se quedó pensativa, acariciando las cuentas de su camándula. Y yo, que todo lo veía á la husma, de lejos, lloraba lágrimas amargas, ¡las primeras de mis engaños de hombre!

Los cambios fisiológicos que en mi mente se sucedían á las agitaciones de mi espíritu me conmovían hondamente. ¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía al comenzarme el bozo, sentía llena de ilusiones la cabeza, de versos los labios, y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. ¿Cuándo llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada en el fondo de mi sér, y aquél en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un dia, á pleno sol, Inés estaba en el jardín regando trigo, entre los arbustos y las flores, á las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con bucles níveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje—siempre que con ella he soñado, la he visto con el mismo—gris azulado, de mangas anchas, que dejaban ver casi enteros los satinados brazos alabastrinos; los cabellos los tenía recogidos y húmedos; el vello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespa.

Las aves andaban á su alrededor corruquiando, é imprimían en el suelo obscuro las estrellas acarminadas de sus patas.

Hacía calor; yo estaba oculto tras los ramajes de unos jazmineros. La devoraba con los ojos.

Por fin se acercó por mi escondite la prima gentil. Me vió trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva, rara y acariciante, y se puso á reír cruelmente, terriblemente; y bien, ¡oh!, aquello no era posible. Me lancé con rapidez frente á ella. Audaz y formidable debía estar cuando ella retrocedió, como asustada, un poco.

Entonces tornó á reír. Una paloma blanca voló á uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más; mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban. Me turbaba el cerebro una esencia invisible y fuerte de aroma femenil. Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime, y al propio tiempo llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas. No dije nada más. La tomé la cabeza y le dí un beso en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella, un tanto asustada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y se alejaron al vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo, abrumado, quedé inmóvil.

Al poco tiempo partía á otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había, ¡ay!, mostrado á mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

Musa ardiente y sacra para mi alma, ¡el día habia de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fué el nuevo amor. ¡Bendita sea aquella boca que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!

Era allá, en una ciudad que está á la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, llena de islas floridas, con pájaros de colores.

Los dos, solos, estábamos cogidos de la mano, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y obscura chapoteaba musicalmente. Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta obscuro por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblicuos, rojos y desfallecientes los últimos rayos solares. Arrastrada por el deseo, me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador, como dos invisibles y divinas filomelas.

Yo, extasiado, veía á la mujer tierna y ardiente, con su cabellera castaña, que acariciaba con mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, como que sólo eran para mí, temerosa quizá de que se las llevase el viento vespertino. Fija en mí, se inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, sus ojos verdes, ojos que deben gustar siempre á los poetas.

Luego, erraban nuestras miradas por el lago, todavía de vaga claridad. Cerca de la orilla se detuvo un grupo de garzas blancas, morenas garzas de esas que cuando el día calienta, llegan á las riberas á espantar á los cocodrilos, que, con las anchas mandíbulas abiertas, beben el sol sobre las rocas negras.

¡Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda ó bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alizaba con el pico las plumas, ó permanecía inmóvil, escultural y hieráticamente, ó varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, ó en el cielo, caprichosos dibujos, como las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba, junto á mi amada, que de aquel país de la altura me traerían las garzas mudos versos desconocidos y soñadores. Las garzas blancas las encontraba más puras y más voluptuosas, con la pureza de las palomas y la voluptuosidad del cisne; garridas

con sus cuellos reales, parecidos á los de las damas inglesas que junto á los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la carta de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales; todas—bien dice un poeta—como cinceladas en jaspe.

¡Ah, pero las otras tenían algo de más encantador para mí! Mi Elena se me antojaba como semejante á ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desparecía arrastrando toda su púrpura opulenta de rey oriental. Yo había halagado á la amada, tiernamente, con mis juramentos y frases melifluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de pasión inmenso. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno á otro.

De pronto y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos en la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de los labios de mujer.

¡Oh Salomón, bíblico y real poeta!—tú sólo dijiste como nadie: *Alel et lac sub lingua tua.*

Aquel día no soñamos más.

*
* *

¡Ah mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! Tú tienes en los recuerdos profundos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal!

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas, en el inefable primer instante del amor.

RUBÉN DARÍO.

DEL TIEMPO DE LUIS XV

—

A Mercedes Elena Andrade

Adorable muchachita,
Princesita
de un romántico país,
al haber vivido antes,
en aquellos días galantes
de la corte del Rey Luis,
tu belleza triunfaría
de la dama Rosa-thé
ó del hada Flor de Lis,
en las finas elegancias del minué,
y el gran Rey saludaría
tu lírica aparición
con una galantería
en las fiestas del Trianón.

SERGIO MEDINA.

MAGDALENA

—

A Castor Estrada G.

Magdalena, la linda cortesana
de cabellera rubia y fulgurante
como el febrido sol que fecundiza
las indicas regiones; Magdalena,
la meretriz ardiente y orgullosa
de ojos fascinadores cual los astros
que á su negro cendal prende la Noche;
la espléndida beldad de frente olímpica,
y de incitante boca—rojo nido
donde como un turpial cantaba el beso;
la que esclavos miró de su hermosura
al fariseo príncipe y al fuerte
romano adusto de broncíneo torso,
y cuyas formas hechas parecían
con la nieve de todos los jazmines
y la lumbre de todas las auroras;
la que leda libara en cáliz de oro
estrellado de perlas y zafiros
el falerno de todos los placeres;
hora, bañada en tembloroso llanto,
á los pies de Jesús de hinojos cae
en casto amor el corazón prendido.
No es ya la rosa de purpúreos pétalos
y voluptuoso aroma: es la azucena
que al frágil rayo de naciente luna
el tallo dobla encantadoramente,
soñando con las plácidas caricias
de blondo arcángel. . . .

*

Sobre muelle alfombra
de húmedas yerbas y sencillas flores,
acariciado por fragantes auras
y bajo el arco de zafír de un cielo
perpetuamente luminoso, el puro
pastor de Nazareth, oye á la dulce,
á la rubia beldad arrepentida,
y en ella clava sus benignos ojos,
azules como el mar cuando se duerme
al beso del crepúsculo. . . .

¡Oh cuán suave
la mirada del suave Galileo,
y cuán profunda! Esa mirada dice
lo que expresar no puede humana lengua:
es un himno glorioso cuyas notas
tienen la majestad del infinito
y que al llegar á el alma, la estremecen
como los euros á los blancos nardos.
Vibra su voz cual sistro de diamante
rozado por el pico de una tórtola;
su voz augusta, que la dicha lleva
junto con el perdón al pecho triste
de la maravillosa arrepentida.

Cuando las frases de perdón pronuncia
el Maestro sin par, su noble rostro
con magnífica lumbre resplandece,
y un santo sonreír flota en sus labios:
así un vivo reflejo de alborada
sobre la cresta de lejanos montes!

Y Magdalena, linda como nunca,
ardiendo en gratitud, un beso posa
en la alba frente del Pastor excelso;
beso que es un pedazo de su alma,
un pedazo de cielo en que refulgen
cual orientales perlas, muchas gotas
de un proficuo llorar. . . .

«Amado mío,
—después musita la mujer sublime—
¡gracias, gracias te doy, que tu palabra
ha caído en mi pecho atribulado
como un raudal de perfumadas mieles,
como la gran frescura del aljófar
sobre la gran blancura de los nardos! . . .
¡Gracias, gracias te doy, Amado mío!

Tú eres mi único amor! ¡Sí, mi amor único
¡Mi tesoro eres tú, manso cordero!
¡Por ti tan sólo viviré, porque eres
mi día, mi noche, mi rosada aurora!
¡Oh blanco y milagroso corderillo:
eres el solo amor de Magdalena!

Oye: ¡soy toda tuya, toda tuya!
Dispón de mí, Jesús!
Riquezas guardo
como puede guardar rey poderoso
en sus arcas espléndidas. . . .
Un manto
tengo de rica púrpura de Tiro,
en el cual, á manera de luceros,
relampaguean límpidos diamantes
en campo de esmeraldas y amatistes:
¡oh, qué bien quedará sobre tus hombros
ese manto! . . .
Poseo unas sandalias
estrelladas de regia pedrería
en un fondo de oro: dulce amado,
¡qué bien están para tus pies!
Un cofre
guardo también de invalorables gemas:
¡Contémplalo! En mi mano resplandece
como la estrella matinal. . . . ¡Es tuyo!
Acéptalo, Jesús, cual homenaje
de quien te ama con amor sublime,
con tan profundo amor, que ante él parece
hasta la misma eternidad pequeña!»

*

Mas no nació Jesús para la vida
de la infecunda vanidad!
Sereno
dice á la hermosa: tu homenaje es grato
y mi espíritu colma de contento,
gentil amiga!
Mas ¿qué son las gemas,
qué valen, dime, la opulenta púrpura
y el oro ardiente, cuando ya disfruto
el más grande de todos los tesoros:
tu arrepentido corazón, que me ama
como á mi Padre un serafín? . . .

*

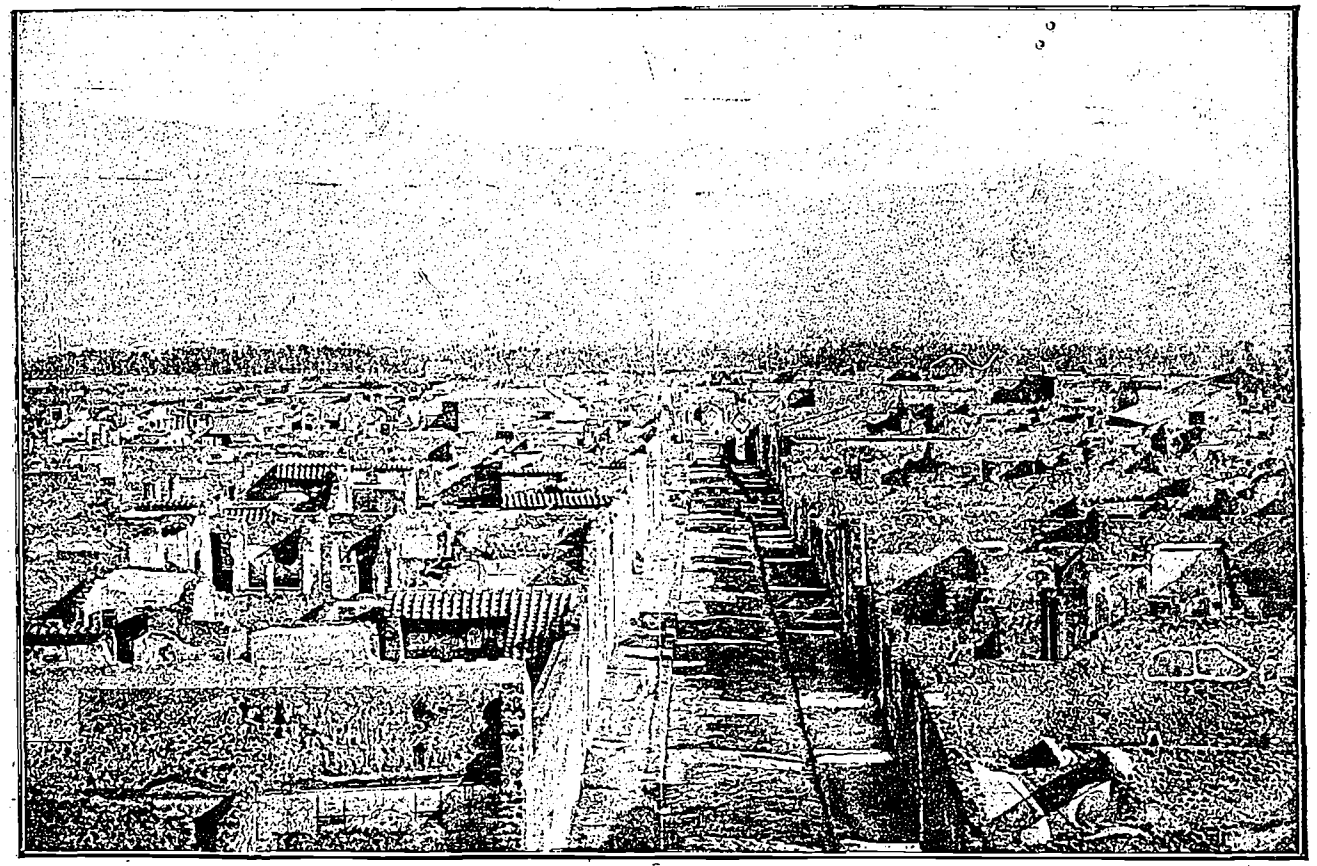
La rubia,
la bella hija de Magdalo, el cofre
lanzó á la tierra en ademán augusto;
y al estrellarse contra aguda piedra
el cofre—joya de alabastro y oro—
dejó escapar de su aromado vientre
primero un brazalete de rubíes,
después una gran sarta de topacios,
un chorro esplendoroso de diamantes
y un diluvio magnífico de perlas!

*

Lágrima imponderable de alegría
surcó la faz del inmortal Profeta;
mientras en la radiante lejanía
el sol su disco enrojecido hundía
en un trémulo lago de violeta!

AUGUSTO MENDEZ LOYNAZ.

Caracas.



Las Ruinas de Pompeya - (Ciudad destruida por el Vesubio hace 1800 años)

GUERRA Y FIEBRE

(NOVELA)

UN CAPITULO

El Ejército acampó en la fila, entre el cafetal llovido de luceros, ha tiempo en abandono; bajo los bucares vestidos de su floración roja como el paludamento de los generales romanos; entre el guamal de pomas entreabiertas por la madurez ó reventadas por los azulejos voraces ó los escandalosos arrendajos. Sorprendido el Ejército al final de la marcha, furtiva y fatigante, por la rápida caída de la sombra en el perenne crepúsculo de las montañas, no pudo acampar bien, y pernoctaba en desorden, como una bandada de gitanos. La previsión de los jefes había extremado el servicio. Las rondas iban y venían, y sobre el bajo, las avanzadas sondeaban, cautelosas y en silencio, la sombra espesa rayada de luciérnagas.

La división de Luis había quedado sobre la garganta formada por la proximidad de las dos filas. Atrás se alzaba la montaña recorrida en el día. Alzríanse, á la derecha, medrosos farallones labrados por las lluvias. Al frente se mostraba la fila, á cuya espalda dormía el pueblo, objeto de la marcha estratégica, y, á la izquierda, partía el camino ocupado por el resto del Ejército extendido como un río sin madre, por las cuestas, repechos y amplias laderas de la fila.

No se oía un solo ruido claro, sino algo así como el rumor impreciso de los avisperos montañeses presintiendo la lluvia. El tiempo que en la tarde fusilaba al Este, había extendido el ala; y desde la media noche una llovizna, fría y continua, agobiando el monte, entumecía los cuerpos, lustraba el follaje y encharcaba los senderos.

Hacia la madrugada el agua sonó en los farallones; y al día, indeciso en la opacidad de la llovizna, ya decreciente, las hojas de mijao brillaron movidas cual lentos abanicos á los soplos de un viento leve; los bucares, en la cima de la fila, agitaron su floración purpúrea que en medio á la neblina, como entre una humareda, sugería la visión de la guerra; y en los cafetales el suelo regado de flores, fingía un manto de reyes estrellado de abejas.

Los soldados despertaban. Al amparo de los ramajes unos; otros bajo ligeros techos de hojas de mijao y platanillo, huían la llovizna. Los más, envueltos en telas de algodón de chillones colores desvaídos y pedazos de bayeta azules, negros y rojos, trajinaban sin rumbo. Algunos veían la fila del frente surgiendo á ratos en los claros fugaces de la neblina cuyos peplos cándidos ascendían lentamente como buscando la cima de la fila. En los cafetales, y casi al ras del suelo, pendían entre las bestias, entre los aperos, confundidos como en una estación de arrieros, chinchorros de moriche y de hilo, hamacas, improvisados colgantes de lona, bajo toldos de cobijas rojas y azules, negros cauchos lustrosos y fragmentos de coleta. Las bestias, ateridas, erizado el pelaje, arqueado el espinazo, arrugadas las orejas y tristes, parecían soñar con el sol y la yerba de las llanuras libres. Mordía una mula un tronco; sacudía un burro las orejas; resoplaba un caballo ó golpeaban, indistintos, la tierra húmeda, picados por los tábanos.

El tiempo tendía á cambiar. Fuertes rachas de viento arremolinaban sobre los flancos la neblina que subía lenta, como el humo de un sacrificio indio, del fondo de las quiebras oscuras.

Algunos soldados, raspando el lodo, hacían fuegos, amparándolos de la llovizna con anchas hojas de ocumillo, tapas de cuero y pedazos de tela embreada sobre ligeras estacas. En una marmita vaporizaba un café oscuro con vislumbres de asfalto; chirriaba, allá, en espetero un trozo de marrano; aquí, en una cacerola rota en parte, tostábase un puñado de maíz: rompíanse en estrellas los granos y á veces estallaban cual mistos. Comían algunos papelón chorreoso y cazabe apernazado; deshilachaba aquél un pedazo de carne, blanca de sebo frío, comiéndola con pausa; tragaba otro, tosiendo, polvo de maíz endulzado; devoraba otro un mango casi verde; y muchos silenciosos, pálidos, ojerosos tiritaban entreabriendo los ojos, brillantes por la fiebre, como ojos de ratones hambreados.

Bajo unos mausers en pabellón, encobijados de rojo, dormían tres soldados en haz, arropados con una tela corta de algodón blanquizco. Envueltos pies y cabezas, roncaban muchos de distintas guerrillas sobre el lodo, ajenos al invierno, fatigados de la marcha anterior.

El viento arrastraba la llovizna, rompía la neblina ascendente y regaba en el aire el acre olor de la carne chamuscada, el aroma del maíz quemado, el vaho de las enjalmas en brazos de los árboles y el hedor de las horruras de la tropa y de los excrementos del bestiaje.

La claridad vencía el nublado. A veces un vuelo de azulejos se alzaba de los guamos; un riego de gotas cándidas caía sobre el lomo de un borrico florecido de llagas y un rayo pálido del sol naciente ponía un lampo de oro en la esmeralda de un bucare viejo.

Vagamente, como la vibración levísima de una cuerda de marimba se difundió en el campamento un toque de corneta; oyóse, luego, el rumor de un parche, como la repercusión de un trueno lejanísimo, y, súbito, una racha de viento desparramó el clamor alegre de la diana, tocada donde acampaba el Estado Mayor; y en seguidas casi, en la fila del fren-

te, respondió como un reto otra diana, clamorosa, anhelante.

El enemigo ocupaba la fila.

El campamento se agitó como una colmena. Recogíanse los colgantes; poníanse en pie los soldados; desperezábanse, y registrando los mausers, jugaban sus máquinas, corríanles cápsulas y á la voz de los oficiales formaban las guerrillas.

—Busque su puésto, amigo.

—Anda, cubano, traga entero.

—¿Tiene mieo, amigo?

—Aquí Pericoto, junto á Chupa-Caña.

—Se ensució Joseíto.

—¡Su madre!

—Compónte, chico.

—Hum!

De pronto una racha de viento acereó el trueno de una descarga distante.

—Silencio y á organizarse, que empezó el plomo—dijo un oficial moreno de ancho tórax, tirándose de un moriche y viendo la hondonada. Y si es como la última, va á ser bueno.

—Tiran con culebrina—agregó un indio ictérico, añingotado junto á un fogón donde prendía un tabaco.

Y otro oficial de aire fino apoyado en un sable:

—Hoy hay plomo. Mirá los bucares; se han vestido de limpio, y la pavita cantó en lo oscuro.

Una nueva descarga esparció el viento.

—Firme, muchachones—firme, gritó Perucho llegando á caballo, calada la cobija, recogida sobre el hombro derecho.

—¿Qué hay?—interrogaron varios acercándose.

—Guá! ¿no oyen? Se prendió el plomo, allá abajo, entre un platanal. Los tentó Juan Antonio y no aguantaron; pero ahora entran de firme. Pa acá viene el cañón y la gente de José Dolores. Ustedes pa allá,—y señaló una altura coronada de un rancho. ¿Y Domingo?

—Viejo Domingo! que le pega el plomo—gritó un oficial blanco, de polainas, brodequines amarillos rotos, capa de bayeta á la española, golpeando con su sombrero de fieltro de anchas alas, una chinchorreta goajira cubierta por una cobija doble. Ni siente el viejo con.....

—¿Qué varilla es esa?—gritó una voz femenina—tan invidiosos y frescos. Cómo una no los quiere!

—Viejo!—alce ligero—dijo Perucho agarrando la cabullera. El general Luis lo manda á acomodar en la lomita onde está el rancho y vigilar la hondonada pa los farallones, que hay caminos. Oiga el plomo, viejo. Y partió al trote largo.

Otra descarga se extendió por la fila sonando como cayera un fuerte roble.

—Buen tiempo!—dijo Domingo echándose de la chinchorreta; calentura, invierno y plomo; y gracia que hay caranta. Cuándo saldremos de estos cerro; pa mí llano; esto es pa ésos...Alza, Petronila. Toño, descuerga y pega que...

Una bala de cañón pasó por el ramaje vertiendo un alarido. Muchas flores de bucares cayeron, muchas hojas y ramas; y en alas del viento, muchas llegaron al cafetal del pie de la ladera cual mariposas moribundas. Las mulas pararon las orejas; una rompió una amarra, y, bufiando, corrió hacia un claro donde se detuvo. Los burros miraron tristemente. Los caballos continuaron inmóviles.

Del chinchorro del viejo saltó una hembra de moreno terroso, alta, de grandes ojos negros, fornida de caderas, de erectos senos, el cabello negro bajo un pañuelo de Madrás á cuadros rojos y amarillos, vestida una basquiña de zaraza morada, llena de anchas arrugas, y en alpargatas de colores. Miró en derredor, y apercibiendo al oficial de polainas, dijo desdeñosamente:

—Pa eso es que sirben; pa mamá gallo; pero apenas rosna el bicho se jipatean...

Otra bala de cañón pasó más abajo mutilando los copos de unos guamos, y explosionó cerca. En los quebrajones, entre el platanal, se formalizó el fuego.

En breve estuvo en pie el batallón. Las cajas del parque en hombros; algunos mausers en burros.

—Aguántame el animal, Toño; gritó Petronila.

—Pa que te bas á montá,—arguyó el muchacho,—si es cerquita. ¿Tu no bes?

—Ais que te encharcas niña.

—Jesús! con la joben.

—Cuidao con los botines.

—No te mojes las pesuña.

—Móntala que es lo que ella quiere.

La mulata se enfureció con las cuchufletas de los soldados; y masculiando una frase, tras vivo esfuerzo, ayudada del muchacho quedó á horcajadas en el burro.

—Tiene al viejo atontao.

—Pobre viejo. Le va á quitá el brío.

—Y eso que llegó antié.

—Invidiosos!—vociferó Petronila. Ya quisieran ustedes.

—Cáyese!

—Silencio y raspa que el plomo está en las narices—gritó Domingo que llegaba.

Se aproximaba el fuego. Varios proyectiles sonaron secamente en un ramo sin savia.

Por el sendero que traía de los plátanos asomó un oficial al trote largo de su macho.

—Coronel—gritó al divisar á Domingo;—que ocupe aquella loma. El enemigo viene sobre la altura.

—Cierra y dobla,—ordenó el viejo.—Y resbalando sobre la pátina de lodo, el batallón aceleró la marcha y perdióse en la estrecha senda que paraba en el rancho.

El sol ascendía rompiendo la neblina clareada; y era sobre el follaje recamado de gotas, un indeciso resplandor de cirios sobre las capas sacerdotales en las grandes fiestas católicas.

Una guerrilla destacada por Domingo ocupó la loma y afincó en el rancho una bandera que se plegó á la caña, húmeda, entumecida como el ala de una garza enferma.

A poco en la hondonada se formalizó el fuego. El enemigo iba sobre la altura.

—Tiesos, muchachones! Plomo con ellos pa que sepan que aquí va la flol—vociferaba Domingo. La guerrilla hizo fuego á la hondonada y se entabló el combate.

Domingo, á caballo, reconoció velozmente el sitio. A la derecha, la fila remataba en farallones. Atrás siempre la montaña. Al frente la otra fila. Señoreaba el sitio la loma donde se alzaba el rancho en piernas. Quedaba á la izquierda la vereda traída. A la hondonada, entre las dos filas, caía un sendero tortuoso, lecho de un torrente desviado; y por el cafetal, iban á saltos las veredas.

—Toño, pon lo corotos en ese repecho, tras del rancho, y los burros entre esas piedras. Too er mundo á pie. Guaribe con dos guerrillas por aquí, coja aquella verea. Francisquito, pa er farallón con tus muchachos. Indio Alegre, con los tuyos sigue á Guaribe. Firme ustedes aquí, y los demás contra el suelo—y Domingo se echó del caballo.

Habíase cambiado. A su indolencia habitual sucedía una inquietud extraña. Diríase que el frío le templaba los nervios. Bajo el ancho sombrero de cogollo sus ojos tristes siempre bajo el imperio de un tenaz paludismo, movíanse ahora como ojos de pájaro. Con un mulato delgado golpeaba ligeramente las pantorrillas desnudas de los que salían. Llamaba á muchos por sus nombres; y de vez en cuando, ojeaba á Petronila, que enceñada y muda, veía el reparto de las guerrillas acodada á un guamo.

El combate se había extendido. Tronaba á un tiempo la fila. El cañón acompasaba el canto bárbaro de los mausers. Hacia donde acampaba Luis, la diana clamoreaba arrastrándose en el ambiente húmedo.

—Llegó José Dolores—dijo Domingo, oyendo el estampido de un cañón cercano; y volvió los ojos al sitio que ocupaba hacía poco. En ese instante el viento, revolando, amontonaba en la fila la neblina é impedía distinguir. Un nuevo disparo la deshizo dejando ver la silueta del cañón, como una gran tara negra.

El fuego se corría sobre el cafetal de la derecha buscando el sendero que llevaba al rancho. En los otros puntos, sobre la izquierda del Ejército, tendía á cesar. Sobre el centro oíanse ya tiros sueltos.

Domingo, atento, murmuraba:

—La gente se ha corrío pa esta loma. Aquí es el punto.

—Coronel—gritó un muchacho apareciendo tras del rancho—refuerzo y parque dice Guaribe, porque el empuje es mucho.

—Pronto, Miguelito. Coge esa gente,—señalando á unos de los echados en el suelo—y ar pasitrote. Van de á sesenta. Y tú barajusta muchacho y dile que ahí va Miguelito.

El oficial de brodequines amarillos y capa á la española, paróse de una enjalma; organizó la gente en dos guerrillas; sacó su espada, y mirando á Petronila, gritóle:

—Hasta la noche, princesa!—y se perdió en la hondonada.

—Deje la cherchа, amigo, y ande—rugió Domingo, agitando el mulato.

Petronila silbó y dijo:

—Ya quisieras tú, pero ni pa esto—y enseñó un dedo.

El sol vencía el mal tiempo. Su oro tibio avivaba el ramaje flagelado por la lluvia nocturna. Encendía la felpa roja de las guamas abiertas. Abrillaba el claro verde de los mijaos; y en el verde oscuro de las hojas de ocumillo, iluminaba las gotas de la lluvia prendidas cual trémulos diamantes milagrosos.

Bajo el viento, entre el fulgor solar, los últimos velos de la neblina se arremolinaban como estandartes en derrota; perdíanse en el ramaje como bandadas de palomas en fuga. Los bucares, al sol, fingían sangrar. Inquietas sierpes de esmeralda eran las trepadoras sacudidas del viento, y donde más se apiñaba el ramaje fulgecía el sol, radiosamente.

Sobre la loma hubo un desconcierto. Una racha de balas rompió unas ramas, golpeó el caballete del rancho, y malogró un soldado.

—Maluco—murmuró el viejo;—y puso al viento la oreja. Se fué al herido, y registrándole, preguntó:

—¿Onde fué?

—En la batata, de chaflán.

Le arrolló el pantalón encharcado; examinó la herida, y quitándose del cuello un pañuelo mugriento, fajó la pantorrilla, murmurando:

—No hay ni qué ponele.

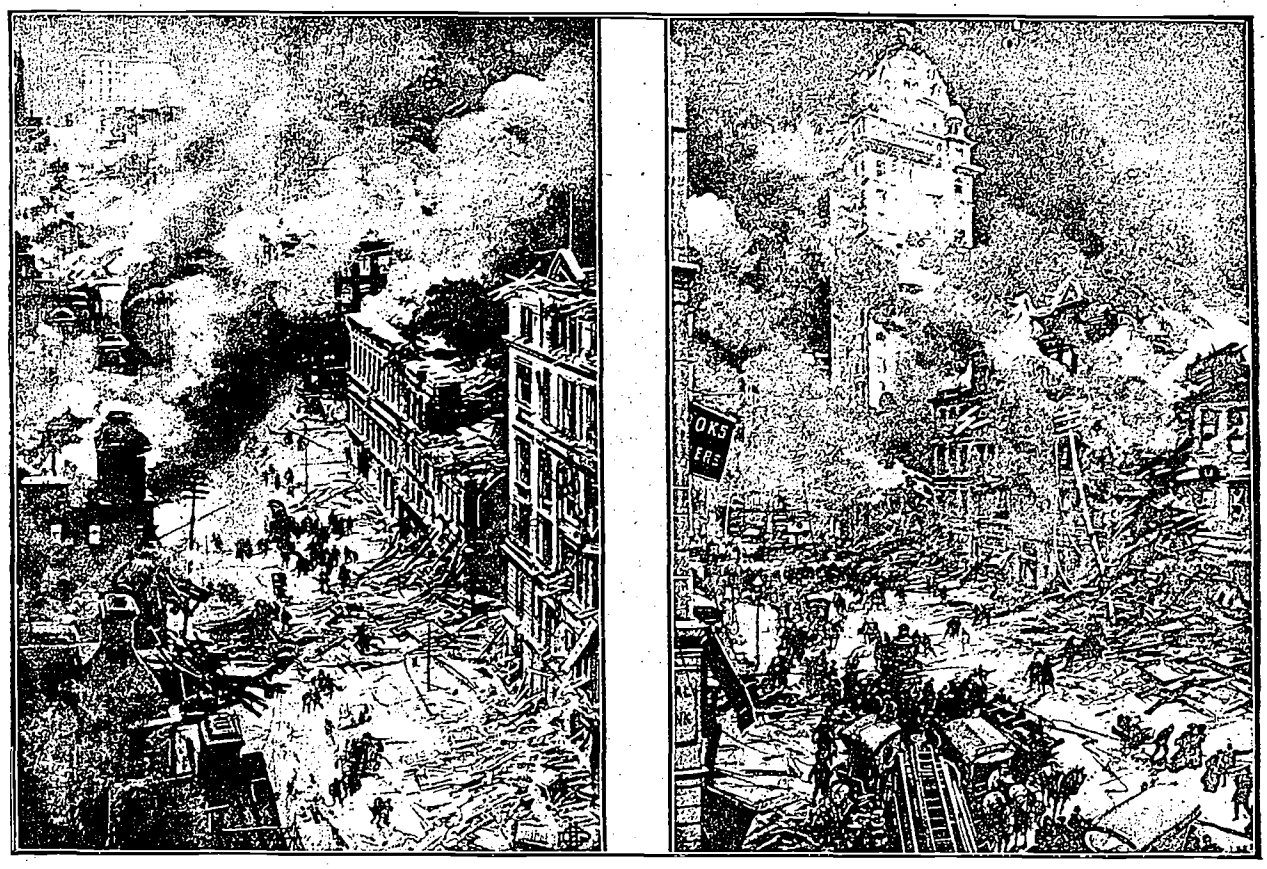
Despavorido, pálido, jadeante, apareció el muchacho de la vez anterior, vociferando:

—Mataron á Guaribe y á Indio Alegre y Miguelito ta rechazao—y el muchacho se limpiaba el pie derecho enlodado, raspándolo contra el tobillo del izquierdo.

Otro aluvión de balas pasó destrozando el ramaje. Algunas guamas cayeron. Como una saeta de oro un turupial pasó hacia la montaña; y al alarido de la descarga pareció responder, á lo lejos, en un marial florido, una familia de pericos.

—Alza! ustedes, y síganme—y escupiendo una mascada, levantándose el ala del sombrero, el viejo se tiró á la hondonada seguido de veinte hombres, gritando á los que dejaba—Pelen el ojo que no son flores!

En ese instante asomó Miguelito, escoltado



TERREMOTO E INCENDIO EN SAN FRANCISCO

Las ruinas de una gran Avenida: Llamas y despojos en la calle California — Ruinas en un centro comercial: El incendio en el Edificio Call, en la calle del Mercado

de algunos, pálido, sudoroso, en la derecha un mauser y al cinto la espada.

—Qué fué?—gritó Domingo al verlo.

—Que la gente es mucha y me han rechazado.

De la hondonada subía un largo trueno, que unido al escándalo de las quebradas crecidas, ensordecía la fila.

Algunos soldados de Miguelito contenían al enemigo indeciso en la boca del sendero.

—Cobarde!—rugió Domingo—ya verás cómo se empuja;—y bajó á saltos seguido de sus hombres.

—Cobarde nó! es que con cuatro gatos no se pára un Ejército—y tirando el mauser, Miguelito buscó el rancho, fatigado, limpiándose la frente con los dedos.

Tras de un bucare, mordiendo una ramita, salió Petronila, y sonreída, dijo:

—¿No desía yo? Pa mamá gallo es que sirben; pero en lo que rozna el bicho se jipatean—y sacudióse el ruedo de la bata, sucio de greda.

Algunos soldados rieron.

Llegaban los heridos. Maldecían y se quejaban unos; otros, sacudían contra el monte ó limpiábanse en los árboles las manos sangrientas; y otros, echábanse sobre el suelo fangoso, manchándolo de rojo.

Otro riego de sangre; el riego único en donde ponemos los venezolanos toda nuestra pasión, como si ya fuese menester á nuestra naturaleza la salvaje voluptuosidad de la matanza. Riego lúgubre sobre una tierra que sólo aguarda el cariño del brazo para devolverlo opulentamente, como una princesa de leyenda. Riego trágico y largo que parece infinito, en el valle, en la cumbre, en la montaña, en el llano, en la selva, como si se quisiera convertir la floración polícroma del trópico, en una floración de matiz único, de púrpura encendida como la sangre del toro caldeada por la rabia en el tráfago bravío de la lidia.

El apóstrofe del viejo, la pulla de Petronila, la risa de los soldados y la sangre y la queja de los heridos, enrojecieron de vergüenza á Miguelito; tornó el rostro al bucare, y no viendo la mulata, grito:

—Piazo é perra! vas á saber pa qué sirvo, tú y tu viejo mapleto.—Y volviéndose á los soldados: el que tenga bríos que mesiga.

Algunos de los venidos con él, picados también, lo siguieron; y otros de los dejados por Domingo, por odio á la hembra tal vez, acaso por el cebo del botín.

—Maluco—dijo un sargento de ancha cara, rascándose una llaga—ese patiquín deja hoy el cuero en la estaca; maluco cuando un patiquín se arranca!

Seguían llegando heridos. Uno, el pie izquierdo roto, apoyábase en una rama recién cortada, aún llena de hojas. Otro, reventado el maxilar inferior, sosteníalo con ambas manos, por las cuales corría la sangre tiñéndole los codos y el pecho. Aquél, desgarrado el vientre, en brazos de dos compañeros, brotados los ojos, pedía agua diciendo que se ardía. Este se oprimía el pecho, arqueándose. Otros, más ó menos dañados, se echaban al pie de los árboles ó entraban en el rancho implorando auxilio.

—Dotor? Ni praticante hay.

—Ni meicina.

—Gebe es lo que hay, y quéjese—agregó el mismo sargento.

El combate se empeñaba de nuevo. El cañoneo redobló. Veíase clara la faena de José Dolores disponiendo el tiro del cañón y el fuego de mauser para la hondonada.

Una bomba enemiga reventó sobre el rancho como una flor de fuego; y á la explosión se arrasaron los soldados. El bestiaje batalló, enredándose, y una mula, roto el freno, perdió pie y rodó por un farallón de la derecha.

B. VALLENILLA LANZ.

(Concluirá en el próximo número.)

PAGINAS CORTAS

UNA TARDE DE MI MAYO

Este era, en otro tiempo, el mes de los poetas y de los enamorados. Buena viejecita, viejecita de cuento de niños, que veo allá enfrente, haciendo calceta, detrás de las vidrieras que desempolvan las primeras lluvias, ¿dime si no es verdad?

En tus mocedades, decir mayo era como decir alegría. Me acuerdo aún, en mirándote alzar y abatir la mano con la aguja enhiesta, ó subirte, sobre el fino dorso de la nariz borbónica, las antiparras «siglo diez y ocho;» me acuerdo de las amarillentas estampas, de los antiguos grabados, de las viejas aguas fuertes, que representaban bailes campestres, correrías rústicas, paseos aldeanos, juegos de jardín, y en donde muchachas y garzones traveseaban entre la yerba risueños y pulcros, y sentados en bancas musgosas conversaban jovialmente, ó bajo un pórtico neoclásico, formaban parejas de amantes, como en los frescos de Corot y en los paisajes de Boucher. ¡Primorosas estampas, símbolo y clave de una poesía fresca y atildada que hizo latir aceleradamente el corazón de nuestros bisabuelos, á compás de la música martilleante, de la melodía pura de las odas de Carpio y de los sonetos de don José Joaquín Pesado!

Entonces, en la primavera de aquellos años, los pueblecicos de los alrededores eran como canastillas colmadas de rosas y violetas por entre cuyas hojas y follajes, como por entre una verde y tupida red, asomaban sus cabecitas, fragantes, las chicas del lugar, como adorables flores animadas.

El bullicio y la algazara en cármenes y parques corría de cuenta de los jóvenes, abajo; y arriba, de cuenta de las ramas y de los pájaros.

Calles solitarias y húmedas, sitios de sombras fragante, rincones escondidos por cortinajes de madreselva, rotondas con sus fuentes de brocal bajo y pulido que invitan, como los sofaes en el estrado, á confidencias y cuchicheos; por todas partes lugares de amor y de misterio: eso fueron, en tus remotos mayos, los pueblecicos de los alrededores, buena anciana, de las manos secas y de los ojos con antiparras.

Nuestros mayos no parecen los mismos, no son los tuyos. Parece, buena viejecita, que el alma está fatigada de esperar y de amar, y la tierra, como dijo el poeta, cansada de dar flores. Se diría que el hastío ha contaminado los gérmenes y envenenado y debilitado las savias.

Ya no hay fiestas campestres como antaño, ni de lo invisible y supuesta lira de los versificadores, salen los versos en alabanzas de los lirios flamantes y de las azucenas recién abiertas; la Naturaleza, como contagiada de la humana melancolía, no tiene el regocijo de hacer estallar en pétalos los jugos de la campiña, ni el júbilo de deshacer en alas el fango de los nidos, ni la gloria de abrir á la esperanza el corazón de los hombres.

No había, en tu tiempo, primaveras tristes, blanca viejecita de cuento; no se leían entonces libros escépticos, ni novelas experimentales, ni filosofías de alienados. Y has de haber visto con esos ojos que hoy guardan, como flores en capelo, los cristales de las antiparras, esos lienzos de Watteau, donde pastores y pastoras forman coro al desnudo y regordete amorcillo, que aljaba á la espalda y arco al brazo, apunta, impaciente, á los corpiños de seda y á los jubones de encaje y blondas.

Esta tarde, mientras yo escribo, tú coses; haces calceta, y con la calceta, recuerdos, y con los recuerdos, vida, porque.....¿me figuro ó es cierto que te veo sonreír? Sí, alzas la cabeza que bien merece la cofia enlistonada de una abuela legendaria, y tras de los cristales de tu ventana, desempolvados por la lluvia, miras el cielo.

Ese sí que es el mismo, inocentona. Ese sí que no ha cambiado, como los jardines que ahora son menos floridos, como las rosas que ahora son menos fragantes, como las gentes que ahora son menos buenas.

Sonríe, blanca viejecita; este crepúsculo de mayo, que tú y yo nos hemos puesto á contemplar, es hermoso. En el horizonte rosado y dulce pueden perfilarse tus memorias y desleírse en claridad mis sueños.

Somos dos rezagados de la primavera; somos dos antiguallas del mes de mayo; tú eres la enamorada y yo el poeta.

Cose, cose, *mamá* Ilusión, yo escribo, escribo, en tanto que la sombra que viene de fuera y la que sale de nosotros, se unen y compenetran para obscurecer tus recuerdos y mis devaneos.

Y, á manera de estribillo de balada arcaica, sigue cantando mi corazón esta frase corriente: "en otro tiempo, mayo era el mes de los enamorados y de los poetas....."

LUIS G. URBINA.

EL ANARQUISTA ELEGANTE

—

El ayuda de cámara.—La bomba del señor está lista. No le falta más que el ácido sulfúrico; pero el señor me ha dicho que se encargaría de ello.

El gentleman.—En efecto, tú serías capáz de cometer alguna estupidez.

El ayuda de cámara.—Es siempre para esta noche?

El gentleman.—Siempre... A media noche.

El ayuda de cámara.—Esos señores del club van á quedarse asombrados.

El gentleman, con fría sonrisa.—Ya lo creo... Será muy divertido. Así como el gordo Machin haya puesto quinientos luises en la banca, como lo hace todas las noches, me aproximo á la mesa de bacarat y arrojo la bomba en medio de las cartas. Ah! ah!

El ayuda de cámara.—Desde aquí estoy viendo eso...

El gentleman—Me atrevo á decir que esa será la más hermosa jugada de baccarat del año.

El ayuda de cámara.—El señor tendrá tiempo de huir?

El gentleman.—Así lo espero. En todo caso, encontrarás mi testamento en el mueblecito Luis XVI de mi escritorio. Te dejo un recuerdo.

El ayuda de cámara, conmovido.—Si se me hubiera dicho que un día un hombre como el señor, joven, rico, de moda, querido de las mujeres, lanzaría por gusto bombas de dinamita en los clubs más elegantes, no lo hubiera creido; nó, señor.

El gentleman.—Porque tú no eres un pensador, Juan. Sabes un poco de psicología?...

El ayuda de cámara.—Ni pizca.

El gentleman, con facha satánica.—Pues bien, Juan, la anarquía, ó más bien, el anarquismo no es, como se lo imaginan los espíritus superficiales, la persecución por el hecho, por la matanza, de las reivindicaciones sociales. Es simplemente un estado de alma y una forma de temperamento. Uno es anarquista, como es bilioso, nervioso ó sanguíneo. Hay un temperamento más que antes; eso es todo.

El ayuda de cámara.—Todo se aumenta.

El gentleman.—Y así como podemos ser á un mismo tiempo ricos y biliosos, por ejemplo, podemos igualmente, tener cien mil libras de renta y ser anarquistas. Esto nada tiene que hacer con la fortuna; y así es como puedes explicarte, Juan, por qué voy yo á lanzar esta noche una bomba de dinamita en el club. Soy bilioso-anarquista; y no hay que decir nada más...

El ayuda de cámara.—Entonces el señor cree que hay anarquistas en todas las clases de la sociedad *(desdeñosamente)*, hasta en la burguesía menor?

El gentleman.—Estoy seguro de ello... Unicamente que no todo el mundo puede arrojar bombas como ésta. *(Mirando la bomba con cariño)*: De aluminio, con adornos de plata. Atascada de clavos de oro y de platino y con cincuenta luises adentro, á manera de símbolo. Es muy chic! Es preciso ser justo: la arrojaré á caballo entre los dos cuadros. *(Sacando el reloj)*: Las once y media; voy á terminar..., y dentro de media hora, cuando Machin con su aspecto de bruto, grite: «Nueve!...» Ah! ah! Di que enganchen...

El ayuda de cámara.—La pasión del juego causará muchos desastres.

ALFREDO CAPUS.

BALZAC Y LA VIDA

—

La idea más general expresada por Balzac sobre la vida, es ésta: que la vida es un encadenamiento de causas y efectos, unidos entre sí por «dependencias mutuas», ó si se quiere, y para usar una palabra de moda, por «una solidaridad necesaria». A los ojos de Balzac la existencia de un Rastignac ó de un de Marsay, la de un Grandet ó de un Bridau, la de un Crevel ó un Gobseck, no son fenómenos aislados ni espontáneos que contienen en sí mismos las causas de su desarrollo; pues tales existencias están ligadas, ó más bien encadenadas á otras existencias, y de tal modo que las modificaciones que sufren, por ligeras que sean, tienen repercusiones hasta el infinito, hasta en los medios donde no se conoce siquiera el nombre de Gobseck y Crevel, Grandet y Bridau, Rastignac y de Marsay. Porque el pequeño Chardou se puso en Angulema, á hacer versos en honor de la señora de Bargeton, nacida en Négrepelisse d'Espard, sobrevinieron consecuencias cuya amplitud se extendió hasta el mundo de los presidios; ó porque el barón Nulot había menester cien mil francos para amueblarle vivienda á la señora Marneffe, murieron de hambre y desesperación en Argelia centenas de pobres diablos de soldados. Hay además una moral, y una moral muy bella, que inducir de esta unión entre los efectos y las causas; y el primer artículo de ella es que no siendo ninguno de nuestros actos indiferente, ninguno es insignificante y no debe, por consiguiente, escapársenos á la ligera. Para «matar al mandarín» no tenemos necesidad de quererlo así; nos basta dejar libre el campo á nuestro egoismo.

Pero esta solidaridad no se limita á la circunferencia de la vida social, y envuelve á la Humanidad entera, la cual, sin duda, no está situada en la

Millonarios sin hogar: Huyendo de las llamas en San Francisco de California

naturaleza, según la célebre frase, «como un imperio en otro imperio». De allí las analogías, si nó la identidad, de la «historia natural» con la «historia social»; y de allí la estética de Balzac; pero de allí también la diferencia que separa esta estética de todas las demás, y que así como una estética, también hace de la vida una concepción y una filosofía.

No es necesario que demuestre la importancia y, principalmente, la fecundidad de semejante idea. De ella se ha derivado íntegra la crítica de Taine, tanto ó más que de las logomaquias de Hegel; y el más bello florecimiento literario que conozco, después de la *Comedia Humana*, es la obra del novelista acaso más grande de Inglaterra; quiero referirme al autor de *Adam Bede* del *Molino de la Fundición* y de *Middlemarch*. No tengo tampoco lugar aquí para juzgarla; y con la condición de ponerle una restricción sola, la creo profundamente verdadera. Si estuviese probado que la solidaridad social tuvo sus fundamentos en la Naturaleza, de ello no resultaría que en ésta tuvo la pauta de su ley. Lo que yo quiero comprobar únicamente es que tal idea es el alma ó el resorte interior de la obra de Balzac. Es también su luz y—pues que hemos dicho y está convenido que Balzac no es siempre claro—es por medio de esta idea como se acabará de comprender en sus numerosos *Prefacios*, incluido en ellos el *Preámbulo* de su *Comedia Humana*, lo que quería decir cuando insistía sobre la estrecha solidaridad de las partes de su obra:

«Siendo todas las cosas causantes y causadas, ecdyuvantes y producidas, tengo por imposible conocer las partes sin conocer el todo, ni el todo sin conocer las partes».

El, que gustaba de los epígrafes, hubiera debido ponerle éste á su obra.

Consideremos, además, la fortuna que debía correr esta idea: después de cincuenta años, logró su triunfo. No se habla hoy más que «solidaridad», y acaso los que de ello hablan no saben bien lo que quieren decir; pero las ideas no necesitan ser claras para los otros y siempre se termina por entenderlas. Si es verdad que nadie en su tiempo ha hecho lo que Balzac para difundirla y del mejor modo, por la sugestión y la persuación mas que enunciándola y demostrándola; si su *Comedia Humana* no es en cierto sentido sino un cúmulo de pruebas y la viva ilustración de esta idea; si es ella la que después de cincuenta años nos ha ayudado á ver en Balzac un espíritu muy distinto y con capacidad diferente de la de los novelistas con quienes se le comparaba aún en 1850; y en fin, mientras que los sistemas de los filósofos contemporáneos suyos—creo que el más ilustre de ellos se llamaba Adolfo Garnier, cuya obra maestra es un *Tratado de las Facultades del Alma*—se hunden en la sombra, son, al contrario, las ideas del novelista, á quien el filósofo hubiera tratado de «simple escritor divertido», las que se difunden y granjean discípulos, las que se comprueban por la discusión, y se convierten, finalmente, en una de las bases del pensamiento contemporáneo, es preciso que todos se resignen á ello: Balzac tiene derecho al nombre de «filósofo», de «pensador»;—y ciertamente no creo que nadie se atreva, en nuestros días, á disputarle este título.

FERNANDO BRUNETIÈRE.
(De la Academia Francesa)

TORRIDA

Negras pestañas guarecen
sus ojos torvos y huraños
donde entre sombras fulgecen
amores, ansias y engaños.

Es blanca. Bucles castaños.
Manos que lirios parecen.
Como en un jardín florecen
en sus formas los quince años!

Sus labios rojos y gruesos
destilan mieles de besos.
Es bella como una flor

y cuando un doncel la mira
le sube á fresa el color
y se extremece y suspira.

EDMUNDO VAN DER BIEST.

EPITALAMIO

A S. M. EL REY

Leído por su autor en el Ateneo de Madrid

I

Señor, todos los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
contaban de las bodas de un Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril riente,
con la bella Princesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.

Y estampas luminosas, mostraban, ya á los dos
recibiendo en el templo la bendición de Dios,
ya, en una perspectiva de ensueño, á los fulgores
del sol, los milagrosos cortejos de colores:
Infantas de pureza lilial y ojos azules,
cubiertas de brocados, de joyas y de tules,
Abades, con su adusta comunidad, vestida
de blanco y negro (sombras y luz... ¡como la vida!,)
Señores y Embajadas, radiantes de oro y plata,
morados arzobispos ó nuncios escarlata.

Los cuentos terminaban con frases siempre iguales,
siempre de esta manera: "Y hubo fiestas reales,
vinieron muchos príncipes de países extraños,
trayendo cada uno magnífico presente,
y la Princesa rubia y el Rey adolescente,
vivieron muy felices y reinaron cien años".

II

Señor, Rey de una tierra de clásica hidalguía
en donde, en otros tiempos el sol no se ponía,
Rey de esta madre Patria que miran como hijos
innumerables pueblos, los cuales tienen fijos
hoy en ella sus ojos obscuros, con amor,
nieto de cien monarcas preclaros, oh Señor,
en vos miramos todos los hijos de la Grey
hispana al joven símbolo de la raza. Sois Rey
aún, en cierto modo de América, como antes:
Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes
melifique los labios y cante en las canciones
de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones
de seres; mientras mueva las almas y la mano
el ideal austero del honor castellano.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía
lleven en sus miradas el sol de Andalucía;
Rey, mientras que una boca con celeste reclamo
pronuncie en nuestra lengua sin par un "Yo te amo!"
Rey, mientras de unos ojos ó de unos labios brote
ya el llanto, ya la risa, leyendo á Don Quijote;
Rey, mientras que no olviden al palpitar las olas
el ritmo que mecía las naos españolas;
Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho
como un baluarte para defender el derecho;
Rey, como cuando el manto de torres y leones
cobijaba dos mundos como dos corazones;
Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
mientras haya un hidalgo y un santo y un poeta!

III

Señor, aquesta rima que os trae mi labio ufano
que siempre se gloría de hablar el Castellano,
es de mi bella patria la ofrenda perfumada,
el lírico homenaje de mi México amada,
de aquella noble México que en dos mares se baña
y á quien nuestros abuelos llamaron "Nueva España",
porque en ella encontraron la imagen de este suelo,
la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo!

IV

Señor, como en los cuentos cuya ingenua fragancia
perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
celebráis vuestras bodas, vos Rey adolescente,
noble como una espada, como un Abril riente,
con la bella Princesa de una isla lejana,
cándida y rubia como la luz de la mañana.

¿Qué desear ahora para vuestro contento
sino que todo acabe también como en un cuento?
Y pueda repetirse con las sacramentales
palabras de los cuentos: "Y hubo fiestas reales;
vinieron muchos príncipes de países extraños
trayendo cada uno magnífico presente
y la Princesa rubia y el Rey adolescente
vivieron muy felices y reinaron cien años!"

AMADO NERVO.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

Cuba y América. La Habana. Director: Raimundo Cabrera.

Encuentro en un artículo de José Martí, sobre una novela de costumbres cubanas, que leo en las páginas de *Cuba y América*, unos elocuentes párrafos dichos en la plástica forma en que acostumbraba verter su pensamiento aquel inolvidable hombre en quien perdió la América, tal vez al último de sus apóstoles. En los párrafos á que aludo dice él su pensamiento sobre el estilo de la prosa, y parece estimarla como forma artística, por sobre el encanto feérico que tiene el lenguaje numeroso. Se resucita allí la eterna lucha, el permanente combate de la prosa y del verso, como formas para la eternización de las emociones de la vida.

Dice así el difunto Maestro:

«El estilo, más que en la forma, está en las condiciones personales que han de expresarse por ella».

«El que ajuste su pensamiento á su forma como una hoja de espada á la vaina, ese tiene estilo. El que cubra la vaina de papel ó de cordones de oro, no hará por eso de mejor temple la hoja. El verso se improvisa, pero la prosa nó; la prosa viene con los años».

Vistas las cosas de este modo no es difícil señalar en la obra de algunos espíritus hispano-americanos, la realización exacta de la primera de estas máximas estéticas. Indudablemente que son pocos, tal vez muy raros aquéllos que en nuestra América, han sabido desentrañar en las profundas canteras de la lengua castellana una blanca veta propia con que labrarse un busto. Pero de que existen, es también innegable.

El ejemplo de Montalvo salta á los picos de la pluma, el cual encontró en su decir arcaico, y en el capricho de una sintaxis nerviosa, el molde perfecto para expresar su pensamiento orgulloso y sarcástico. En él la espada de su pensamiento se encontraba á sus anchas en la vaina de la forma. Era en suma un escritor tropical, lleno de violentos colores, y de broncas sonoridades ardientes. Indudablemente, no sufrió nunca la tortura, que ha hecho célebre en el martirologio de los artistas, verdaderamente enamorados de su arte, el suplicio de un Flaubert; y seguramente, jamás se dió á la torturante labor benedictina, con finos y sabios trebejos de repujar y pulir, como un Goncourt. Para él, á mi modo de pensar, no hubo dolorosas torturas mentales. Su encrespado estilo, digno de la tribuna, hecho para declamarlo ante un auditorio, con sus recursos enfáticos, y su período de fanfarrona elocuencia, pescador del aplauso con las mallas y anzuelos de sus sonoras cláusulas, se prestaba muy bien á los temas de sus pensamientos. Pero después de Montalvo, ha sido otra la evolución de la prosa artística en América. Se tiende ahora, á darle la plasticidad y la humildad, á un idioma en que abundan las voces de pompa. No es en una tribuna donde se expresan los hondos motivos de la vida. Se trata ahora de ser llano y dócil, para poder expresar las músicas y los matices de las almas.

A la labor de desempenachar el castellano se han dado los nuevos de América, y ya hay más de un libro en donde se puede observar el deseado triunfo. Martí con todo su talento literario, con todo su esplendor de artista, se sentía magullado por los martillos de la retórica. Sus teorías estéticas sobre el estilo se resienten de su obra como artista.

Sin poner, en ningún caso, á la prosa sobre el verso, y vice-versa, creemos, que ambas como formas artísticas vienen con los años. Ninguna de las dos se improvisa, y todas dos vienen con una larga paciencia. Los años aquí deben tomarse como la conciencia literaria. En el arte no hay virtudes evangélicas.

Lo que sí creemos á nuestro modo de ver, una indiscutible verdad, es que hay pensamientos tan ligeros, tan finos, tan etéreos, que no pueden andar en prosa, porque se destrozarían los pétalos de los pies, y necesariamente tienen que buscar, para viajar de una mente á otra, el vehículo de los versos. Hay ideas tan leves, que como las princesas de la China, no podrían andar si no fueran llevadas en el palanquín de la rima.

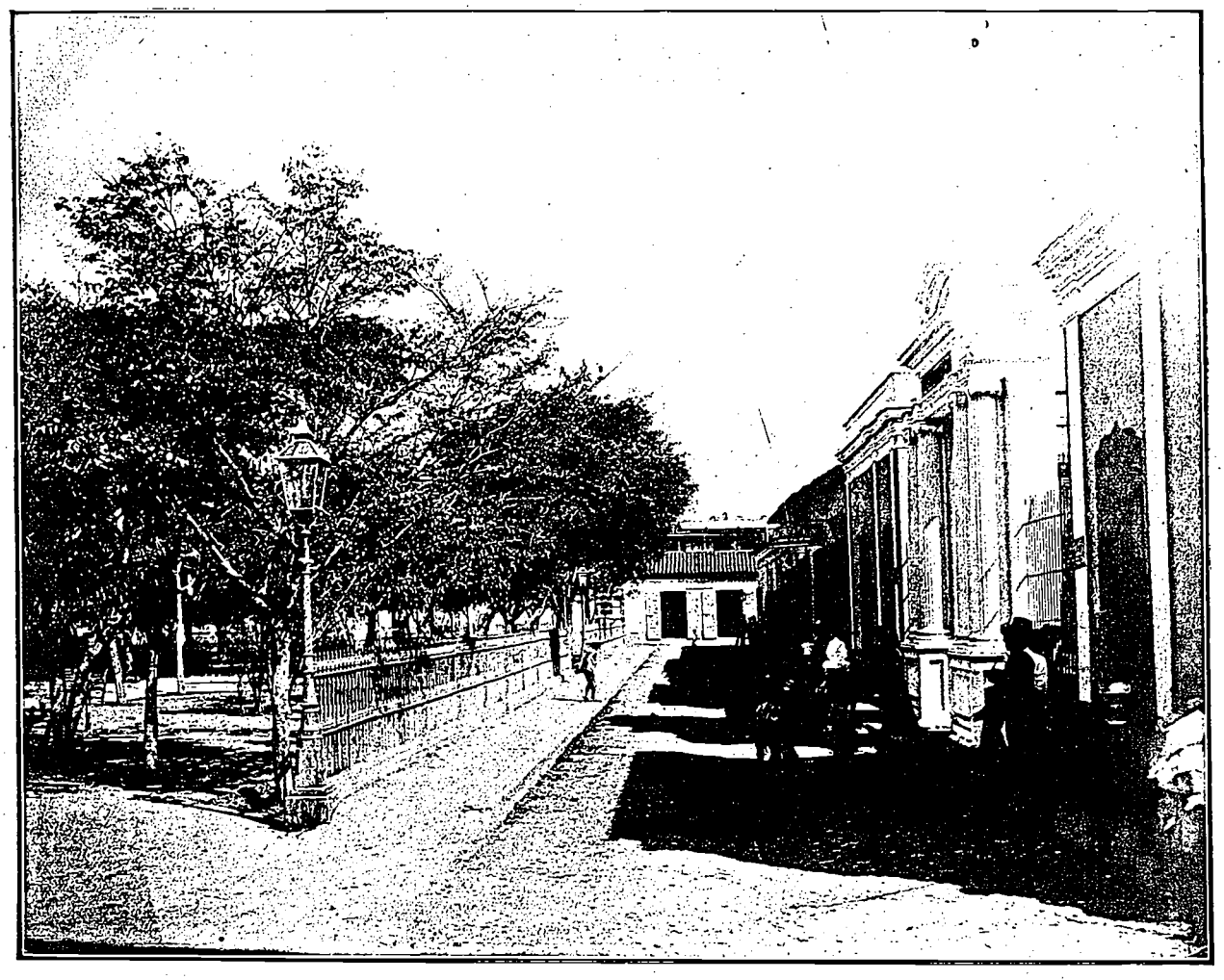
Así, pues, en cada artista sensitivo, debe haber junto con el prosador, un delicado poeta. Debe abandonarse, una vez siquiera, el trabajo armonioso de la prosa, para oír un poco de vanas músicas, para fabricar unas ligeras melodías, con ese enjambre de ideas, que como gusanos de delicadísima sustancia,—que deben ser en todo escritor como los fragmentos y los retules de sus pensamientos—necesitan para vivir las alas del ritmo.

Obsérvese que en todo pulcro escritor de prosa hay un delicado forjador de rimas. Ya no se puede decir que en un hombre verdaderamente dueño de su arte literario, haya esos desdoblamientos que por el hecho de ser su arte favorito el cultivo de las bellas prosas, se encuentre impedido de hilar en la rueca del ritmo la fina seda del verso.

Revista de Letras y Ciencias sociales, Tucumán. República Argentina. Directores: Ricardo Jaimes Freyre, Julio López Mañán, Juan B. Terán.

Sobre el discutido asunto métrico, en la versificación castellana, trae la Revista del poeta Jaimes Freyre, una carta del señor Miguel de Unamuno, Rector de la famosa Universidad de Salamanca.

El señor de Unamuno, es uno de esos espíritus curiosos, para quien debe ser una tortura no poder abarcar en un solo haz todos los conocimientos humanos. Es de los pocos españoles, que rompiendo su proverbial orgullo, nos hace una que otra vez y cumpliendo con sus ansias nobilísimas de saberlo, mirarlo y escudriñarlo todo, el honor de dedicarnos, de cuando en cuando, en la prensa de la península y la de nuestros países, algunos de sus bien intencionados artículos. El señor Unamuno tiene buena correspondencia con muchos de los escritores hispano-americanos, y no son raros los que entre nosotros han tenido la distinguida honra de ser sus corresponsales. Muchos de los libros de nuestros escritores jóvenes han tenido el honor de sus doctas críticas, no obstante de que he leído no recuerdo en qué crítica suya, que conoce más á Buenos Aires y la Argentina que el resto de los pueblos americanos.



Barcelona - Calle del Mercado - (Fot. Avril)

Ahora el señor Unamuno, quiere demostrarnos que no es profano en el arte de Quintana y de Zorrilla. Para demostrar en su carta á Freyre algunas de las leyes rítmicas que seguramente, bien ayudado por el excelente microscopio de su observación, ha *descubierto* en el lenguaje castellano, tiene la franqueza de citarse á sí mismo, en un soneto, fruto que todavía no había dado á luz, concebido en su comercio con las nueve.

Oigamos, para mejor ilustrar al lector, sus teorías sobre versificación castellana. No deben saber mal á los rebeldes y á los revolucionarios, á quien todavía se apellida, con desprecio, por algunos críticos fósiles, con el calificativo de «decadentes.»

«La desdichada academia española afirma el desatino de que toda palabra castellana, tiene acento. Los académicos que escribieron la gramática eran sordos.

«El mal de las más supuestas innovaciones modernistas en la técnica del verso es el de estar hechas á *ojo* y por el afán de innovar. La novedad no surge sino que se va á buscarla. Y en cambio el amplio verso libre, el polimorfo, la prosa rítmica, apenas se ve florecer».

«Y ahora una vez hechas estas consideraciones, que le demostrarán cuán de acuerdo estoy con usted y cómo mi instinto rítmo, me había ya llevado á lo que usted tan acertadamente teoriza, voy á comunicarle primero, mi soneto á la rima—por si no lo conocía—y luego dos composiciones, una rimada, y otra sin rimar, de versos de 6—4, 6 y 4, es decir, endecasílabos, eptasílabos y pentasílabos libremente combinados».

El soneto dice:

«Macizas ruedas de pesado carro
Fijos los ejes, recibinante rima,
Con qué trabajo ganas la alta cima
Si al piso se le pone algún guijarro!

Al tosco buey, que no al corcel bizarro,
El peso bruto de tu lanza oprima,
Pues al buey sólo tu chirrido anima,
Cuando en piedras te atracas ó en el barro.

Mas en tanto no quede, sin maraña
La tierra, como el mar, todo camino,
Tira noble corcel, de ese armatoste,

Pues más te vale la coyunda extraña
No siendo aún la libertad tu sino
Que estarte en el establo atado á un poste.

Atado á un poste, han debido poner á todo aquél que se atreva á rimar de esta manera.

En el presente soneto, no miro por ninguna parte, el instinto rítmico, de que hace alarde en su carta á Freyre, el señor Unamuno. Este caso del señor Unamuno, por otra parte tan interesante y docto cuando su intelecto se dedica á otra suerte de materias, de acuerdo con las condiciones de su alta cultura mental, viene á resultar un perfecto caso de lo que últimamente en las letras francesas se califica por boca de uno de sus críticos con el extraño nombre de *Bovarysmo*, y de que un colaborador de esta Revista habló largamente en el número anterior.

Indiscutiblemente el señor de Unamuno es un *Bovarysta*. Pero lo curioso del caso es que en el señor Unamuno, no se efectúa en un hecho aislado, como lo es el de querer dominar el verso, cuando se es por condición espiritual y orgánica, completamente incapaz, sino que así mismo ha invadido, la filosofía, la crítica y la novela. Pluralizando el calificativo tendremos que decir, para demostrar el fenómeno que señalamos: los Bovarysmos del señor Unamuno.

Trae además la Revista tucumana unas traducciones de Sierra, de los impecables sonetos de *Los Trofeos*.

Heredia, tal vez por su nacimiento cubano, —tal vez—como lo ha apuntado algún crítico, por el giro castellano que le ha dado cierto exotismo al alejandrino francés, el cual lo ha hecho en extremo fácil para vertirlo al castellano, ha tenido lujo de traductores en hispano-américa.

Ahora es Don Justo Sierra el traductor. Pero sus traducciones, no resultan tan dignas del noble poeta mexicano. Es del soneto *Los conquistadores*, este primer verso, que traduce Sierra:

Cual huyen los neblíes de los nidos natales

Que hemos visto traducir así:

Cual de halcones noveles banda fiera.

El cual nos parece mejor verso y más con el original francés:

Comme un vol de gerfauts hors du charnier natal,

A. FERNANDEZ GARCIA.

BIBLIOGRAFÍA

Rubén Darío.—"Opiniones." Madrid.—1906.

"En este libro, como en todos los míos, no pretendo enseñar nada, pues me complazco en reconocerme el sér menos pedagógico de la tierra.....No busco el que nadie piense como yo ni se manifieste como yo. ¡Libertad! ¡libertad!, mis amigos. Y no os dejéis poner librea de ninguna clase." Así se expresa Darío en una corta advertencia liminar. En cuanto al intenso horror por la pedagogía, sospecho que va á convertirse en una fobia elegante del poeta. Sabemos que Rubén Darío de antaño tiene un desdén profundo para cuanto sea imitación de su propia manera literaria; y ha declarado con insistencia, en distintas ocasiones, la animadversión con que advierte al que intenta convertirse en discípulo suyo. Debemos creer que en tales declaraciones hay la suma de sinceridad posible en estos trances de literatura. En el proemio de *Prosas profanas* Darío adivinaba, según parece, al tropel mengnado de imitadores, que venían detras de él, á poblar la selva virgen de las letras hispano-americanas de marquesitas Watteau y floridos parques minúsculos y Trianones imposibles. Pero éstos forman el tropel de las moscas inevitables en torno de todo buen panal.

Las tendencias artísticas contemporáneas son de libertad absoluta, de honrada anarquía en la "república" de las Letras. El superhombre alemán, tan fastidiosamente manoseado y traído á cuento sin tono y sin són por gran número de letrados, promulgaba que él vería en su enemigo su mejor y más aprovechado discípulo. Darío amonesta con frecuencia, en tono de cariño evidentemente desdeñoso, á los jóvenes americanos: es preciso desechar todo intento de servidumbre, odiar la vestimenta de lacayos, tener personalidad intensa, orgullo y fe en uno mismo. El ilustre poeta profesa una independencia relativa en arte, que en veces lo arrastra á ser contradictorio: á defender en dos momentos distintos ideas opuestas del todo. Acaso esto sea la mejor comprobación de su verdadera sinceridad. Porque toda sinceridad se destruye á sí propia al prolongarse en el tiempo, como aseguraba el exquisito Marcel Schwob. Que sea sincero en el instante presente es cuanto puede pedírsele al escritor. Sería preciso estar siempre situado en un mismo punto, con inmovilidad de sepulcro y sordera, para ver las cosas siempre de una manera única, en un horizonte de fastidio—ó de estupidez—siempre igual. El espíritu amplio es como una veleta en lo alto de un eminente campanario, dócil al soplo de todas las brisas del pensamiento y de la emoción.

Darío recoge en este libro visiones é ideas; impresiones de arte, estudios de literatura moderna, recuerdos reales de la vida. La "actualidad", que á despecho del aborrecimiento que le profesamos, nos vemos obligados á cultivar de una abominable manera, tiene mucho que hacer con esta obra. El escritor tiene que buscar en el trivial suceso, en el escándalo internacional, vacío de interés y de decoro, asunto para sus crónicas, porque de sus crónicas dimana su hartura, su comodidad, su vida. Esta es la razón porque Rubén Darío llega á tocar en veces los términos del reporterismo, en artículos de información que se resienten de la bondad de la pluma que los escribe. Pues mejor se hubieran visto elaborados por el cerebro complacido, y trémulo de admiración, de jóvenes á medio desbastar, metidos de repente en la barahunda delicada de la vida europea.

En esta colección de estudios, los más tienen interés y hermosura grande. Están pensados con alteza original y pulcra y expresados "de la manera más noble que ha podido, pues no se aviene con pensamientos bajos ni vulgares palabras"...El mismo autor nos ahorra la tarea de decirlo á nuestro modo. Se nos descubre cerebro de hospitalidad señoril, de vasta amplitud sensitiva, impregnado de gentilicio decoro, sin estrecheces, sin vistas unilaterales, tal como un gran señor, que todo lo comprende y lo gusta, sin detenerse con predilección de enamorado en ningún sitio, vagando por los múltiples aspectos de la Belleza con una veleidosa elegancia de colibrí entre las rosas de un enorme rosal. Siente á Zolá y lo defiende y lo nimba con oro de sus frases y admira el ejemplo de "valor moral" que nos dió en los días del "affaire"; y esto á pesar de su catolicismo inexplicable y de sus francas adhesiones á la curia de Roma.

Este catolicismo de Rubén Darío tiene sus aspectos de seductora curiosidad. Intensamente pagano, aún en la acepción cristiana del paganismo, siente el ansia de postrarse á los pies de la Virgen María, con una dulce oración entre los labios, cuando regresa de adorar ante el ara de la Citerea. Diríase un fauno superviviente á la destrucción de los dioses helenos, que viniera á ponerse de hinojos ante el altar de Cristo. Pero un fauno rebosante de verídica contrición, cuya sensibilidad le permitiera derramar lágrimas de arrepentimiento—por supuesto que bastante efímeras—ante la majestad del nuevo Hijo del Hombre. No diré que es el mismo caso, porque la diferencia es muy notoria; pero su catolicismo equívoco en cierta manera y en que cualquier ferviente ortodoxo encontraría visos hereticales, tiene cierta semejanza con el de algunos ilustres artistas. Verlaine no viene á cuento, porque en su arrepentimiento laten fervores y angustias de creyente medio loco. Pero á Baudelaire, á Barbey d' Aurevilly sí se les avecina por este aspecto de su personalidad. Católicos que lo son por repugnancia al astroso revolucionario que niega á Dios con fea boca de blasfemia, sucia de sarro, de palabras burdas y de baratos aguardientes; por horror á las manos abominables, manchadas de lodo, sembradas de callos, bastas y horrendas, que se aprestan á derribar los ídolos cristianos en un crepúsculo sucio de inmundicias burguesas, republicanas, «hediondas.» En cambio Darío tolera las delicadezas del escepticismo de manos blancas y sonrisas de dientes de marfil, y de ellas se enamora. Gusta de los sobrios y altaneros gestos de heroísmo. En cierta ocasión habló mal de Zolá, creo recordar que lo tildó de «feo», y ahora lo encuentra admirable de audacia y de deber cumplido, y seguramente que de altiva belleza. El amor de lo bello, del arte claro, puro, sereno, conduce su espíritu casi siempre á los verjeles de la justicia. Es amigo de los ángeles de alas blancas y también de los hermosos demonios negros. Aspira todos los perfumes: el del incienso místico—con tal que arda en rico incensario de oro—y el perfume venéreo, el perfume de la acrimonia de las bramas. El amor de la belleza lo mantiene en un harmonioso equilibrio. Solamente lo asusta el clamor áspero de la rebeldía sin hermosura, los gestos abruptos y bravíos, desprovistos de gracia, de originalidad, de franqueza.....

Mostrando un gusto «muy moderno y muy cosmopolita,» tiene un fondo de cultura antigua que más bien lo predispone á comprender todas las actitudes y las voces del espíritu con temporáneo, hasta aquéllas que están saturadas de extravagancia enfermiza y de extraños misterios. Pero lo «muy siglo XVIII» que hay en él, según su confesión sonora de los *Cantos de vida y esperanza*, aparece rara vez en este volumen; y cuando aparece es atenuado, borroso, acaso por la urgencia de expresar claramente la más propicia noción de la «actualidad.» Pero mira con ojos llenos de claridad latina y griega, sin brumas de pensamiento—sin brumas de dicción tampoco—y su pensamiento les cubre una hopa de profunda gracia á las visiones menos magníficas. Infunde un soplo de ironía vaga, ironía de sonrisa acogedora, sin agresiones ni pesar ni desolación, en su contemplación de los sucesos y de los hombres. Hombre de renacimiento (acaso los sones de cristal y de oro de su fuerte lira delicada no han presidido el *renacimiento* de las letras castellanas?) ha olvidado ó sofocado tal vez la parte de rudeza primitiva, de animalidad sin escrúpulos que palpita con violencia en el suntuoso renacimiento italiano; y su pensar se envuelve en corteses disimulos: las rudezas del secreto instinto se revisten de gracia frágil y tenue: tal así el hambre furibunda de los aligatores bajo la diáfana seda de la linfa, en el sueño de los remansos. Lo que no obsta con ningún disfraz ni de ironía ni de complacencias momentáneas son sus firmes desprecios de las modas ínfimas, de lo feo contemporáneo, de la presunción científica y escéptica, del socialismo que no huele ciertamente á ámbar, de la turba que adora á Nietzche porque así se acostumbra ahora, de todo el producto mental de la burguesía y la democracia de la hora presente. Es un aristócrata de profunda é insólita aristocracia, y sus «manos de marqués» no sabrían en verdad manejar la pluma para defender ideales de sentimentalismo apócrifo, para urdir *la réclame* de su personalidad recurriendo á bastardos artificios.

Su pensamiento no se aproxima al ideal humanitario que busca con urgencia desesperada una salida de ventura á los conflictos trágicos que atormentan el mundo, sino por medio de su catolicismo espurio, que profesa más que nada, así es de sospecharse por lo menos, porque está de moda, «entre los otros» la duda y el ser ateo y blasfemar, y el reírse de Cristo y sus apóstoles.

Sin embargo, no sabría ser un desdeñoso en este punto; y desciende de su hermética torre de arte y de orgullo, para bañarse en el mismo rocío de amargura y de tristeza que humedece de continuo las espaldas de la tribu trabajadora. Alaba los libros de Gorki, semejantes, dice, «á una olorosa barbacoa, ó á una carne con cuero, ó asado al asador...» Comprende la necesidad de la transformación social y política del mundo, el derrumbe de la fábrica construida sobre cimientos vanos ú odiosos de mentira, de iniquidad, de dolor. Encuentra en el Misterio, no obstante, un efugio en dónde librarse de consecuencias que chocarían con su propio espíritu. Sin abrigar la duda continua y tremenda del eslavo, que se limita á temer y á vacilar ante lo desconocido, él se resigna á preguntar con una candidez no exenta de vaga malicia: «¿Le seguiremos llamando Dios, si gustáis?»

Por lo demás, su visión de las cosas antes es plástica y sentimental que meditativa. Se transforma más bien en imágenes, en frases de un intenso colorido verbal, que en pensamientos, en generalizaciones ideológicas. El capítulo consagrado á la bailarina yankee Isadora es una muestra. Hay buena ironía, discreta música, oportunos recuerdos jonios. En las páginas sobre Asturias rebosa y triunfa la claridad de una observación excelente, y en una desnudez maravillosa, pues diríase que las palabras son apenas transparentes gasas sobre la intensidad, serena de las sensaciones. Su sencillez ostensiva, que tiene mucho de complicada y de difícil, descubre una retórica suave y sabia, que viste sus altos orgullos con túnicas de falsa modestia, de sobriedad en que viven ocultos epicurismos melodiosos. Por todo el libro tropezamos con frases,

con modos de expresión llenos de sugestiones oportunas. Durante el eclipse »había miedo sobre el agua lívida del mar,» y «en la consternación de la naturaleza era el són del mar como el comentario de un misterioso coro...» Así muchos pasajes. En el estilo general, que se diría como hecho de mármol tibio y un poco áspero—delicioso en su desigualdad—saltan deslumbramientos repentinos, destellos claros y gloriosos, como nacidos en la entraña rútila de una gema...

JESÚS SEMPRÚM.

TERREMOTO EN SAN FRANCISCO

Grietas en el pavimento y casa hundida — Líneas de tranvía levantadas y pavimento roto

INFORMACION LITERARIA Y ARTISTICA

Los americanos en Madrid.

El poeta americano señor Amado Nervo ha iniciado en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias y lecturas, cuyo objeto es divulgar en el público culto de España el nombre y las obras de los principales poetas castellanos de América. Con este fin ha leído composiciones notables de los primeros poetas de su patria, ilustrando la lectura con una breve noticia acerca de la vida del autor. Entre los poetas de los cuales ha leído producciones con aplauso y aprobación del público, figuran Acuña, Gutiérrez Nájera, Valenzuela, Sierra, Díaz Mirón, Urbina, Othon y Dávalos. Nervo, á instancias de la Sección de Literatura del Ateneo, se propone continuar estas lecturas, dando á conocer los más ilustres poetas de todo Hispano-América.

La importancia de esta divulgación generosa crece de punto si pensamos que en España son por lo general conocidos apenas vagamente nuestros más altos poetas y escritores, fuera de los muy contados que han vivido en la Península; y es de oportuna urgencia propalar entre nuestros hermanos por la lengua, en Ultramar, los tesoros de nuestra lozana y robusta literatura.

Libro ruidoso.

The double doctrine of the church of Rome, obra recientemente publicada por la baronesa de Zedtwitz, ha promovido un grave escándalo en la circunspecta sociedad yankee. Según la señora baronesa, la Iglesia Romana autorizaría todas las infracciones de la moral en la administración eclesiástica, en lo político, y aún al clero, con tal que no ocurra escándalo público. La señora de Zedtwitz asegura que conoce muy bien el gobierno interior de la Iglesia, por haber formado parte de él.

Sepulcro imperial.

Giacomo Boni cree haber descubierto el sepulcro del emperador Trajano. Cuentan Casiano y Etropio que los restos de este emperador fueron encerrados en una urna de oro, transportados de Asia á Roma y depositados debajo de la columna de Trajano. Siguiéndose por estos datos Boni pretende haber encontrado las cenizas del antiguo Emperador.

Teatro francés.

Henry Bernstein, el autor de *La Rafale* acaba de estrenar una «comedia rápida de singular aspereza» titulada *La Griffe* (la garra). Esta zarpa es femenina y oprime y desgarra el corazón de un hombre, conduciéndolo á la tristeza, al crimen, á la degradación, á la locura. La trama se precipita y desarrolla con la celeridad trágica que es carácter distintivo de la manera literaria del autor. La crítica hace grandes elogios de la obra de Bernstein.

Revista rusa.

Consecutivamente á la crisis política porque atraviesa la Rusia, la literatura se ha visto perseguida y sofocada en cierto modo. Buscando un medio de libertad y de intelectual amplitud, se ha fundado en París una revista rusa *Krasnoie Zvanvia*, por la iniciativa y bajo la dirección del publicista Amfiteatroff. Esta revista de política y literatura, cuenta entre sus principales colaboradores rusos á Maximo Gorky, Leonidas Andreieff, Balmont, Aizman, Kouprine, Volochine, etc.

La obra de Wilde.

En el próximo otoño se publicará en Londres una edición completa de las obras de Oscar Wilde. Se reunirán en esta edición no sólo los libros publicados por el escritor inglés, sino muchos cuentos y poemas diseminados en diversas revistas, y otros completamente inéditos hasta ahora. Entre los últimos se encuentran muchas partes desconocidas del manuscrito de *De Profundis*, las cuales ha consentido en publicar Robert Ross, que las posee.

Balzac.

Fernando Brunetière ha publicado hace poco un libro de crítica sobre Honorato de Balzac y su obra. Nos presenta en él un Balzac trascendental, nuevo, cuya figura seguirá creciendo en el tiempo. Brunetière aplica á Balzac su famosa teoría de la «evolución de los géneros literarios» y encuentra en el autor de la *Comedia Humana* el más perfecto y alto representante de la novela. En otro sitio de este mismo número de nuestra revista ofrecemos á nuestros lectores la conclusión del volumen de Brunetière.

MERCEDES CECILIA LIMARDO

Es de honda y efectiva sinceridad el sentimiento que acongoja el espíritu frente á la desaparición dolorosa de la que fué en vida la señorita Mercedes Limardo. El respeto á su labor, clara y saludable y eximia; la admiración que imponían el lustre y la excelencia de las nobles cualidades de su mente y de su corazón, la integra y fecunda consagración de toda su vida á una tarea meritoria, rica de alteza moral y de frutos de elevada y fina cultura, reclaman en la hora de su muerte las lágrimas y quejumbres de los élegos cánticos, el clamor de alabanza y de pena, que se juntan, como dos fragancias distintas en un solo perfume, en las palabras con que la pluma quiere traducir los sentimientos ocasionados por el suceso desgraciado de esa tumba, abierta de súbito para simar en su fúnebre negror una existencia de merecimientos conspícuos y de admirables virtudes.

La señorita Limardo consagró sus óptimas facultades á las tareas improbas y benéficas de la enseñanza. Muy joven aún desempeñó la Rectoría del Colegio Nacional de niñas de Carabobo. Con qué consagración eficaz é inteligente, de donde emanó su brillante y notorio éxito en el desempeño de esas funciones delicadas, cumplió los deberes de su misión, lo prueba la medalla que le confiriera solemnemente la sociedad valenciana, encabezada por el señor Presidente del Estado Carabobo. No muy tarde, la Legislatura del Estado Lara la distinguió también con un acuerdo sobremanera honroso. Fundó luégo en Caracas, acompañada de su distinguida é ilustrada hermana, el Colegio de Nuestra Señora del Socorro, en el cual han adquirido luces y educación exquisita gran parte de las damas de la sociedad caraqueña, que hoy son gala y decoro de la familia y honran con las cultas prendas de sus espíritus la memoria y el renombre de su maestra.

Las distinciones que en vida recibió fueron numerosas, en relación con la amplitud y la generosidad de sus altas iniciativas de cultura y de progreso, en lo que atañe á la educación de la mujer venezolana. Entre otras recordamos el título de oficial de Academia con que la honrara el Ministerio de Instrucción Pública de la República Francesa, en donde había adquirido también antes el título de Institutora. A la hora de su fallecimiento la sociedad caraqueña toda dió testimonios de su admiración y de su afecto para la eminente profesora. Todas aquellas señoritas y señoras en quienes su palabra había depositado los gérmenes primordiales de la enseñanza, solemnizaron su duelo ante la desaparición de la señorita Limardo. Y al entierro de su cadáver asistieron muchas de ellas, atestiguando un ingenuo y profundo dolor en la despedida de aquella que modeló con hábiles y finas manos la cultura de sus caracteres

El duelo ocasionado por la muerte de la señorita Limardo, hiere intensamente á toda la comunidad venezolana. "El Cojo Ilustrado' presenta á la familia de la dama difunta las sinceras expresiones de su pésame.

El sentimiento público que se ha manifestado con evidencia en este trance de dolor, presenta una nueva comprobación de su justa sinceridad. A la hora de cerrar estas líneas, circula una invitación de las alumnas de la señorita Limardo, para las solemnes honras fúnebres que en su memoria se verificarán en la S. I. P. de Santa Teresa.

NUESTRO SUPLEMENTO MUSICAL

"EROTIK", por EDVARD GRIEG

Edvard Grieg comparte con Svendsen el honor de ser considerado como uno de los más notables maestros de la escuela noruega contemporánea. Sus numerosas y magníficas piezas musicales le han granjeado una envidiable nombradía en el mundo del Arte. Son famosos, principalmente, sus *Cuadros poéticos, los Fragmentos Sinfónicos* y las dos bellas óperas *Sigur Jorsalfar* y *Peer Gynt*, interpretación lírica de la conocida obra de Ibsen.

La música profunda y delicada del *Poema crótico* que hoy ofrecemos á nuestros lectores, revela el estilo personalísimo y complejo del eminente compositor de Bergen. Es música para intérpretes de fino y atildado gusto artístico, y la recomendamos á la atención de nuestros abonados.

"ÉCRIN", música de C. CHAMINADE
(poesía de Roberto Myriel)

La gracia original y aristocrática de las harmonías concebidas por la Chaminade, una de las más exquisitas compositoras de los días presentes, se manifiesta en *Écrin*.

Tes lèvres de satin,
sont un nid de chaudes caresses,

dicen los versos de Myriel, rebosados de ternura recóndita; y las caricias ardientes, nacidas en la fragua secreta de las ansias de amor, resuenan en el encanto de las notas como un tropel inquieto y numeroso de aves, bajo el manto de la noche, aún negra, presintiendo las rosas y los goces de la vecina alborada...

"LA FUITE", por la princesa LUISA DE SAXE

En este caso no se trata de un dilettantismo cuyo éxito y fama sea debido á la posición eminente de la persona que lo profesa. El éxito de las aficiones musicales de la princesa de Sajxe no tienen mucho que agradecer, seguramente, á lo ilustre y preclaro de su abolengo. Junto con el sello de la estirpe ínclita la princesa lleva en el espíritu el sello de una nobleza elevada, que determina el amor y la producción de la Belleza.

En nuestro Suplemento publicamos escasas notas suyas, que bastan á revelar la hermosura de su inspiración y las dotes artísticas que decoran el alma fina de la princesa. La poesía alemana de Karl Stieler, está impregnada de inspiración.

"FASCINATION", por F. D. MARCHETTI

Es un valse lento, muy sentido, animado con la gracia encantadora de los movimientos morosos y lánguidos, en donde palpitan las voluptuosidades con vagos resplandores, ocultas tras la seda de los ritmos, como una discreta invitación, como una tentadora malicia...

En el próximo número de nuestro Suplemento ofreceremos:

LA BIONDINA IN GONDOLETA, música de Reinaldo HAHN (canción veneciana de Antonio LAMBERTI), y

IL ME DISAIT..., valse lento, por Pedro FERRARIS.

SUELTOS EDITORIALES

El Congreso Postal de Roma

El día 11 de mayo pasado se instaló solemnemente en Roma, en presencia de los reyes de Italia el VI Congreso de la Unión Postal Universal. Ofrecemos á nuestros lectores varias fotografías que representan la apertura del Congreso, la primera reunión de sus miembros y la salida del Capitolio, en el día de la inauguración, de los delegados de Venezuela; fotografías que debemos á la amabilidad de nuestro distinguido colaborador señor Domingo B. Castillo, uno de los representantes de nuestra República en el Congreso. La importancia de éste, en cuyo seno van á ventilarse cuestiones de suma importancia para las naciones de entrambos mundos, es bien notable para que sea preciso insistir sobre ello; y es de esperarse que, los trabajos de los señores delegados resulten beneficiosos y fecundos.

Documentos del general Castro

El señor general don Ramón Tello Mendoza ha publicado el V volumen de los "Documentos del general Cipriano Castro", obra emprendida hace algún tiempo y que prosigue con infatigable y laudable empeño el general Tello Mendoza; el cual, refiriéndose á este último tomo, dice en la breve introducción: "Puede decirse que los cuatro volúmenes publicados anteriormente constituyen los documentos militares, políticos y diplomáticos del general Cipriano Castro, y este volumen muy bien debería llamarse, el libro de la Justicia."

Agradecemos el envío de esta obra.

"Honor y patriotismo"

El señor César A. León ha recopilado en un volumen interesantes documentos relativos al bombardeo de la Fortaleza de San Carlos, en enero de 1903, por los buques de guerra alemanes y á la heroica defensa del Castillo venezolano por el señor general Jorge A. Bello.

Damos las gracias por el envío de este libro.

Nupcias

Se han unido con los vínculos del matrimonio, nuestro distinguido amigo el joven escritor Juan Fernández Hurtado y la bella señorita María Pérez Vera, hija de nuestro querido amigo y antiguo colaborador de nuestra Revista, señor don Francisco de Sales Pérez. Amparan al nuevo hogar nobles cualidades, de cultura, de distinción, y la exquisita virtud, y alumbra en su recinto como una lámpara, el amor.

Hacemos los votos más sinceros por la ventura de los jóvenes desposados.

Lino Clemente Zozaya

Ha fallecido en esta ciudad el señor Lino Clemente Zozaya, miembro distinguido de nuestra sociedad, varón de excelentes prendas morales, de acrisolada honradez, padre de una familia honorable.

A sus deudos enviamos nuestro pésame.

Elías Calderón

A la familia del señor Elías Calderón, caballero recientemente fallecido en esta capital, presentamos la manifestación de nuestro pésame.

Manuel E. Núñez

Compartimos la pena que acongoja á los deudos del señor Manuel E. Núñez, que ha descendido á las sombras de la Muerte.

NUESTROS GRABADOS

Perros y gatos

Los perros, que acompañaron á Diana, la deidad cazadora en sus aventuras cinegéticas por los bosques perfumados y devoraron á Acteón, contemplan en la tela de Trood con ojos apacibles á los gatos por los cuales han sentido una pasión secreta Teófilo Gautier y Baudelaire Los eternos enemigos parece que se han reconciliado.

El triunfo del cristianismo

Es la reproducción gráfica de una página de *Los Mártires* de Chateaubriand ó del *Quo Vadis?* de Sienkiewicz.

Nerón, «aquel odio del mundo y de los dioses», como le llamó el poeta, ocupa el trono en la ciudad eterna. Son los tiempos del terror en que Trascas, para dar ejemplo de sublime abnegación, se desgarra las venas con una lanceta y ofrece su sangre generosa á *Júpiter Liberator*, y en que filósofos y poetas son suplicados en las Termas trágicas por los sicarios del César.

Nerón, vestido de verde, conduce su cuadriga imperial por los jardines palatinos, donde las flores mismas dijérase que exhalan un olor pestilencial, y resuenan en todas partes lúgubremente las quejas de las víctimas.

El cristianismo difunde su doctrina de caridad y amor, escrita con la sangre de Jesús en la cima del Calvario; los primeros cristianos son sacrificados sin piedad alguna.

El código romano era el *Martirologio*, en el cual figuran los Hechos de los Mártires, cuya composición, al decir de un profundo exégeta, llegó á ser, en cierta época, un género de literatura religiosa, para el cual se consultaba más la imaginación y una exaltación piadosa, que los documentos auténticos.

En tiempos de Nerón y Cómodo fué cuando el cristianismo sufrió más rudas persecuciones. La aureola del Martirio que luce en la frente de los primitivos cristianos robusteció la fe en el tiempo de la doctrina fundada por el filósofo divino, á cuya difusión contribuyeron poderosamente con innumerables sacrificios.

Borrell se inspira en este asunto histórico: en la cruenta arena del Coliseo luchan los mártires con las fieras hircanas y la muchedumbre contempla impasiblemente el bárbaro espectáculo.

Lloviendo

Sugestiva acuarela invernal. Del cielo profundamente blanquizco se desprenden los hilos de la lluvia que constela con perlas temblorosas el cáliz de las flores delicadas, á las cuales acaricia voluptuosamente el céfiro errabundo.

En la desolación de la Naturaleza, cuando el agua canta en los tejados dolientes salmodias y el cielo se cubre de plomizas nubes, una madre atraviesa la vía sufriendo el azote inclemente de la estación rigurosa.

La realidad palpita en la obra pictórica de Vizotti Alberti.

Escultura de Querol

En número anterior de esta Revista publicamos el retrato del escultor don Agustín Querol, y un extenso juicio acerca de sus principales obras, debido á la diserta pluma de nuestro colaborador G. Martínez Sierra.

Ilustramos nuevamente nuestras columnas con el notable grupo del artista español, titulado *Sagunto*: tema histórico esculpido vigorosamente por Querol, que lo representa en una mujer, la cual en las convulsiones de la agonía se mata clavándose un puñal en un costado; un niño, hijo suyo, yace sobre ella en los instantes agónicos, mientras apostrofa á los destructores de la ciudad de Levante. Refiriéndose al mérito indiscutible de esta obra que tanta fama le ha dado á Querol, dice un crítico que el autor ha huido de todo recuerdo clásico en estos personajes antiguos, y buscando un concepto más general, los ha hecho humanos, habiendo acentuado lo violento y descompuesto en las posturas con una valentía temeraria.

Querol también ha glorificado en el mármol á Don Juan Tenorio. El héroe legendario y romántico está hermosamente encarnado en la piedra por Querol: vida, expresión y ademán resuelto; es tal la maestría de la escultura que el fantástico Don Juan parece un personaje real.

Los naipes

El sutil Anatole France en su maravilloso *Jardín de Epicuro* consagra interesantes páginas á la psicología del jugador.

«Tentar la suerte, dice, no es un placer mediocre. El juego es el arte de experimentar en un segundo lo que el destino necesita de ordinario muchas horas y aun muchos años para producir; es la lucha cuerpo á cuerpo con el destino. El juego es mudo, ciego, sordo. Lo puede todo. Es un dios. Tiene sus devotos y sus santos que lo aman por él mismo y que lo adoran cuando les hiere. Si los despoja cruelmente imputánse la falta á sí mismos, no se la imputan á él.

Cuando juegan mal se acusan y no blasfeman.»

Nuestro grabado de hoy es un símbolo del azar del juego.

Galería de Escultura

Damos hoy una copia de la Galería de Escultura del Museo del Luxemburgo, donde se exhiben las obras más célebres de los grandes maestros.

La Galería está reglamentemente ornamentada y los escultores tienen á honra ser admirados en ella.

El Museo de Luxemburgo está rodeado de poéticos jardines y de fuentes rumorosas.

En frente del Palacio hay estatuas de reinas y de mujeres notables en la historia de Francia. También se miran los bustos de Enrique Murger, el inimitable autor de las *Escenas de la vida bohemia*, de Teodoro de Banville, el poeta de las canciones funambulescas, de Enrique Delacroix, el romántico pintor francés, y de otros hombres famosos.

Los Ordenanzas

Meissonier gusta de mojar su pincel en la sangre de los combates. Del épico pintor hemos tenido oportunidad de dar á conocer varios lienzos. *Los Ordenanzas* es un cuadro admirable en el cual luce en todo su esplendor el ingenio del gran maestro francés.

Baja marea

La marina de Ysabey trae á la imaginación el recuerdo de Claudio Lorena, el mágico evocador de los mares apacibles, de las puestas de sol y de las plazas silenciosas, acariciadas por la espuma del vasto océano.

El mar se ha retirado de la costa, en la cual está varada una embarcación á la que lobos marinos empujan hacia las olas en calma.

Luis XIII

El grabado revive la época histórica de Luis XIII, el hijo del glorioso Enrique IV. Este rey pusilánime y cruel aparece en la historia aureolado de sangre.

El gran Richelieu influyó poderosamente en su ánimo, á tal punto, que puede decirse que el Cardenal fué el verdadero rey.

El Castillo de Blois fué por algún tiempo la residencia del débil monarca.

El terror del Vesubio

Un intrépido profesor ha ascendido recientemente á la cima del Vesubio, poniendo en peligro su vida, y asegura que el cráter seguirá ensanchándose.

Añade el citado profesor que la acción explosiva disminuye, pero que no cesará completamente hasta que el nuevo cráter no haya vuelto á su estado permanente.

Se estima en cinco millones de libras esterlinas las pérdidas causadas por el Vesubio.

Terrible por demás fué el terror que se apoderó de los napolitanos cuando después de la media noche se oyeron ruidos subterráneos que fueron seguidos de un fortísimo temblor y de la erupción del cráter de Ciaramella, que se componía de rocas incandescentes y de un torrente de fuego, que se precipitó con vertiginosa rapidez, inundando en lodo hirviente la ciudad que dormía al amparo de las sombras nocturnales.

El pueblo, después de la pavorosa catástrofe, huyó de las ciudades arruinadas en busca de más sereno asilo.

Las ruinas de Pompeya

La antigua Pompeya era puerto de mar, pero las materias volcánicas y los continuos terremotos la han retirado tierra adentro.

Al decir de los viajeros, en los muros de la ciudad se leen borrosos letreros en latín y versos licenciosos de poetas antiguos, palabras obscenas y escenas poco edificantes de la vida pompeyana que hicieron exclamar al gran Zorrilla:

Con estos geroglíficos impuros
se adornaron los pórticos, las fuentes,
las calles y las plazas y los muros;
y no quedaron ojos inocentes,
ni oídos castos, ni recuerdos puros,
ni rubor en los rostros imprudentes...

La colosal ruina del anfiteatro se encuentra en un extremo de la ciudad y se conserva en perfecto buen estado, aunque con las gradas derruidas.

Desde lo alto de la gradería, se ven la elipse del anfiteatro, el campo yermo, los muros y las puertas que encerraban la población, el Foro, el Monte San Angelo, el golfo de Nápoles con sus apacibles ondas, azules como el cielo que reflejan, Castellamare y Sorrento, ceñidos de jardines y bosques rumorosos, la isla de Capri y las serenas lontananzas del Mediterráneo.

De Pompeya no quedan sino ruinas para dar testimonio de su pasada grandeza.

San Francisco de California

La prensa universal ha publicado numerosos artículos sobre la espantosa catástrofe de San Francisco. Sólo una cuarta parte de la ciudad pudo salvarse del voraz incendio que dejó sin hogar y sumidas en la miseria á 300.000 personas.

San Francisco es una ciudad geográficamente aislada: á su alrededor no hay más poblaciones que las de Los Angeles y Portland.

Los instrumentos meteorológicos de Washington anunciaron el terremoto de San Francisco siete minutos después de ocurrido.

El Parlamento votó la suma de cien mil dollars para socorrer á las víctimas. Los daños ocasionados se estiman en cincuenta millones de dollars y el área más afectada ha sido la del estanque central del Hotel Vannes.

Nuestros grabados representan las ruinas de una gran Arenida y los millonarios sin hogar huyendo del incendio de San Francisco.

Libros de apuntaciones de hombres célebres

El llevar libros de notas es una costumbre más común de lo que parece. De casi todos los hombres célebres se cuenta que usaban los libros de memorias. Beethoven no salía nunca sin un librito donde apuntaba en el acto cualquier idea musical que se le ocurría. Hasta en la mesilla de noche tenía siempre el librito consabido. En la calle hacía las anotaciones con lápiz, pero en cuanto llegaba á su casa, las copiaba con tinta. Cuando se vendieron los objetos de su pertenencia, figuraban en el catálogo más de cincuenta libros de notas con las páginas escritas por completo, y hasta en las márgenes, con letra muy menuda.

Verdi apuntaba cuanto se le ocurría en el reverso de las tarjetas de visita, en lo blanco de las cartas que recibía, ó en cualquier papel que hallaba á la mano.

Igual costumbre han tenido algunos pintores de universal renombre. Leonardo de Vinci llevaba siempre un libro de apuntaciones en la faltriquera, y en cuanto veía una cara, una cabeza ó una barba raras, seguía al individuo, aunque fuese durante todo un día, hasta que diseñaba lo que se proponía. De esta suerte, cuando quería hacer retratos, combinaba sus apuntes tomando la oreja de éste, la nariz de aquél y la barba del otro. Para que no faltase nada en sus estudios, llegaba hasta el extremo de acompañar á los reos hasta el lugar de la ejecución, para anotar en su libro la expresión del rostro del ajusticiado.

Cuando por rara casualidad se le olvidaba á Hógarth su libro de apuntes, empleaba sus mismas uñas para dibujar en ellas las caras de los transeúntes que le llamaban la atención.

Gáinsborough recogía en sus paseos matinales piedras, yerbas y fragmentos de cristal, que unidos á las notas de su libro, le servían para formar en su estudio, sobre una mesa, paisajes compuestos con lo que había recogido en el campo.

También Gládstone acostumbraba anotar todo cuanto creía útil, detalladamente y con toda exactitud.

Wálter Scott tomaba nota de los detalles más insignificantes. Un día que fué con un amigo suyo á ver un castillo ruinoso que deseaba le sirviese de escenario para una leyenda que pensaba escribir, sacó del bolsillo un libro de apuntaciones, en el cual anotó los nombres de las yerbas y flores silvestres que crecían entre las ruinas.

Es indiscutible la bondad de la costumbre de anotar en un libro las impresiones que se reciben y los datos que se recogen. Todo el secreto del carácter de verosimilitud que ofrecen las obras de Macaulay, se reduce al especialísimo cuidado con que tomaba las notas referentes á las localidades que visitaba y donde habían tenido lugar los hechos cuya historia hacía.

Otro aficionado á los libros de notas fué Emerson, el cual apuntaba en el acto todas cuantas ideas le sugerían las lecturas, las conversaciones y sus mismas meditaciones, datos todos ellos que le eran de gran utilidad cuando planeaba alguna obra.

Breve, pero interesante.—Ambos calificativos merece el siguiente certificado:

"El suscrito, Médico-Cirujano, certifica que ha usado con éxito la Emulsión de Scott en niños escrofulosos y raquíticos y en personas convalecientes".

Firma el Doctor J. Curiel Abenotar, excelente facultativo residente en Coro.

Jerjes y el Helesponto

M. Salomón Reinach ha examinado el relato de Herodoto según el cual Jerjes habría mandado azotar con varas al Helesponto y le habría echado cadenas con objeto de castigarle por haber destruido sus puentes de barcas.

Demuestra el expresado señor en semejante historia, como en la de Ciro desviando las aguas del Sinde, la idea de venganza contra los elementos que fué introducida por los griegos, los cuales no comprendían el ritual.

Jerjes quiso conciliarse el Helesponto por medio de artes mágicas, en particular con la ofrenda de cadenas, que simbolizaban su alianza con el mar.

Tampoco comprendieron los griegos que Polícrates, tirano de Samos, arrojando al mar su anillo, no hacía más que cumplir con el rito del "Matrimonio con el Mar", ceremonia practicada por los duxes de Venecia hasta el año de 1797.

La leyenda que atribuye á la época del papa Alejandro III la institución veneciana, es, á todas luces, inventada. Trátase de un rito de origen pagano, infinitamente más antiguo, que la Iglesia cristianizó no pudiendo extirparlo.

Música andariega

Un inventor americano ha concebido la ingeniosa idea de un nuevo instrumento que, á los encantos propios de la bicicleta y del automóvil, añadirá los atractivos combinados del órgano y del arpa eólica. Ha imaginado un sistema de tubos sonoros que, situados convenientemente en cada una de dichas máquinas, bajo la influencia del viento emiten los sonidos más armoniosos. Doble ventaja: el turista, envuelto en celestiales acordes, no se fastidia con la soledad ni con el chirrido de su máquina; pedalea y da vapor agradablemente. Por otra parte, no debe preocuparse ya de advertir al público su llegada con trompetazos roncos y discordantes. Al revés de las sirenas, cuyos cantos harmoniosos arrastraban hacia la muerte á los hechizados marineros, ciclistas y automovilistas nos salvarán la vida desde ahora con sus divinas melodías; á no ser que esta nueva música, excesivamente encantadora para los humanos oídos, deje parados en éxtasis á los transeúntes en mitad de las vías.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

y la Dirección 40, Rue Bonaparte, PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

Emulsión de Scott

NIÑOS SANOS Y ROBUSTOS SON NIÑOS FELICES

Así son todos los que toman la Emulsión de Scott. Son felices porque la Emulsión de Scott los hace fuertes y robustos y los libra de las enfermedades. Para que los niños se desarrollen sanos y vigorosos necesitan asimilar substancia mineral para sus huesos, hierro orgánico para la sangre y grasa en abundancia para los tejidos. La Emulsión de Scott es la combinación más perfecta de estos elementos y es la salvación de todo niño para quien los alimentos ordinarios resultan inadecuados é insuficientes para su buena nutrición.

Por ser un alimento parcialmente digerido, la Emulsión de Scott se incorpora inmediatamente con la sangre, y todo el sistema del niño empieza á sentir rápidamente la influencia reparadora y nutritiva de la Emulsión.

Además de nutrirlos, la Emulsión de Scott limpia la sangre de los niños de todo gérmen venenoso y los hace invulnerables contra el ataque de las enfermedades infecciosas y males de la infancia.

RECOMENDADA POR TODOS LOS MÉDICOS.

Certifico:—Que he empleado con éxito constante durante mi larga práctica, como especialista en las enfermedades de los niños, la Emulsión de Scott; no dudando en recomendarla eficazmente en todos los casos en que está indicada.

Dr. JOAQUIN L. DUEÑAS,
Habana, Cuba.

Sin esta marca ninguna es legítima.

SCOTT & BOWNE, QUÍMICOS, NUEVA YORK.

—F—

La boa en ayunas

Sabido es que las serpientes soportan perfectamente un ayuno prolongado indefinidamente. Algunos de estos reptiles, encerrados en institutos zoológicos, se niegan á tomar alimento, y se mueren de inanición. El zoólogo M. Duméril ha observado una víbora americana (calopina obscura) que desde su llegada al jardín zoológico, pasó 15 meses sin tomar alimento alguno, y una serpiente de cascabel (crotalus durissus) que ayunó 26 meses antes de decidirse á tomar el primer bocado.

Vaillant hizo análogas observaciones en un pelophilus madagascarienses, y en una boa constrictor (python seboe), de los que el primero tardó 23 meses, y la segunda 29, hasta que se decidieron á comer el pan del cautiverio.

Uno de los casos más interesantes lo consigna M. Pellegrin, de la sociedad zoológica de París, respecto á una boa japonesa (python reticulatus) que había ingresado en la colección zoológica el 17 de noviembre de 1899, y que medía 6,45 metros de largo. Su gran tamaño, la brillante coloración de su piel y su carácter agresivo, demostraron que se hallaba en plena salud. Sin embargo, se negó obstinadamente á tomar alimentos; en vano pusieron á su disposición conejos, carneros, ocas y patos; se contentó con extrangularlos, dejando luego los cadáveres intactos. Lo único que hizo para la conservación de su salud fue tomar un baño de vez en cuando. A consecuencia de este ayuno prolongado, perdió el volumen, y la magnífica coloración de la piel se trocó en un color gris. En los principios del año 1902, el reptil había perdido tanto, que no presentaba más que la piel. En vano se trató de nutrirlo con huevos crudos; nada pudo lograrse, y el animal murió el 20 de abril de 1902, después de haber pasado 2 años, 5 meses y 3 días sin haber tomado alimento. Su peso había bajado de 75 á 27 kilos, ó sea de dos terceras partes, aproximadamente.

Según ensayos más antiguos de Chosset, en Ginebra, casi todos los animales que tienen sangre caliente, mueren al quedar privados de todo alimento, cuando han perdido el 40 ó 50 por ciento de su peso habitual. Resultados parecidos logró Pellegrín con culebras nadadoras, á las cuales se había privado de todo alimento sólido y líquido. Se murieron así que hubieron perdido un 38 por ciento de su peso habitual, mientras que otras culebras de la misma especie, á las cuales no se había privado del agua, resistieron hasta haber perdido un 43 por ciento.

Como caso curiosísimo, menciona Pellegrin el de dos ejemplares de pelophilus, de los que el uno soportó el ayuno durante tres años, y el otro durante 45 meses. Hay que advertir que el cambio de materias nutritivas se verifica con suma lentitud en estos reptiles.

Auri sacra fames.....

De una de las últimas crónicas científicas de Parville apuntamos la siguiente comprobación, ya hecha y que el mentado escritor continúa en un estudio sobre el oro contenido en las aguas del Océano:

«Se ha demostrado que todo el oro extraído de los continentes, desde los comienzos de la historia, no formaría un cubo de diez metros de lado.» Ya lo veis, pues, «¡todo el oro!» Todo el oro, desde la primera pepita extraída del limo del Pactolo, pegada á la piel del carnero hábilmente dispuesta por el primer buscador ingenioso, hasta el último lingote fundido ayer en el Transvaal por el sucesor de Cecil Rodes, el Napoleón del Cabo, ¡un cubo de diez metros!

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Franco 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso.
CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 18

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE. DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

¡Lo estrictamente necesario para hacer un zócalo al becerro de oro en las Babilonias hiperbólicas descritas por los viejos narradores!

No obstante, ¡cuánto ha pesado en nuestros destinos esta pequeña masa de metal en el transcurso de las edades! La sed del oro, maldita por el poeta, ha removido muchas más fuerzas, ha exaltado muchos más alientos que el amor, el odio ó la justicia. Ella ha sido y continúa siendo el más grande motor terrenal de la energía humana. Los crímenes que ha hecho cometer son incalculables.

Nadie se atrevería á computar el montón de cadáveres que ha producido, la cantidad de sangre que ha hecho verter, la extensión de ruinas que ha acumulado, el número de sentimientos sagrados á que ha hecho traición. Semejante enormidad de horrores, pagada con un cubo de oro tan pequeño: hé aquí un magnífico asunto para las amplificaciones de moralistas, y á la vez, una prueba notable de la locura humana.

Pero nótese que pudiera decirse del oro lo que Esopo decía de la lengua, á saber: «que es, á la vez, la mejor y la peor cosa del mundo.» Si destruye, también edifica, y ha estado al servicio del bien como al del mal. Las mejores cosas del mundo, las obras más prósperas, los más mavarillosos descubrimientos

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India,** es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India,** se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

J. M. HERRERA IRIGOYEN & Ca.,
EDITORES PROPIETARIOS DE "EL COJO ILUSTRADO",
OFRECEN EN VENTA LA OBRA
"Colón y su descubrimiento; el Nuevo Mundo ó la Gran Colombia",
POR D. FELIX E. BIGOTTE;
edición de lujo; 3 volúmenes en 4º; papel vitela, grabados en colores, con dos *fac-símiles* cartas de Colón,
A Bs. 24, LA OBRA A LA RUSTICA
DEPÓSITO GENERAL EN CARACAS

Las órdenes del Interior de la República, deben venir acompañadas de Bs. 4 más, para el franqueo.

El importe debe remitirse en estampillas de correo ó en letra de fácil cobro.

Jarabe de Digital de LABELONYE Empleado con el mejor éxito. contra las diversas **Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.**

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO **SOLUCION TITULADA** Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.* **AMPOLLAS ESTERILIZADAS** para *Inyecciones Hipodérmicas*

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN Medalla de ORO de la Soc. de Fia de Paris.

LABELONYE y Cie, 99, Rue d'Aboukir, PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**
L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EL APIOL de los Dres JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

los trabajos más grandiosos, sin él no existieran. Así es que le debemos tanta copia de gratitud como de maldiciones.

Sin embargo, por sí mismo no es nada, sólo tiene el valor que le atribuimos. Tiene exactamente el valor que le hemos concedido nosotros. Simboliza todas las riquezas y todos los goces, porque así nosotros lo queremos. Es un dios porque lo hemos hecho dios. La circunstancia de que un dios hecho por nosotros, y que tan sólo vale por lo que representa, haya podido hacer tanto bien y tanto mal en el transcurso de los tiempos, ¿no demuestra elocuentemente el inconmensurable poder de los símbolos?

Una vocación teatral

Gabriel D'Annunzio, interrogado por el corresponsal de *Le Temps*, ha revelado cómo el mayor de sus hijos, Gabriellino, que interpreta la parte de Simonetti en la tragedia paterna *La fiaccola sotto il moggio*, fue atraído por el arte dramático. Al poeta no le ha complacido mucho que su hijo se hiciera actor, pero luego de haber hecho en vano tentativas en contra, ha debido dejarlo seguir su inclinación natural. "Ha conseguido—dice D'Annunzio—hacerse escriturar contra mi voluntad en la compañía Fumagalli, que representa mi nuevo drama, y ha debutado en la noche de su estreno en Milán. Tuve el valor de no ahorrarle críticas severas; no se acobardó. Meses hace, en Roma, durante un entreacto, le dije una frase cruel sobre su modo de recitar; estalló en lágrimas y me aseguró que su vocación era decisiva.

Su voz no le favorece en estos momentos; pero, sin embargo, su figura es hermosa. En todo esto mi intervención se reduce á críticas y reproches. No sabría idear nada contra la voluntad de los jóvenes. Deploro, sin embargo, la resolución de Gabriellino. Creo que se engaña. Pero ¿qué queréis? Tiene entusiasmo; ama todo en su profesión, la vida incierta y errante, la promiscuidad grosera, la pobreza de los camarines oscuros y sucios como establos.

QUINA-LAROCHE

Frasco reducido.

La **QUINA-LAROCHE** es de sabor muy agradable y contiene todos los principios de las tres mejores especies de quinas. Es superior con mucho á todos los demás vinos de quina, y está reconocida por las celebridades médicas del mundo entero como el remedio soberano en los casos de:

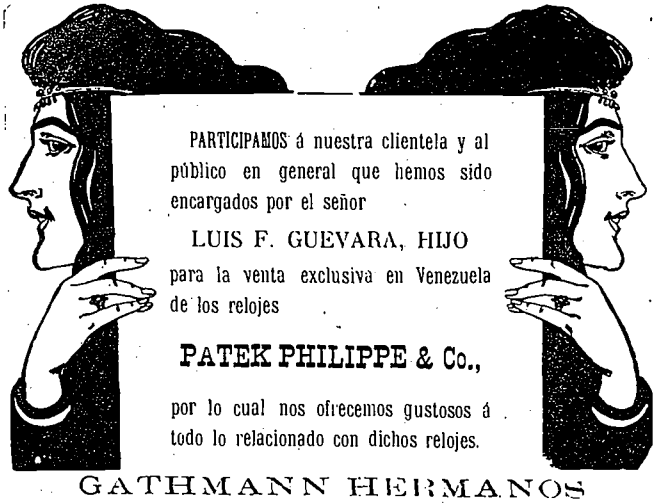
FALTA DE FUERZAS
MALES DE ESTÓMAGO
CONVALECENCIAS
CALENTURAS, ETC.
} **Quina-Laroche** *Simple*

ANEMIA
CLOROSIS
CONSECUENCIAS DE PARTOS
} **Quina-Laroche** *Ferruginosa*

La QUINA-LAROCHE ha sido objeto de una recompensa nacional de *16.600* Francos y ha obtenido *Siete Medallas de Oro.*

DE VENTA EN TODA BUENA FARMACIA.

Exíjase la **VERDADERA QUINA-LAROCHE** 970



PARTICIPAMOS á nuestra clientela y al público en general que hemos sido encargados por el señor

LUIS F. GUEVARA, HIJO

para la venta exclusiva en Venezuela de los relojes

PATEK PHILIPPE & Co.,

por lo cual nos ofrecemos gustosos á todo lo relacionado con dichos relojes.

GATHMANN HERMANOS

Se traen por encargos especiales

LINIMENTO GENEAU
para los CABALLOS

MARCA DE FABRICA

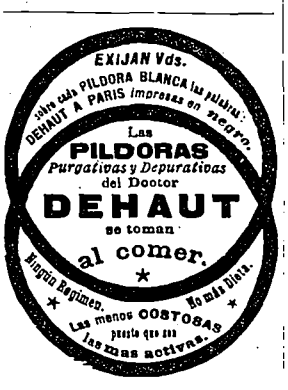
Solo este precioso Tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esguinces, Alcances, Mopletas, Alifafes, Esparavanes, sobrehuesos, Flojedades é Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar llaga ni caida de pelo, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutivo inmejorable en las enfermedades internas.—PRECIO 6 fr. Depósito General: Farmie GENEAU, 165, r. St-Honoré, PARIS

Los cromófagos

Con este nombre designa el sabio profesor Metchnikoff, en una comunicación dirigida á la Academia de Ciencias, á los microbios destructores del pigmento de los cabellos, á los cuales les devoran la materia colorante, determinando así su emblanquecimiento. Cómo podría impedirse eficazmente que los cabellos blanquearan? Matando los cromófagos, responde el profesor Metchnikoff; y esto se logra, según él, exponiéndolos á una temperatura de 60°, que podría obtenerse por la acción de un hierro caliente.

Ampliando el campo de sus observaciones el sabio profesor ha estudiado también el emblanquecimiento hiemal de ciertos mamíferos y pájaros; los cambios de color casi súbitos de ciertas ranas y del camaleón. Todos estos diversos fenómenos los supone dependientes de una misma causa: la sobrexcitación de los cromófagos.

Este conjunto de estudio forma parte de sus interesantes trabajos acerca de las causas de la vejez humana.



Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Además de ser el único curativo radical del estómago y del intestino, el **Digestivo Mojarrieta** purifica los alimentos y los hace asimilables. Está universalmente confirmada la superioridad del **Digestivo Mojarrieta** y millares de testimonios verdaderamente honorables demuestran que éste es el único medicamento que cura en un día las Indigestiones, en un mes las Dispepsias ó Gastralgias y en tres meses las más graves enfermedades crónicas del estómago y del intestino.

Se debe exigir que cada botella tenga grabado el nombre DIGESTIVO MOJARRIETA.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Cª**, Caracas y en las principales Droguerías de Europa y América.

E. CHELLINI

(CARACAS)

Fábrica de Mosaicos, Ornamentación y Piedras Artificiales

14 AÑOS DE ÉXITO

ES LA MEJOR RECOMENDACIÓN

RESPONSABILIDAD EN TODOS SUS TRABAJOS

Colores firmes é imborrables en sus Mosaicos

Está la Fábrica abierta todos los días de 7 a. m. á 6 p. m.

Puede visitarla todo el que guste ver cómo se construyen los diferentes artículos que se fabrican

Siempre hay en depósito de 3 á 1.000 metros de mosaico

Dirección: Avenida del Paraíso, al lado de la

Plaza de la República

Teléfono Nº 2.181.

Apartado de Correo Nº 81.

NO TIENE SUCURSALES

Toda orden será atendida inmediatamente

"EL COJO ILUSTRADO"

Revista Literaria Ilustrada

CARACAS—VENEZUELA

Aviso para el exterior:
(América del Sur,
América del Norte
y Europa)

Las personas del Exterior que deseen suscribirse á EL COJO ILUSTRADO, pueden obtenerlo dándonos aviso directo.

Para facilitar el pago de la suscrición POR UN AÑO, que debe ser anticipado, señalamos las casas mercantiles, cuyas direcciones se indican al pie de este aviso. A cualquiera de ellas puede enviarse el valor en libranza á su favor en la moneda correspondiente.

En Paris: Francos 48
L. Theodor Ravelo — 15 Rue de Trévise.

En Barcelona de España—Pesetas 48
J. Puig Corvé — Paseo de Gracia 69

Hamburgo — Marcos 38,70
Wolfers & Pontt.—Fischmarkt 11.

New York — Fts. oro 9.23
De Sola Bros. & Pardo. — 130. - Pearl Street.

BAÑOS HIDROTERAPICOS

FRENTE A LA ESTACION DEL FERROCARRIL DE LA GUAIRA

La Hidroterapia cura: *La Dispepsia*, y todas las enfermedades del tubo digestivo: Frialdad habitual de las extremidades. Detenciones del desarrollo. Perturbaciones de la *menstruación; La anemia crónica* del cerebro. *Impotencia, Neurastenia, Histeria. Dolores* habituales de cabeza; las enfermedades del *hígado;* dificultades de la *respiración;* las enfermedades crónicas del centro *nervioso;* todas formas de *Neuralgias; La Hidropesia*; conviene en la *convalecencia* de las enfermedades agudas; las enfermedades del *bazo*, el *estreñimiento*, el *Paludismo* crónico, el *Beri-beri*, la *Obesidad*, etc., etc.

Es el más poderoso de los reconstituyentes

Este establecimiento, provisto de los mejores aparatos, está abierto al público bajo la dirección de su propietario, doctor R. Soncy, quien para dar mayores garantías de orden y regularidad, ha trasladado el domicilio de su familia en el dicho edificio.

PRECIOS MODICOS

TIPOS

SIEMPRE NUEVOS

los que se emplean en EL COJO para las ediciones finas

Surtido espléndido y numeroso de tipos de toda especie, para todo género de trabajos.

Viñetas, adornos, escudos de todas las Naciones del mundo, alegorías de los diferentes ramos del comercio, de la agricultura, de la cria; alegorías de las artes y las ciencias, etc., etc., etc.

De todo, absolutamente de todo hay en EL COJO para cualquier trabajo, desde el más insignificante hasta el más laborioso y delicado.

Por su abundancia, por lo escogido de sus materiales, y por el esmero y arte en sus trabajos, LA EMPRESA EL COJO es el primer establecimiento de su género en el país.

LIVERPOOL CASA DE MODAS

Confección de trajes y sombreros

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA EN EL PAIS

Magníficas telas para trajes, Satinées, Batistas, etc., etc.

Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

Juan Manuel Díaz & Ca.

LIBROS A LA VENTA

En la EMPRESA EL COJO y en las principales Agencias de EL COJO ILUSTRADO

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Juan E. Arcia		
Vestigios	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Ismael Enrique Arciniegas		
Poesías	Bs. 5.	Bs. 5.50
Jacinto Añez		
Trizas de Poemas	Bs. 2.	Bs. 2.50
Rufino Blanco Fombona		
Trovadores y Trovas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Cuentos de Poeta	" 2.50	" 2.75
Más allá de los Horizontes	" 2.	" 2.50
Contes Américains	" 4.	" 4.50
Pequeña Opera Lírica	" 2.50	" 2.75
Cuentos americanos (Biblioteca Mignon)	" 1.	" 1.25
José Antonio Calcaño		
"Dos Fieras" (novela) 2ª edición	Bs. 1.	Bs. 1.25
Pedro-Emilio Coll		
El Castillo de Elsinor	Bs. 2.50	Bs. 3.
Julio Calcaño		
Parnaso Venezolano (300 páginas)	Bs. 3.	más el porte.
" " Empastado	" 4.	
Manuel Díaz Rodríguez		
Confidencias de Psiquis	Bs. 3.	Bs. 3.
Sangre Patricia (novela)	" 3.50	" 4.
Dr. Aníbal Dominici		
Comentarios al Código de Comercio, á la rústica	Bs. 14.	
Idem idem empastado	" 18.	
Pedro César Dominici		
Ideas ó Impresiones	Bs. 3.	Bs. 3.
El Triunfo del Ideal (novela)	Bs. 2.50	" 2.75
Dr. A. Ernst		
Las Familias más importantes del Reino Vegetal (especialmente las que están representadas en la FLORA DE VENEZUELA)	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Alejandro Fernández García		
Oro de Alquimia	Bs. 2.	Bs. 2.25
J. M. Galíndez		
Tinta Roja	Bs. 2.	Bs. 2.25
José Gil Fortoul		
Pasiones	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Emilio Constantino Guerrero		
Campaña Heroica	Bs. 2.50	Bs. 3.
Sangre Patria	" 2.50	Bs. 3.
Lucía (novela)	" 2.	Bs. 2.25
El Táchira físico, político é ilustrado	" 5.	Bs. 6.
F. Jiménez Arráiz		
Del Vivac (2ª edición)	Bs. 3.	Bs. 3.25
Miguel Marmol (Jabino)		
Tiros al Blanco	Bs. 1.50	Bs. 1.75

	PRECIO PARA CARACAS	PRECIO PARA EL INTERIOR
Pólvora y Taco	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Gerónimo Maldonado, hijo		
Episodios	Bs. 3.	Bs. 3.
José Núñez de Cáceres		
Latín Clásico	Bs. 3.	Bs. 3.50
V. M. Ovalles		
"El Llanero"	Bs. 2.50	Bs. 2.75
Miguel Eduardo Pardo		
Volanderas	Bs. 3.	Bs. 3.
Francisco de Sales Pérez		
Ratos Perdidos (nueva edición)	Bs. 3.50	Bs. 4.
Gonzalo Picón Febres		
El Sargento Felipe (novela)	Bs. 3.	Bs. 3.25
Flor (novela)	" 2.	" 2.25
Víctor M. Racamonde		
Mis Versos	Bs. 1.50	Bs. 1.75
Baldomero Rivodó		
Entretenimientos Filosóficos y Literarios (tercera edición)	Bs. 4.	Bs. 4.50
Voces y Locuciones extranjeras	Bs. 3.	Bs. 3.50
Máximo Soto-Hall		
"Chispas Venezolanas"	Bs. 1.	Bs. 1.25
Felipe Tejera		
Manual de Historia de Venezuela (cuarta edición)	Bs. 4.	Bs. 4.25
Juan C. Tinoco		
Album de Viajero	Bs. 3.	Bs. 3.25
Doctor Elías Toro		
"Por las Selvas de Guayana" (con grabados)	Bs. 5.	Bs. 6.
José Ignacio Vargas Vila		
Bustos y Medallas	Bs. 1.50	Bs. 1.50
Sueños Azules	" 1.	" 1.25
Del Opio	" 4.	" 4.
Carlos A. Villanueva		
París	Bs. 3.	Bs. 3.
César Zumeta		
Escrituras y Lecturas	Bs. 3.	Bs. 3.25
Empresa El Cojo		
Tablas de Derechos de Aduana, calculados ya, desde 0.025 gramos hasta 1.000 kilos para cada una de las clases arancelarias. En pesos y en bolívares	Bs. 10.	
Plano ó Indicador de Caracas	" 2.	
Tablas de Monedas	" 1.	
Almanaque de pared, astronómico y religioso	" 20.	gruesa.

EN LA EMPRESA EL COJO

Hay siempre á la venta los artículos comprendidos en la lista impresa por orden alfabético, que se envía á quien la solicite

TIPOGRAFIA ESPECIAL

SIEMPRE RENOVADA

Ediciones de obras á todo lujo—Ediciones elegantes—Ediciones económicas—Acciones de Compañías—Billetes de tranvías y ferrocarriles—Libranzas—Etiquetas—Facturas—Libros talonarios—Carteles—Hojas volantes—Listas de precios—Circulares—Conocimientos de embarque—Guías—Timbres de papeles y de sobres y Récipes—Participaciones de matrimonios, y ofrecimientos — Felicitaciones — Bautismos — Comuniones

TARJETAS AL MINUTO

Tarjetas comerciales — Tarjetas de agradecimiento — Folletos — Periódicos — Cheques de Banco—Programas de Baile—Menú para banquetes—Almanaques

Y cuanto trabajo fino, delicado, artístico y de capricho, se requiera en el arte tipográfico.

FOTOGRABADO

Se hacen clisés conforme á los originales que el interesado presente; y á precios muy económicos

LIBROS EN BLANCO

Los fabricamos de cuentas; para actas para facturas; para balances; para inventarios; para relaciones de gastos semanales; Indices; Copiadores, etc., etc.

Existencias de libros de todos tamaños y clases.

Y se hacen á la orden, de rayados especiales como lo indique el interesado

FABRICA DE SOBRES

Se fabrican en EL COJO sobres de todos tamaños, de papel superior, y se presentan del modo más conveniente para los detalladores.

Se envían muestrarios y tarifas á quien lo desee

FABRICA DE GOMA LIQUIDA

PARA OFICINAS

En frascos de vidrio, con cápsulas de metal y pincel correspondiente. Ventas por mayor y al detal.

MATERIALES

para encuadernadores, impresores, dibujantes, pintores, etc.

PAPELERIA

Toda clase de papel para oficinas públicas, escritorios, impresores y encuadernadores.

ARTICULOS DE ESCRITORIO

Surtido completo de las principales fábricas de Europa y Norte América. Cuanto se desee en este ramo.

ARTICULOS ESPECIALES y de FANTASIA

un gran número de artículos de esta especie.